

—¿Y qué os podia hacer pensar de otro modo? respondió el paje.

—¡Qué! que mas de una vez, repuso el de Cuellar con sobresalto, he visto ahí, ahí mismo donde tú estás, un demonio que me escarnecía, y me anunciaba que no habia perdon pera mí: yo he querido orar, y todos los rezos habian huido de mi memoria, y hasta mi lengua se resistia á pronunciar las pocas palabras sagradas de que pude acordarme, mientras él las hacia sonar en mi oido como blasfemias, y mofándose me cargaba de maldiciones.

—¡Ave María Purísima! exclamó el paje haciendo la señal de la cruz; eso sería un delirio, una ilusion; pero no obstante, tomad esa reliquia, que os librára por lo menos de su presencia.

Diciendo esto sacó una medalla del pecho, y el impio Saldaña la tomó con religiosa codicia, y la besó respetuosamente.

—Siento algun consuelo, le dijo guardándola debajo de la almohada. ¿Y Leonor? ¡Ah! ¿no me amará jamás? No creo que peço con hablar de ella; mi fin es hacerla mi esposa. ¿Y cómo podré ya, si tal vez su hermano está enterrado á estas horas? Yo le vi muerto á mis piés. Pero él tuvo la culpa: todavía me irrito cuando me acuerdo de sus insultos.

—Cuando nosotros llegamos, repuso el paje, habia ya vuelto en sí, y sus heridas no me parecieron muy peligrosas. Y á las mujeres, ¿qué les hace eso? Leonor os amará porque sois hombre; no hay mujer que

se resista á un hombre de las prendas que vos teneis. En Valladolid maté yo al hermano de una que cortejaba, y no me quiso menos por eso.

Sí, pero Leonor no es de esas, repuso Saldaña con fuerza, no muy agradao de las comparaciones del paje.

VIII.

La llegada del cirujano interrumpió su conversacion, que habiendo notado que su enfermo se habia agitado demasiado para el estado en que se encontraba de dibilidad, le encargó que no hablase, y mandó que se guardase el mayor silencio en la estancia para no turbar el reposo de que tenia mucha falta. Poco despues llegó el Velludo al castillo con dos prisioneras que habia hecho la noche antes, á quienes dieron habitacion en la puerta del mediodía contigua á la de Saldaña, aunque no le dijeron nada de este suceso, pues en la situacion en que se hallaba, á voto de los cirujanos, cualquier sensacion fuerte, ora de alegría; ora de pesadumbre, podia serle funesta.

Capítulo XIII.

Segismundo.

..... ¿Qué
te suspende?

Lerbia.

..... Hacia allí pasos
sentí y las ramas se mueven.
Veré quién es.

(*Afectos de odio y amor.*) (CALDERON.)

I.

Es opinion muy antigua que los hombres manifiestamos nuestro carácter, nuestras pasiones, y yo estoy por asegurar que hasta el oficio en que nos ocupamos, en nuestro modo de hablar, de andar, de dormir, etc., y que si algunas escepciones hay, dependen más bien del estado de ficcion en que vivimos en la sociedad, que no de que sea falsa esta asercion.

Así vemos generalmente, que á un enamorado se le conoce que lo está en sus distracciones, en sus ojos, ó demasiado alegres ó muy caidos, y en otras semejantes señales.

Descúbrese á un ambicioso, en su p so precipitado,

su aspecto pensativo y mirada solícita é imponente: á un avaro, porque por guardar, guardará las manos en los bolsillos hasta en los meses de más calor, y en las ojeadas de desconfianza con que honra á los que le rodean; y pasando de las condiciones á los oficios, todo el mundo conoce los escribientes de lotería en lo bulle bulle que son, y en la viveza ratonil de que están dotados, y nadie equivocará un oidor con un escribano, si comparar la gravedad, gordura y mesurado continente del uno, con la mirada en acecho y el furtivo paso del otro.

Con todo, como la duda es el principio del saber, y puede haber muchos contrarios á mi opinion en esta materia, no insistiré más tiempo en convencerlos, no siendo esto de mi incumbencia, y habiéndose escrito ya tanto en el mundo sobre fisonomías, cráneos, etc.; y solo les recomendaré el tratado de franeología del doctor Gall, donde se convencerán de la razon que me asiste, puesto que no le asistió á él más para asegurar que cada joroba de nuestra cabeza, es un nido de vicios, de virtudes y de talentos.

Y así, tomando el hilo de nuestra historia, sea esta mi opinion verdadera ó falsa, hubiera sido preciso ser muy menguado, torpe ó falto de juicio, para no conocer á primera vista, que un corrillo de diez ó doce hombres que estaban aquella mañana juntos á poca distancia del castillo de Cuellar, sentados al pié de un árbol, eran gente *non sancta*, y un mal encuentro para un viajero.

Sus caras, sus trajes y sus armas, indicaban bastante su oficio, y no quedará duda ninguna al lector del que ejercian viendo á Usdrobal con ellos, y á otros dos ó tres más, Zacarías, el bizco y el catalan, conocidos antiguos de la cuadrilla. Su conversacion parecia muy animada, y todos ellos hablaban con admiracion del valor de su capitan, quien habia tenido la noche antes una aventura, á su entender casi milagrosa, y á que habia dado dichoso fin.

—Yo no puedo ménos de creer, decia el veterano, de que ya hemos hecho mencion, en la primera parte de nuestra historia, sino que el capitan es brujo, ó el mismo diablo. ¡Jesús me valga! pues á no ser así no habria podido cojerla cuando ella iba saltando de pino en pino como acostumbra.

—Por lo que es brujo, repuso el bizco, no creo que lo sea; pero Lucifer mismo no asesta mejor una flecha, aunque sea contra un junco, ni tira con más certeza; así que, no me espanto que aun cuando la maga fuese volando, la haya hecho bajar sin hacerla mal, con solo cortarle un ala.

—Sin un conjuro que dice *maleficium... demolire universa ejus*, ó lo que es igual, te demoleré los huesos, y otras cosas que yo le enseñé, cree mi humildad, caros hermanos míos, replicó Zacarías, que nada hubiera logrado á pesar de lo que decís.

—Puede ser, repuso Usdrobal, mi dulce y respetable maestro; pero el refran dice, y mejor lo sabeis vos que yo, á Dios rogando y con el mazo dando.

Para entender esta conversacion, es preciso tomar el hilo de los hechos del buen capitán el Velludo, y retrocediendo algunas páginas, sabremos quiénes eran las prisioneras que trajo él mismo á Cuellar; y cómo y en donde habian venido á sus manos.

II.

El lector se acordará de la promesa que hizo el Velludo á Saldaña, de proporcionar un guía experimentado que les condujese á la cueva de la maga, despues que no pudo obligar á ninguno de su partida á hacerse cargo de esta empresa, por el temor que todos, excepto Usdrobal, habian tomado á la supuesta fantasma.

Todos los hombres tienen su amor propio, y así se ve que hasta los más corrompidos, y más sin fé, gastan su puntillo de honor de cuando en cuando, y toman á cuenta suya ciertas empresas, más por miedo de ser tachados de cobardes, viles ó tímidos, que por voluntad propia.

Tenia el Velludo además el conocimiento íntimo de su valor, muy probado y experimentado en mil riesgos, y confiaba tanto en el aliento y arrojo de que estaba dotado, que no podia ménos de sentirlo mucho cuando éste le faltaba en la ocasion, siendo un acaso de este género, motivo suficiente para estarse á sí mismo reconviendo toda la vida, hasta que tomaba una especie de satisfaccion de su falta, acometiendo otra vez

la misma empresa, ú otra de igual clase que ofreciese más riesgo.

La vista tan inesperada de un espectro en su propia cueva, le habia sorprendido tanto como si hubiese visto de pronto todo el infierno junto, aunque para hacer justicia á su valentía, debe decirse que eran pocos los hombres de aquella época, que á despecho de toda su temeridad no hubieran mostrado el mismo temor delante de una aparicion tan extraordinaria.

El Velludo no pudo ménos de sobrecojerse un momento, y la ligereza de su aterrada imaginacion, dominó por entonces su corazon vigoroso; pero esto fué solo un instante, y poco despues, recobrando otra vez su energía, no pudo ménos de reprenderse su debilidad.

Con todo ya era tarde; su prisionera se le habia escapado, por decirlo así, de las manos, y tuvo que confesar su falta y oir los improprios é insultos de que le colmó el desesperado Saldaña.

Pero esto fué precisamente lo que le obligó más que nunca á decidirse á buscar la pretendida maga, para resarcir lo que él llamaba su honra, á toda costa, ya volviendo á recobrar á Leonor, ya tomando venganza de su robadora.

Dudaba él si seria ésta un ser sobrenatural, ó un cualquiera, que oculto bajo aquel disfraz, se habia arrojado á tanta temeridad; si lo primero, quedaba en examinándolo disculpada su cobardía; pero si se verificaba lo segundo, en ese caso bien podia llamarse infeliz el autor de empresa tan aventurada.

Con este pensamiento, y más que nunca irritado con los denuestos del señor de Cuellar, ansiaba más que éste, si cabe, la llegada del saludador, que uno de sus súbditos le habia ofrecido traer para que le sirviese de guía.

III.

Consistia este oficio de saludador, que ha durado hasta nuestros dias, y tal vez conserva su crédito aun hoy mismo en algunos pueblos, en una virtud secreta heredada en ciertas familias, que servia para curar la rabia á los animales, hacer que á su voz se presentasen de repente cuando sus amos los habian perdido, gozando además los herederos de esta virtud, de otros varios privilegios para sí mismos, como el de ser incombustibles, y no poder recibir daño de las brujas de quienes eran muy temidos.

Distinguíase el verdadero saludador, en tener dibujada naturalmente en la lengua, una rueda de santa Catalina, ó bien debajo de ella una cruz, aunque nadie todavia ha asegurado que haya visto ni una ni otra señal.

El respetable Feijóo, prueba con su sano juicio los engaños de que se valian estos impostores para comer á costa de los inocentes que les creian, y la mentira é impiedad de sus supuestos milagros.

Ejercia regularmente así este oficio como el de bruja la hez de la sociedad, sin que su ciencia y sus fal-

sedades les sirviesen para otra cosa que para mal comer sin trabajar, siendo como eran los séres más derrotados y despreciables.

El saludador que el bizco habia prometido por guia no gozaba en esta parte de más privilegios que sus colegas en la facultad.

Habia sido verdugo en Valladolid en su juventud, habiendo dejado fama en aquella ciudad de su destreza, habilidad é ingenio en el arte utilísimo de apretar gañotes, bien así como el respetable tio del gran Tacaño, que era un *águila en el oficio*.

Pero el tiempo, que derriba los torreones, allana los montes y aniquila los imperios más populosos, habia ido poco á poco debilitando sus fuerzas y disminuyendo su agilidad, hasta el punto de haber tenido que nombrar por sucesor suyo á un su sobrino, mozo vigoroso y robusto, y que adiestrado por su tio no dejaba nada que desear á los conocedores en el arte gáznático, conviniendo todos, cuando acababa de aciguar á algun penitente en aquello de Horacio: «que el águila altanera nunca engendró á la paloma tímida.» El verdugo cesante tomó entonces el oficio de saludador, que aunque bastante noble, no era sin duda tan vistoso como el primero, y andaba á la sazón por aquellos pueblos *quantum mutatus ab illo!* haciendo, segun decian, curas tan prodigiosas como habia hecho maravillas en su antiguo arte.

Sus heridas privaron á Saldaña de conocer á este bellissimo sugeto, que no pudo acudir á verse con el

Velludo hasta de allí á dos dias por haber estado muy ocupado en curar un mulo rabioso, á quien no por miedo, puesto que su secreta virtud le protegía contra los furores del animal, sino por lástima, no habia querido tomar el pulso, y que murió sin duda por haberle llamado tarde.

El Velludo, á quien ya faltaba tiempo para acometer su empresa, deseoso de acabarla solo y recobrar mejor de esta manera su fama y buena opinion con el señor de Cuellar, no dijo palabra á Usdrobal, que se habia ofrecido á acompañarle, ni á ninguno de su comitiva, y llamando á su perro salió al caer de la tarde con el buen hombre en busca de la fantasma, y determinado á embestir al mismo Satanás en persona.

Fué esta misma noche aquella en que Leonor, por determinacion de Elvira, debía volver á su castillo y cuidar de su hermano, que aunque no tan mal herido como Saldaña, estaba de mucho cuidado.

IV.

Dejaron las dos amigas, como hemos dicho, el solitario asilo al oscurecer, sostenida Leonor del brazo de la generosa heremita, y caminaban muy despacio, no habiéndose aquella recobrado enteramente de su enfermedad, atravesando el sombrío pinar, tristes las dos y sin hablar palabra, Elvira esforzándose á contener las lágrimas que le arrancaba verse obligada por sus votos á separarse de la única persona en el mundo

que pudiera compadecerla, y Leonor toda sobresaltada dividiendo los afectos de su alma entre su hermano y su amiga.

Largo trecho habian andado, y no estaban ya lejos del castillo de Iscar, cuyas almenas empezaban á plañir al rayo de la luna naciente, cuando Leonor, sintiéndose fatigada, se sentó junto á un pino para descansar, mientras Elvira, en pié y atenta al menor ruido, temblaba por su amiga al más ligero murmullo del viento.

—Vamos, le dijo; Leonor, animate; estos bosques son de mal agüero para tí, y tras de cada rama puede esconderse un hombre.

—Elvira mia, replicó Leonor, aquí ya no hay miedo; estamos muy cerca de nuestro castillo, y los bandidos no se atreven á cometer sus villanías tan cerca de donde á un grito mio podian hallar su castigo.

—Tu castillo, repuso Elvira, está muy lejos aun para que oigan tus gritos, y el jefe de los bandoleros es atrevido como un bridon de batalla. Animate; ¿no oyes voces que se acercan? añadió poniendo el oido al viento: huyamos, Leonor, continuó con tono imponente, aunque sobresaltada; Dios ha puesto el recelo en mi corazon; si no obedecemos su voz él castigará nuestro orgullo.

Leonor, sobrecogida, se levantó con precipitacion á pesar de su debilidad, y tomando el brazo de Elvira, ambas amigas aceleraron el paso.

No se había engañado la hermana de Saldaña; la voz que llegó á sus oídos no era otra que la del Velludo, que venia en su busca renegando del respetable saludador.

Tenia este el mismo acierto para atinar con las habitaciones de brujas, que no sabia, y de que no le habian dado las señas, que para curar la rabia á los mulos, y era además tan cerril como sus pacientes y tan cachazudo cuanto bastara para hacer desesperar otro ánimo menos impaciente que el del capitán.

El camino que habia tomado era precisamente el opuesto al que llevaba á la bóveda de Elvira, y más de dos horas hacia que andaban descarriados de acá para allá por el bosque, y á pique, en la oscuridad de la noche, de romperse la cabeza si tropezaban, sin que el sábio saludador hubiese encontrado siquiera vestigios de lo que buscaba.

Iba el Velludo dándose á todos los diablos con la torpeza del guia, y más enojado con él casi que con la maga, maldiciéndole é insultándole á cada mal paso que se encontraba.

—¿Dónde demonios, le dijo, me llevas por aquí, sin saber tú mismo dónde vamos, arca de mentiras, que Dios confunda?

—A buscar la bruja, respondió el saludador con calma y con una voz ronca como un tambor destem-

plado: voy mirando hácia arriba por ver si la veo volar.

—Si en vez de haber sido tú verdugo tantas veces, guindando hombres que valian más que tú, replicó el capitán, hubiera querido Dios que hubieses sido solo una vez paciente, no andarias engañando á los tontos que te creemos.

—Cuando yo era verdugo, replicó el pobre hombre, nunca se me quejó ningun amigo que fuese á parar á mis manos, y si no ahí está el manco tu primo, que si viviera podria decirlo, que cuando me monté sobre él me dijo que no habia ningun hombre de armas que montase mejor que yo, y otras cosas que callo, porque no le toca á un hombre alabarse.

—En efecto, repuso el Velludo distraido con el recuerdo de su primo, no me descontentó el modo como le ahorcaste. ¡Era mucho hombre mi primo! ¡Qué lástima que cayese en tus manos tan jóven!

—A muchos he puesto la cuerda al cuello, repuso el saludador, pero no he visto ninguno de más hígados que tu primo. Cuando le bajé la gola para ponerle el collar, no parecia sino que se iba á afeitar segun lo grave que estaba. ¡Ah! continuó con sentimiento. Pasó ya aquel tiempo en que yo era el miembro más lucido de justicia que habia en la córte; mi juventud se ha rozado y ha perdido su vigor con una cuerda á fuerza de usarse; mi cuerpo es débil como los palos de una horca vieja, y yo ya no veré alrededor de mí un inmenso concurso admirando mi habilidad; no re-

presentaré ya el segundo papel en la fiesta, despues del hombre que confiaban á mi cuidado. ¡Infelices racimos de la de palo, cuánto echareis de ménos al misericordioso Soguilla! ¡Hi! ¡Hi!

Decia esto llorando con tanta pena, que el Velludo no pudo ménos de sonreirse.

—Buen Soguilla, le dijo, sino fuera por el respeto que un verdugo decano se merece de los hombres de bien, juro que yo te habia de enseñar á ser saludador, y á servir de guia por caminos que no conoces. ¡Pero, qué sombra es aquella? Ya se deslizó detrás de aquel pino. ¡Una mujer! ¡La maga! Ella es: tú por un lado y yo por el otro.

VI.

Dos bultos parecieron en este momento y se ocultaron al punto, refugiándose trás de los árboles por no ser vistos, la maga y Leonor, habiendo oido con mucha claridad las últimas palabras del Velludo, que penetraron en su corazon, helando hasta el tuétano de sus huesos.

Leonor especialmente más atemorizada se asió al brazo de su compañera sin saber qué hacerse, mientras ésta, más acostumbrada á semejantes azares, miraba á un lado y á otro buscando por dónde huir, esforzando á su amiga y rogando á Dios que las librase de aquel peligro.

Seguramente Elvira podria haberse escapado de su

enemigo, siendo el principal intento de éste, cuyos penetrantes ojos ya habían descubierto á Leonor, no meterse con la maga, sino era preciso, hasta haber recobrado su prisionera, y no siendo el saludador, hombre gordo y ya viejo, un obstáculo muy temible.

Pero la idea de abandonar á su amiga no podía abrigarse en el noble corazón de Elvira, resuelta más que nunca á sacrificarse por ella, libre ya de temor en el momento mismo del riesgo, y poniendo toda su confianza en Dios con todo aquel fuego celeste que elevaba tanto su alma.

—Leonor, le dijo á su amiga, no huyas, porque sería inútil, y colócate trás de mí.

Si mi presencia quiso Dios que aterrara una partida de foragidos, ahora con su poder hará que á mi vista retroceda ese bandolero.

—Mi castillo está cerca; yo gritaré, replicó Lenor, y acaso podrá oírnos el centinela.

—No muestres nunca tu miedo al que te persigue, repuso Elvira; antes que te oyeran serias presa de ese mal hombre. El Señor está con nosotras, él nos asistirá.

VII.

En esto estaban, cuando oyeron decir al Velludo. *Jella es!* etc., y se escondieron por instinto detrás del pino.

Era esta la única esperanza que les quedaba en aquel apuro, y acaso el terror que inspiraba la visita de Elvira no habria dejado de producir su efecto, si el capitán no estuviese ya prevenido y determinado á hacerla frente y á averiguar quién era, no obstante que en secreto sentia cierta especie de repugnancia conforme se iba acercando.

Su guía, no tan valiente como él, ni con mucho, procuró quedarse algunos pasos detrás abriendo los ojos y la boca como espantado, y buscando por todas partes la temerosa bruja que él no habia visto, y que se le figuraba que iba á echar á volar de pronto como una perdiz sale de entre las viñas á poca distancia del cazador.

Por último, el Velludo hizo la señal de la cruz, y se arrojó hácia ellas con el hacha en la mano gritando:

—Por la Virgen de Covadonga, entrégate, aunque seas el mismo diablo, ó te mato.

Tendió hácia él Elvira su mano derecha con majestad, y acaso su imponente y negro aspecto hubieran enfriado la resolucion del bandido, si Leonor que vió el hacha en alto amenazando descargar su golpe sobre su amiga, no se hubiese soltado de ella y echádose á los piés del Velludo, pensando salvarla de esta manera de una muerte inevitable á su parecer.

Conoció con esto el capitán su fuerza y la debilidad de sus contrarios, por lo que bajando el hacha les intimó que se entregasen á discrecion, jurando que él no les haria daño alguno, ni las ultrajaria en ningun mo-



El Velludo se arrojó hacia ellas con el hacha en la mano.

do, siempre que no tratasen de huir ni hacer la menor resistencia.

—Déjanos en libertad de continuar nuestro camino, respondió Leonor, y yo te prometo por la fé de caballero de mi hermano darte por nuestro rescate más oro que has visto en toda tu vida.

—Despues hablaremos de eso, replicó el Velludo; veamos antes quién es esta bruja, que me ha hecho pasar más vergüenza que he tenido en toda mi vida.

Y diciendo y haciendo se acercó á Elvira, que, dotada naturalmente de ánimo, y arrebatada de su celestial entusiasmo, no habia hecho movimiento alguno, y solo temia por su amiga, á quien ya veia sin remedio en poder de su hermano, á pesar de sus esfuerzos para salvarla.

—Alzate esa capucha, dijo el Velludo, y enséñanos esa cara.

—Huye, malvado, respondió Elvira, y teme el castigo del cielo si llegas siquiera á tocarme.

—¡Hola! replicó el capitan; voz muy dulce tiene la maga. Torpe has andado, si eres el diablo, en tomar voz de mujer para asustar á nadie. No me estorbeis el paso, señora, prosiguió hablando con Leonor, que se habia abrazado á sus rodillas para detenerle.

—Dejadla por Dios, dejadla, gritaba esta; ella no hace mal á nadie; ya me teneis á mí, llevadme á Cuellos, matadme, pero dejad, respetad el secreto de esa mujer.

—Nada de eso; y no os abraceis al lobo aunque os

parezca manso, respondió el Velludo. Yo he jurado que le habia de quitar las ganas, á quien quiera que fuese, de venir á asustarme á media noche á mi misma casa, y lo cumpliré... ¡Vaya, fuera! añadió; y empujando á Leonor á un lado y desasiéndose de ella, se acercó á Elvira, y á pesar de sus amenazas le echó la capucha atrás y le descubrió el rostro, trayéndola por fuerza á donde daba la luna.

—¡Una mujer tan jóven y tan hermosa, gritó el Velludo atónito de su descubrimiento, y andar así en este traje por estos andurriales! ¡Eh! ¡Zamacuco! continuó llamando á su guía, que no hacia mas que abrir los ojos hecho un bausan, hasta el punto que él mismo pensó que se le rasgaban hasta la cabeza. Cuida de esa otra dama mientras yo examino esta... ¿Quién eres? le preguntó volviéndose á ella.

—Si te dijese mi nombre pecaria; nadie, repuso Elvira con dignidad.

—¿Qué hacias en estos desiertos?

—Nada.

—Secretos tengo yo, respondió el capitán, que te harian hablar, y han hecho soltar la lengua á hombres de bigotes muy ásperos, puesto que determinado venia á enviarte esta noche á dormir al otro mundo; pero eres una mujer, no puedes defenderte y me das lástima. Por lo demás, no me importa saber quién eres; tu oficio de bruja acabó, y por ahora vendrás conmigo á hacer compañía á tu amiga en el castillo de Cuellar, donde no te faltará quien te agasaje.

—Mis pecados, repuso Elvira en tono solemne, me han traído á este punto; cúmplase la voluntad de Dios.

Entre tanto Leonor habia tratado de huir hácia su castillo y alarmar si era posible la guarnicion con sus gritos, cuando el Velludo, volviendo con Elvira asida de un brazo hácia ella, se interpuso en su camino con la presteza de un rayo y la detuvo por el vestido.

—No, ahora no será como la otra vez; Belcebú habia de venir y nos las habíamos de ver, él con sus tizonas y yo con mi hacha.

—¡Ah! exclamó Leonor. ¿No hay quien me favorezca? ¡Los hombres de armas de mi castillo ahí mismo y no me oyen! ¡Casi los siento hablar y no me oyen!

—Y aunque os oyeran seria lo mismo, replicó el Velludo, mandándolas que le siguiesen: venid conmigo: yo no soy cruel, y sentiria tener ahora que serlo si os empeñáseis en no obedecerme.

Tenia el Velludo algo en su voz que naturalmente imponia, aunque se esforzase á dulcificarla; y así por esto como por ser toda resistencia inútil, ambas cedieron á su voluntad, Leonor llorando y ofreciéndole mil tesoros por su rescate, y maldiciendo su suerte casi desesperada, y Elvira sin hablar palabra y con estóica resignacion.

—¿Qué diablos hacias ahí, papanatas? dijo el Velludo al saludador, abriendo como él la boca con una mueca.

—¡Toma! repuso el misericordioso Soguilla con su voz bronca. ¿Y qué he de hacer con una bruja que se echa á volar? Dí que hubiera sido un lobo rabioso, y le hubieras visto más manso que una borrega.

—¡Ojalá! replicó el capitan con sorna.

VIII.

Tales fueron las aventuras de aquella noche y tal era el asunto de la conversacion que hemos interrumpido para contarlas, por lo que volviendo á nuestros bandidos, que aguardaban á su capitan, añadiremos otra persona al corro á quien en otro tiempo no habrian querido tener tan cerca por su oficio de verdugo, y que ahora departia con ellos agradablemente, merced al que ejercia de saludador.

—Si no hubiese sido por mi, dijo éste en adición á lo que habia dicho Usdrobal, poco le hubieran valido vuestros consejos, señor Zacarías; pero yo huelo las brujas lo mismo que olía en mi tiempo cuando iba á haber ocupacion en mi oficio, y ensebaba los cordeles de modo que al hombre de menos gusto le habria dado tentacion de ahorcarse, y mas de una vez estuve yo para hacer la prueba.

—Si la hubieses llegado á verificar una sola vez, dijo Usdrobal, no habrias ido esta noche á caza de brujas. ¿No es cierto?

—No lo puedo negar, repuso gravemente el saludador, y para ser tan mozo hablais con mucho tino.

—¿Pero la bruja voló, ó no voló? preguntó el veterano tinieblas.

—Como una garza, contestó Soguilla; pero yo la hice caer á los pies del Velludo por mi virtud de saludador, puesto que por más que hice no pude hallarla el pescuezo.

—Pero el vuestro con poco que se busque no será difícil hallarlo. ¿No es cierto? preguntó Usdrobal con mucha seriedad burlándose del enorme cervigui-
llo que descubria el ex-verdugo.

—Sin duda, replicó Soguilla mirándole con atención; y volviéndose á los otros continuó: ¿este mozo ha estudiado?

—Es un girifalte, repuso el bizco, y sabe latin.

—¡Oh amigo! para verdugo no hay cosa como saber latin.

—Hasta ahora no he estudiado mucho, respondió Usdrobal; pero mi maestro es el benignísimo y piadosísimo señor que aquí veís, y señaló á Zacarías, por lo que podeis esperar que si no llego á verdugo llegaré á ahorcado, y en cuanto á saber latin, ya sabeis que sirve lo mismo para uno que para otro.

—No os mofeis del humilde siervo de Dios, repuso el maestro con su acostumbrada dulzura.

Usdrobal se levantó, volvió la espalda al corro, y empezó á cantar con aquella apariencia indiferente y alegre que le era natural:

Quando miro una horca
con su colgajo,

guiño el ojo, me río
y aprieto el paso.
Por mi consuelo
murmurando entre dientes
morir tenemos.

A pesar de su buen humor y natural alegre, Usdrobal sentia en aquel momento cierta inquietud y desasosiego por una de las prisioneras, á quien sin saber por qué habria querido dar libertad de buena gana ó verla á lo menos, sin que él pudiese darse razon á sí mismo, se alegraba entre tanto interiormente de que Saldaña estuviese imposibilitado de entenderse con ella por sus heridas.

Este interés por Leonor, que á no calcular la distancia del rango que los separaba podria acaso atribuirse á otro afecto mas vehemente que el de la compasion, le ponía pensativo de cuando en cuando, determinándole á abandonar el servicio del Velludo, incitado ademas por su buena indole y sentimientos nobles, que le hacian desagradable el género de vida que habia abrazado, mas por necesidad que por inclinacion.

Su mala cabeza y carácter abandonado se lo habia hecho sobrellevar sin pesadumbre hasta entonces, pero su corazon se resentia de la villanía de su oficio, mientras su imaginacion, engrandeciéndole á sus ojos el brillo que rodea al guerrero de buena fama, y mostrándole fácil el camino de la gloria que podria abrirle su lanza hallándose en otro estado mas noble, e hacia desear la ocasion de señalarse públicamen-

te por algun rasgo marcado de caballerosa bravura.

IX.

Combatido estaba de estas imaginaciones, cuando vió venir al Velludo, que salia del castillo mano á mano y hablando amigablemente con un hombre alto y seco que parecia que solo le quedaba el pellejo segun lo correoso que era, el rostro muy tostado del sol, bigote entre cano y caido, pelo del mismo color, nariz larga y tan colorada como si la hubiesen dado de bermellon, lo que le daba trazas de no disgustarle el jugo de la uva, en confirmacion de lo cual sus ojos lucian con aquel brillo vidrioso que marca comunmente á los borrachos de profesion.

Traia en la cabeza un gorro de pieles, y envuelto en una ancha capa, solo dejaba ver sus piernas cubiertas de planchas de hierro puestas unas sobre otras á modo de tejas, lo que daba muestras que venia armado, y en sus movimientos y contoneo jaqueton se conocia que estaba muy pagado de sí mismo, y que miraba con desprecio á los otros, todo lo cual confirmaban su mirada de lástima y su labio inferior caido naturalmente.

Era nada menos que el jefe de la compañía aventurera que el señor de Cuellar pagaba y mantenia en su castillo, aragonés de nacion y con mucho renombre de buen soldado y buen bebedor, amigo de la guer-

ra, de las mozas, y sobre todo de la bota y de los valientes, habiendo reunido una compañía volante con la que andaba al pillaje, ó servía al que mejor le pagaba, no reconociendo mas ley que su espada, mas rey que el dinero, ni mas órdenes que su voluntad.

Rayaba ya en los cincuenta años; y era muy grande amigo del Velludo, por haber sido soldados juntos en su mocedad, y no obstante que el aragonés tenia en mucho mas su oficio de aventurero que el de bandido no por eso dejaba de mirar con mucha consideracion á su amigo, que tenia tan bien sentada su fama como el que más, y en un momento á una voz suya podia poblar todos aquellos bosques de un ejército de bandidos.

Llegaron adonde estaba Usdrobal, y el Velludo viéndole pensativo le dijo:

—¿En qué piensas, buena alhaja, que estás ahí que pareces un asno viejo?

El aragonés echó una mirada á Usdrobal de arriba á abajo con aquella apariencia insultante de compasion que le era propia, y volviéndose al capitán le guiñó el ojo empujando la barba hácia él con un gesto que equivalia á preguntar ¿qué mozo es ese? y á que el Velludo contestó mirándole de reojo y echando hácia fuera ambos labios como si fuera á silbar, dándole á entender que el mancebo tenia el alma bien puesta, y que era mozo de manos.

Todo esto fué obra de un momento, y Usdrobal, sin echarlo de ver, dirigiéndose á su capitán dijo:

—Estaba pensando que vale mas ser cabeza de raton que cola de leon, pero que en caso de ser cola de uno ú otro, vale mas serlo del rey de los animales.

—No entiendo á que viene eso, replicó el Velludo, pero creo que tienes razon sino dices mas.

—Viene, replicó Usdrobal, á que yo quisiera mas bien ser arriero que burro, pero ya que siempre he de ser burro, quisiera serlo de un señor mas bien que de un molinero.

—Todo eso está muy bien, respondió el capitan; pero si no te esplicas mas claro, te quedarás siendo burro toda tu vida.

—A mi el abad de San Bernardo me enseñó á esplicarme por rodeos; pero aunque algo torcido en mis esplicaderas, soy muy recto, y siempre voy por el camino derecho, *via recta*, cuando se trata de obrar; asi que, ahora pregunto, ¿qué querriais mas, ser quien sois, ó ser señor de Cuellar?

—Ser señor de Cuellar, repuso el capitan sonriéndose. ¡Pareces tonto!

—¿Y si os hiciesen rey, lo prefeririais á eso?

—¿Quién lo duda?

—Y en caso de servir, á quién serviriais mejor, al rey ó á Sancho Saldaña?

—¡Toma ¡ al rey.

—Pues vos mismo habeis desatado mi duda, y ya estoy resuelto á servir como soldado aventurero entre los hombres de armas del señor de Cuellar y á dejar lugar para otro en vuestra partida.

Frunció el Velludo las cejas, sus ojos se iluminaron de pronto, y lanzó una mirada de cólera sobre Usdrobal, irritado de que éste le tuviese á él por tan poco que se creyese ser cola de raton hallándose en su servicio, mientras su compañero el aragonés con su acostumbrado desdén le dirigió la palabra.—¿Y qué hombre eres tú para alistarte bajo mi bandera? ¿Ni qué papel has de hacer tú entre veteranos, que al que menos le llega la barba al cinto?

—Ocuparé el lugar, repuso Usdrobal, que ocupa un hombre en todas partes, y rayaré donde raye el mas alto.

—Eso sí, replicó el Velludo, y cualquiera á quien yo admito en mi partida es muy capaz de romper una lanza con el mejor de tu compañía.

—¿Con el mejor de mi compañía! respondió el aragonés sonriéndose, y volviendo á Usdrobal continuó: ¿sabes montar á caballo?

—Como un moro granadino.

—¿Enristras bien una lanza?

—No sé quién eres, pero si quieres saberlo por tí mismo, me remito á la prueba, y no hay mas que hacer.

—¿Puede! replicó con calma el aventurero. Dí, Velludo, ¿qué te parece de lo que dice este almogarabe?

—Que dice bien, replicó el capitan, y que es muy capaz de hacer lo que dice; pero ven acá, niño, continuó hablando con Usdrobal, ¿qué ventolera te ha dado de dejar tan pronto mi compañía?

—¿No soy yo libre de hacer lo que mejor me convenga? preguntó Usdrobal.

—Sin duda eres libre; pero sabes que pierdes mucho en dejarme, primero porque aquí conmigo no tienes mas jefe que á mi, y en entrando en el cuerpo de aventureros tendrás mil que no lleguen á la suela de mi zapato.

—¡Pasito, amigo, pasito! replicó el aragonés; tú y yo nos conocemos y basta.

—No hablo por tí, continuó el Velludo; y además, como iba diciendo, sabe que este raton, si toca este cuerno, y señaló al que llevaba á la espalda, reúne en veinte y cuatro horas mas de mil valientes bajo sus órdenes, á quienes paga con mas rumbo que puede pagar en su vida el mismo rey en persona.

—Todo eso tambien lo sé, replicó Usdrobal, y yo siempre os respetaré; pero por ahora he determinado sentar plaza de aventurero, si me admiten, en las lanzas de ese castillo, y faltaria á un voto que he hecho sino cumpliese mi resolucion.

—Pues hijo, á mi no me haces falta; Dios te guie, y para que veas que te quiero bien, este amigo es el jefe de la compañía, y el que te ha de admitir en ella.

—A mi me basta tu recomendacion, repuso el aragonés; la estatura no es mala, es mozo, parece robusto, añadió mirándole con despacio, y justamente está vacante la plaza de un buen muchacho que antes de ayer bebiendo conmigo, por broma le fuí á dar de pla-

no con la espada y la rajé la cabeza hasta la barba sin querer de una cuchillada. ¡Un buen muchacho!

—Pues sí, amigo, yo te le recomiendo, respondió el capitán, y adios, que voy á recoger mi partida: Adios, Usdrobal.

—No, eso no; cuenta con lo que se habla, y trae la bota antes de que te vayas, dijo deteniéndole el aragonés, que estoy seco de hablar, y este muchacho no se ha de separar de tí como si fuera un nadie.

—Y mucho menos sin despedirme de mi piadosísimo maestro, añadió Usdrobal.

—Pues entonces venid conmigo, respondió el Velludo, y si han dejado algo lo beberemos en buena paz y compañía.

Diciendo así llegaron al corro, y hallando la bota bastante provista, empujaron el codo hasta vaciarla, y Usdrobal se despidió de sus compañeros.

Zacarías lloró, gimoteó, y le rogó que no abandonase la paz del desierto por los placeres mundanos; los demás camaradas no mostraron la mayor pena por su partida, y aunque las libaciones fueron copiosas, todos se pusieron en pié al echar el último trago, y el Velludo se despidió de su amigo el aventurero y de Usdrobal, retirándose con su gente, mientras estos volvieron paso á paso al castillo.

Poca bebida era aquella para hacer dar traspies al aragonés, que tocante á vino era una cuba sin fondo, y cuando mas llegaba á ponerse alegre; pero aquel dia habia recibido un amigo íntimo, y su lengua, algo

trabada, se resentía del fino agasajo que le habia hecho, por lo que todo el camino vino hablando á Usdrobal acerca de sus deberes.

—Sí señor, decia, la sibordunacion, y la disciplina, y buen empuje cuando se trata de enris... enris..., enristrar lanza.

—No tengais cuidado, que no me quedaré atrás, respondió Usdrobal interrumpiendo un romance que venia tarareando entre dientes.

—Está bien: porque el hombre ha de ser mulo, y cuando llegue el caso un trago de vino y á ellos.

Con esta conversacion entraron en el castillo, donde Usdrobal fué alistado en la compañía, y le dieron las armas del difunto á quien habia relevado, que él se vistió, muy contento de verse ya hombre de armas, y sobre todo de estar cerca de la hermosa Leonor, decidido á favorecerla en todo, y libertarla si fuese necesario á costa de su propia vida.

Capítulo XIV.

Tanto, que dije entre mi:
 ¿Todo el mundo se me atreve?
 ¿Tan dejada te parezco?
 ¿Eres tú tan insolente
 que aunque me prometas reinos
 mis favores te prometes?

(Romancero.)

I.

Ya hacia ocho dias que estaba Usdrobal con sus aventureros, muy apreciado de todos ellos por su ánimo resuelto y humor alegre, su semblante franco y natural descaro, habiéndole hecho hallar muchos amigos en el castillo.

Estas amistades en tan breve tiempo no parecerán extrañas al que haya vivido algun tiempo entre militares, donde la franqueza y familiaridad del trato hace que la amistad se estreche é intime casi á primera vista; pero mucho ménos raro parecerá, si trasladándonos á aquellos tiempos en que ser valiente era la cualidad única que se exigia para ser estimado

de todos, consideramos que tanto los compañeros de Usdrobal como los demás habitantes de la fortaleza eran hombres que se pagaban más de un rasgo de resolución y un trago á tiempo, que de una accion filantrópica, viendo en cualquiera de estas dos cosas todo lo que necesitaban para elegir un amigo.

La mayor parte de los soldados aventureros no tenían nada que echar á Usdrobal en cara, porque si éste habia dejado el ejercicio de bandolero para tomar aquel, ellos habian tenido otros oficios en su vida de igual especie ó peor, toda la compañía, siendo generalmente compuesta de hombres sin oficio ni beneficio, extranjeros, mercenarios y desertores.

Usdrobal, siempre fijo en su empresa de salvar á Leonor, que era el principal intento que le habia traído á hacerse hombre de armas entonces, no desdeñó la amistad de ninguno, y al contrario, puso de su parte cuanto pudo para granjearse la de muchos más, pensando, como general prudente, en hacerse aliados dentro de la misma plaza que pretendia embestir, antes de ponerla sitio.

Con este fin, y valido de su flexibilidad de carácter, bebia con los unos, hablaba con los otros, y se mostraba generoso con todos, gracias al dinero que le valió su estancia con el Velludo, sin descuidarse al mismo tiempo en ir reconociendo el terreno, visitar la fortaleza, y siempre tratando de averiguar dónde estaba detenida la hermana de Hernando, deseoso de verla y comunicar con ella sus planes.

Pero á pesar de su vigilancia y buen deseo, sus esfuerzos tocante á este punto no hubieran producido acaso ningun resultado, si los celos y el despecho de una mujer vengativa no hubiesen venido justamente á favorecer sus proyectos.

II.

Zoraida, más irritada que nunca contra Saldaña, habia sabido ya, gracias al paje que no se habia descuidado en decírselo, quién era una de las prisioneras, y más interesada que nadie en hacerla desaparecer del castillo ántes que Sancho se recobrase enteramente de sus heridas, no habia cesado de meditar un punto desde entonces el modo de cumplir su deseo.

Su conocimiento de todas las comunicaciones secretas, escaleras ocultas etc. de un castillo en que habia pasado tantos años, las riquezas que poseia, y sobre todo su audacia y carácter emprendedor, hacian de ella el mejor aliado que Usdrobal podia desear, y que su buena suerte le proporcionó.

Sabia muy bien Zoraida que de todos los servidores de Saldaña, los más fáciles de sobornar con dinero y más aptos para aquella empresa, eran los aventureros, y ya más de una vez habia tratado de descubrir á alguno de ellos su plan, puesto que su poca influencia con el señor de Cuellar habia disminuido su crédito entre aquellas gentes, y esta consideracion hubo de contenerla algun tiempo.

Muchas veces habia ojeado los individuos de la compañía, buscando entre ellos alguno á quien confiarse, y aunque la muestra y apariencia de todos los manifestaba muy capaces de tomar á su cargo cuanto bueno ó malo se les encomendase, esto mismo la hacia dudar, temiendo que, si la descubrian, su venganza quedaria sin cumplirse, y Leonor para siempre en poder del señor de Cuellar.

Con todo, ya habia observado á Usdrobal, y los ojos de lince de los celos la habian hecho en parte descubrir sus intenciones, habiéndole oido hacer varias preguntas acerca de la habitacion que ocupaba la prisionera, que aunque hechas al parecer con indiferencia, y solo como por mera curiosidad, Zoraida las imaginó sospechosas, y mucho más cuando, informada de que era un soldado nuevo, no pudo ménos de figurarse que en aquel hombre de armas estaba disfrazado acaso el amante de Leonor, que se habia alistado aventurero con el fin de salvarla.

Este pensamiento, y más que todo la buena cara y modales naturalmente francos de Usdrobal, acabó de engañarla, afirmándola en la idea de que siendo el amante oculto de dama tan principal, tenia de ser caballero, no pudiendo ménos de serlo un hombre de continente tan desembarazado y fisionomía tan resuelta, por lo que más animada que nunca se decidió á hablarle en secreto, y asegurarse de este modo si era ó nó cierta su presuncion.

Por su parte Usdrobal no habia dejado de infor-

marse de quién era aquella extranjera tan bella que parecia tan triste, y no faltó tampoco quien le contase lo que deseaba, y punto por punto le refiriese sus amores con Saldaña, y los desdenes que ahora sufría.

Esta narracion le originó el pensamiento de aliarse con la hermosa mora, pensando, con razon, que sin duda, movida de sus celos y por su propio interés, habia de desear con ánsia verse de cualquier modo libre de su rival, y que su proposicion de alianza para este caso sería aceptada con gusto.

III.

Muchos deseos tenia de hablar y franquearse con ella, y aunque la prudencia tal vez exigia que él no fuese el primero en romper la baya, como esta cualidad no era la que más brillaba entre las que Usdrobal poseia, lo hubiera ya hecho á no mediar, á su parecer, una consideracion que le irritaba y afligia al mismo tiempo.

No sabiendo si Leonor amaba ó no á Saldaña, y no pudiendo por esto contar con su voluntad para el proyecto que meditaba, traíale pensativo esta idea, y á veces hasta le ponía tan furioso como si él la amara verdaderamente, y celoso de ella desconfiase de su constancia.

Pero cuando ya tranquilo se detenía en pensar en los medios de que el de Cuellar se habia valido para

poseerla, en el odio que habia oido decir se profesaban las dos familias, y en la fama que tenia Saldaña en aquellos contornos, su ira se aplacaba y su pesadumbre se desvanecia, conociendo cuán poco fundadas iban sus conjeturas, y asegurándose cada vez más en que el servicio que trataba de hacer á Leonor era en aquellas circunstancias el que más le agradeceria.

No obstante, deseaba verla, y ya algunas veces habia intentado penetrar en su estancia; pero ésta, colocada precisamente en el primer tramo del edificio, y á la otra parte en el fondo, estaba vigilada por los servidores más leales de Saldaña, quien al momento que supo el nombre de su prisionera, lleno de gozo habia nombrado los que la habian de guardar, con órden de no dejar acercar á nadie sino á su paje favorito y á las damas que la sirviesen. Añadiase además, que Usdróbal, que no sabia fijamente la habitacion y no queria hacerse sospechoso, miraba como otros tantos espías suyos á cuantos subian y bajaban por la escalera principal, única que él conocia que condujese hasta allí.

Enojado con tantas dificultades no sabia qué hacerse, aprobando y desechando cuantos recursos le ofrecia su imaginacion, mas por miedo de empeorar la situacion de Leonor que por temor de su vida, aunque sabia que Saldaña no tardaria más tiempo en mandarle despedazar vivo que el que tardase en conocer su intencion.

IV.

En esto estaba, cuando un dia á tiempo que se paseaba por un corredor, solo, mirando á un lado y á otro por ver si descubria algun secreto pasadizo ó escalera que le llevase adonde queria, sintió que le tiraban suavemente de un brazo, y volviendo á ver quién era, vió una niña de poco más de diez años, que en lengua árabe y con señas muy espresivas le suplicaba que le siguiese, que le tenia que comunicar un secreto.

Era Usdrobal demasiado amigo de aventuras para que dudase en seguir la que se le presentaba, y aunque avisos de aquel género eran en los castillos de aquel tiempo señales de dicha á veces, y muchas otras de muerte, lo que él ménos pensó fué en lo que podia sucederle, dispuesto á arrostrar cualquier peligro, y pronto á todo con tal de satisfacer su curiosidad.

Como Usdrobal no conocia bien la lengua en que hablaba la niña, ni le preguntó nada, ni se detuvo un momento, sino abrazando su espada siguió con ligereza los veloces pasos de la esclavilla, que despues de haberle hecho subir por una escalerilla de caracol muy estrecha, cortada en el mismo muro del edificio, que conducia á uno de los torreones que flanqueaban la fortaleza, le hizo atravesar una galería muy oscura, abrió despues una puerta, y quedándose ella afuera para que él entrase primero, Usdrobal se halló co-

mo por encanto en una habitacion soberbiamente adornada.

V.

Una mujer pálida, y en cuyas mejillas se marcaban aun los surcos que habian formado lágrimas muy recientes, estaba sentada sobre dos almohadones moriscos, cubierta de una almalafa de seda, cuya capucha caída dejaba ver su rostro, que tan magestuoso como afligido, inspiraba á un mismo tiempo el respeto y la compasion.

Usdrobal conoció en ella á la hermosa mora á quien habia visto algunas veces, y de cuya historia ya le habian informado, y habiéndola saludado respetuosamente, quedó en pié y á cierta distancia, aguardando para romper el silencio, á que ella hablase primero.

Zoraida estuvo un rato callada como dudando el giro que daria á su discurso, y no sabiendo como empezar, alzó en seguida los ojos, y habiéndole echado una mirada de curiosidad, sin duda con intencion de leer en su corazon y penetrar de este modo el misterio que á su parecer se escondia en aquel jóven, con acento tranquilo, aunque melancólico, dijo:

—Aunque el puesto que ocupais en este castillo os hace parecer á los ojos de todos solo como un simple soldado, yo no puedo ménos de creer que vuestra sangre es ilustre, y que vos sois otra cosa de lo que aparentais:

—Mi sangre, señora, respondió Usdrobal, puede ser la sangre de un rey, ¿quién sabe? porque yo no he conocido á mis padres, y en cuanto á mostrar otra cosa que lo que soy, puedo aseguraros que aunque no muy viejo, he corrido ya tantas aventuras, que muchas veces hasta yo mismo me desconozco.

—¿Pero vos sois caballero, preguntó Zoraida, no es cierto?

—Si no lo soy, repuso Usdrobal, me siento capaz de serlo, y estoy pronto á acometer la empresa más árdua de que pudiera un caballero gloriarse.

—No me he engañado, dijo la mora, que dió por cierta su conjetura al oír el tono altivo que usaba Usdrobal en su espresion; no me he engañado, y os aseguro que quien quiera que seais, podeis hablar francamente conmigo. Yo soy una mujer, y una mujer sin ningun auxilio en el mundo; vivo, por decirlo así, sola en el universo, pero mi alma es noble, y mi corazon es tan vengativo como generoso. Vos deseais quiza tomar venganza de otros agravios, yo de los míos; tal vez nuestro enemigo es uno mismo; reunamos nuestras fuerzas y conspiremos de mancomun contra él. Si sois un caballero, os bastará que una mujer desgraciada os reclame por su defensor; si sois villano, riquezas tengo, podeis disponer de todas.

—(Pues señor, bien va el negocio, prudencia. Si estuviera aquí mi maestro, pensó Usdrobal, no dejaría pasar en blanco esta palabra; pero ya que esta mu-

jer me cree caballero, portémonos como tal.) Yo, señora, continuó dirigiéndose á Zoraida, no comprendo bien vuestro discurso, y os suplico que si no lo tomáis á mal, os espliqueis más claro: vuestra situacion me mueve á favoreceros, y así no teneis nada que disfrazar. En cuanto á las riquezas que me ofreceis, os las agradezco, porque soy más amante de la gloria que del dinero.

—No os ocultaré nada, replicó Zoraida, siempre que me deis vuestra palabra de caballero, pues sin duda lo sois, visto vuestro proceder generoso, de no comunicar á nadie lo que os dijere, caso que no querais ser cómplice de mis designios. Dádmela, y acaso no sentireis tenerme por aliada.

—Yo os doy la palabra más sagrada, repuso Usdrobal, que un caballero pudiera dar, y os prometo cortarme la lengua antes de que ella revele á ningun viviente vuestro secreto, cualquiera que sea, aunque fuese vuestra intencion asesinar á mi mismo padre si lo tuviera.

—Me basta, respondió la mora; voy á abriros mi corazon. El señor de este castillo fué en otro tiempo mi amante; ahora es mi mayor enemigo. Me ha despreciado, me ha humillado, se ha olvidado enteramente de mí, y yo le he amado como nunca se amó, y he desoido la voz de mi orgullo más de una vez para perdonarle. Yo he sufrido sus desprecios sin dar siquiera una queja, le he visto apartarse de mí y sola con mi dolor, tal vez he tenido compasion de su tris-

teza olvidándome de la mia; mis lágrimas han corrido en silencio, mi amor por él he sentido que se aumentaba con su desden, y léjos de pensar en vengarme de su inconstancia, me he esforzado á hacerme mas agradable á sus ojos, á consolarle, determinada á sacrificar mi vida por hacer su felicidad. Si, yo estaba determinada á morir; lo estoy ahora mismo más que nunca, pero vengada. Nuevos ultrajes, horribles insultos, insufribles celos han venido ahora á amargar con su ponzoña mi corazon, y él va á ser feliz en brazos de otra mujer. ¡Oh! no. El dividió conmigo sus placeres en otro tiempo; él me ha hecho hartarme de hiel; justo, muy justo es que los dos ahora agotemos juntos hasta las heces la copa de la amargura. No, no; se engaña, si mientras yo viva, cree el infame con los halagos de otra mujer disipar los tormentos que le abruma; Zoraida se los hará sentir más crueles; ¡nunca mujer ninguna, ninguna, los calmará con sus caricias!!! Pero esto para vos es nada, continuó mas tranquila; vos ni nadie en el mundo pueden volverme la paz; nadie calmará nunca mis sufrimientos; todo lo mas que puedo esperar de vos es que ayudeis mi venganza. ¿Que importa? es bastante; ¿conoceis á Leonor de Iscar? ¿Sois acaso su amante?

—Soy, señora, respondió Usdrobal, cuya alma sensible habian conmovido las palabras de la hermosa mora; soy quizá el hombre que más culpa tiene de que esta dama esté ahora prisionera y en poder de vuestro enemigo. Soy quien sin saberlo la traje al punto en

que ahora se vé; pero ya, arrepentido de lo que hice, estoy resuelto á morir ó á libertarla, y nada habrá, por peligroso que sea, por difícil que parezca de superar, á que no me arroje y que yo no arrostre, siendo esta la pena que me he impuesto por el delito que cometí. Acepto con gusto vuestra oferta, y desde ahora juntos formaremos nuestro plan y juntos lo pondremos en planta: digo que acepto tanto más gustoso vuestra alianza, cuanto que solo y sin conocer este castillo, mi empresa hubiera sido más perjudicial á esa dama que provechosa, puesto que tampoco hubiera cedido yo un punto en llevarla adelante por temor del riesgo que podia correr. Hablad, señora, disponed de mí; mi brazo y mi corazón son vuestros, y con todo, antes que dispongais cosa alguna, haced de modo que yo hable un momento con ella, solo un instante; es quizá lo más esencial.

VI.

Zoraida quedó un momento pensativa ingeniando cómo Usdrobal pudiese ser introducido donde habitaba Leonor, movió la cabeza varias veces como aprobando ó desaprobando sus propios pensamientos, y dijo:

— Todos los secretos de este castillo, y particularmente los de la estancia que habita Leonor, me son muy conocidos. Allí he vivido yo en días más felices;

allí era mi paraíso; allí pasó una parte de mi vida como un sueño venturoso entre delicias y amores, y halagada de la esperanza más lisonjera. ¡Ah! ¿Por qué no fué eterno mi sueño? Sí, yo conozco todo lo que allí hay; pero aunque sería fácil llegar hasta allí sin ser visto, para hablarla sería preciso que os vieran, y entonces era tiempo perdido. ¿Cómo haremos?.. Yo habia pensado valirme de vos para que sorprendiéseis de noche á los que la guardan, introduciéndoos en la habitacion por una escalera oculta; pero para que la hableis sin que ella esté avisada y no os vean, no hallo medio. Vos decís que es lo más esencial; yo creo lo más esencial que sea pronto. Si Saldaña, que está casi recobrado de sus heridas llega á ir á verla, y Leonor accede á sus deseos y se entrega á su voluntad, no conteis ya con salvarla, continuó con furor; no, porque entonces yo misma la asesinaré.

—Es imposible, repuso con calor Usdrobal, que Leonor no aborrezca á un hombre tan endiablado.

—¡Ojalá! respondió la mora. Teneis razon en lo que decís; y á pesar de todos sus defectos, ¿no le amo yo? ¿Por qué otra no podria amarle?

—Aquí llegaban de su conversacion, cuando la esclava avisó á su señora que el primoroso Jimeno pedia licencia para entrar á hablarla.

—Amigo, dijo entonces Zoraida, vienen á interrumpirnos; retirate y no te alejes, porque quisiera verte despues.

VII.

Usdrobal la saludó con respeto y salió de la sala atónico de la energía de aquella mujer, y muy gozoso de su aventura.

Al llegar á la puerta halló á Jimeno que iba á entrar, y que le echó una insolente mirada de arriba abajo como extrañado de verle allí, y á que Usdrobal contestó con otra que manifestaba no ménos altivez y desprecio.

—¿Qué tal? se dijo á sí mismo el paje; para el tonto que fie en mujeres. Este será algún capricho de Zoraida; algo grosero es para preferirlo á un hombre como yo; pero ahí está el caso, probar de todo.

Diciendo así se estiraba la gola, alisaba los pliegues de su justillo, y repasaba minuciosamente su tocado, disponiéndose á presentarse delante de una mujer á quien trataba de cautivar con sus gracias el presuntuoso, y como casi seguro de su triunfo, entró arreglándose el bigotillo rubio que empezaba á cubrirle el lábio, con pasos muy medidos y elegantes y fingiendo la tristeza conveniente á la que, segun él, tambien aparentaba la mora.

Esta correspondió con una ligera inclinacion de cabeza al gentil saludo de Jimeno, quien despues de las generales de entrada se sentó frente de Zoraida, en uno de los bordados cojines que rodeaban la sala, con muestras de pesadumbre, ya mirándola dulcemente, y

ya bajando los ojos con fingido rubor, como si tuviera algun secreto que le fatigara, y su timidez, cortándole la palabra, le impidiera comunicárselo.

El orgulloso continente de Zoraida parecia haber recobrado toda su majestad delante de un hombre á quien ella estaba acostumbrada á mirar como un simple vasallo, y vuelto el rostro á otro lado, ni aun se dignaba contestar con una mirada á las ojeadas humildes y amorosas del paje, que sentado como estaba, parecia al mismo tiempo estudiar las actitudes más amables y caballerosas para agradarla.

—¿Qué causa os ha traído á verme? ¿Teneis alguna noticia que darme? preguntó la mora sin volver siquiera la cabeza á mirarle, y con el acento más desdenoso.

—No sé, respondió el paje no sin malicia, aunque con tono sumiso, si he llegado en ocasion y hora en que vos hubiérais deseado que nadie os interrumpiese; pero nada os extrañe que yo cumpla con mi primer deber viniendo á presentar á vuestros piés el homenaje debido á la reina de la hermosura.

—Jimeno, replicó Zoraida, vuestro lenguaje afectado me incomoda; esas intempestivas y miserables galanterías usadlas con las mujeres á quien pretendais agradar y que se paguen más de palabras que de los verdaderos sentimientos del corazon.

—Veo, señora, respondió el paje, que no quereis perdonarme la interrupcion que he tenido la desgracia de causar, sin querer, con mi venida tan poco á

tiempo. Cuando la imaginacion está ocupada de otros objetos, y acaso se acaba de oír el lenguaje del corazón, la vista más agradable nos fastidia, y las palabras más dulces y lisonjeras nos parecen frias, insulsas, si las comparamos á las que acaban de halagar nuestro oído. No me extraña, en efecto, que llameis intempestiva mi galantería.

—Vos sois insolente, Jimeno, respondió Zoraida con majestad; esplicaos, aclarad esas suposiciones que vuestra malicia...

—Respeto mucho, contestó el paje sin desconcertarse en el mismo tono, los secretos de las damas, y mucho más cuando no tengo ningun derecho para saberlos. Vos, supongamos, cualesquiera que sean los vuestros, ¿qué razon ni qué facultades tengo yo para entremeterme en ellos? Conozco el motivo de vuestros pesares y las injusticias que estais sufriendo. ¿Qué tiene de particular que trateis acaso de consolaros y de vengaros al mismo tiempo del único modo que una mujer se puede vengar? No que yo crea...

—Basta, Jimeno; al momento salir de aquí, repuso Zoraida levantándose con dignidad; aún no me juzgo tan infeliz que esté en el caso de sufrir los insultos de un miserable vasallo del señor de Cuellar.

—Perdonad, señora, respondió el paje inclinándose delante de ella con un movimiento fino y como arrepentido de su ligereza; no os irriteis con un hombre que no sabe lo que dice, agitado como está de mil sentimientos diversos y de la pasion más loca; no os al-

tereis: permiti dme que os haga una sola pregunta, y me retiró.

VIII.

Conocía muy bien Jimeno la situacion de Zoraida, que ya en el castillo conservaba el solo el préstigio de lo que fué, y estaba espuesta á la desvergüenza del soldado más ínfimo, ya sin apoyo ni valimiento alguno, la poca consideracion que le quedaba, consistiendo solo en el dominio que habia ejercido sobre Saldaña, de quien ya sabian todos que era entonces aborrecida.

No era el paje tampoco tan generoso que respetase la desgracia cuando se trataba de su propio interés, ó de callar un chiste malicioso; pero aunque, como la mayor parte de los hombres viciosos, para él todas las mujeres fuesen iguales, tocaba esto á su virtud, y no al genio de cada una, por lo que conociendo el astuto paje demasiado bien el imperioso carácter de Zoraida, y prometiéndose hacerla su conquista para agradar su amor propio, y satisfacer asimismo su liviandad, cuando la vió enojada varió al momento de camino, y mostrándose arrepentido de lo que habia dicho, tomó el tono del rendimiento en vez del de la ironía.

—Jimeno, respondió la mora, os conozco acaso demasiado bien; no me puedo quejar de vos, y habeis tenido ó fingido tener lástima de mis desgracias; pero no sé por qué, á pesar mio, no puedo agradéceros el interés que habeis tomado por mi: vuestras palabras hoy

han sido tan insufribles y altivas, como en otro tiempo eran adulatoras y bajas. Tal vez vuestra pregunta me descontente; con todo, no importa, hacedla; la sufriré en pago de los servicios que me habeis hecho, y aun puede ser que os responda.

—(Yo te bajaré ese orgullo, pensó el paje.) Siempre he sido y seré, continuó en alta voz, vuestro amigo y vuestro defensor; siempre os he defendido, y aun me he atrevido por vos á contravenir á las órdenes espresas de mi señor; ahora mismo, más que nunca, estoy dispuesto á todo por agradaros. ¡Cuántas veces he reconvenido á Saldaña de su inconstancia, y le he tachado entre mí mismo de hombre de poco gusto, cuando desdeñaba tanta hermosara, y virtudes tan raras en vuestro sexo!

—Haced vuestra pregunta, replicó Zoraida, y no repitais tantas veces que soy desdeñada de nadie. Decid lo que querais sin volver á esa charla insignificante, usada solo en este país de mentira, y de hipocresía.

—Está bien, y puesto que, repuso Jimeno, me lo permitis, perdonad mi impertinente curiosidad, y decidme quién es ese soldado jóven que vuestra esclava hizo salir de este cuarto al momento en que yo iba á entrar.

Zoraida no pudo ménos de turbarse al pronto no sabiendo que responder, mientras el paje, con los ojos bajos y al parecer sin mirarla, no dejó escapar la sensacion que su pregunta le habia causado,

y que él atribuyó á motivos muy diferentes de los que realmente eran. Zoraida no obstante se recobró al punto, y repuso con altivez:

—A nadie en el mundo tengo que dar cuenta de mis acciones; el hombre que poseia ese derecho, me ha dejado libre y señora de mi voluntad. Y bien, es un soldado que yo he hecho llamar para hablarle de cosas que me interesaban. ¿Estais satisfecho.

—Me basta, replicó el paje con su acostumbrada malicia, soy discreto, y habeis hecho bien en hablar-me con confianza. He entendido y me voy: podeis hacerle llamar.

Diciendo así, hizo muestra de salir de la habitación.

IX.

El rostro de Zoraida se encendió de repente, arrebatada de cólera contra el vil que la sospechaba, y aunque se esforzó á contenerse como mejor pudo, parecia como se suele decir, que le iba á deshacer con los ojos.

Mas el temor de perder quizá el único apoyo que le quedaba, le obligó á sujetar su furia en su corazon, quedando inmóvil delante de él sin querer dejarle ir, ni acertar á detenerle tampoco.

Jimeno conoció la lucha en que se hallaba su alma, y como él se juzgaba muy superior á Usdrobal en todo, no dudó que le seria fácil triunfar, atribuyendo el

supuesto capricho de la hermosa mora más á un movimiento de venganza que á una pasión naciente.

Volvióse, pues, á ella, tomó otra vez su apariencia cortés y respetuosa, dijo:

—Siento retirarme dejándoos enojada conmigo. Pero teneis razón, y conozco que me he propasado. Soy franco, no obstante, y digo que á la verdad siento que un hombre de nacimiento tan bajo... Perdonad, señora, yo me retiro, y á pesar de todo creed que seguiré siendo como hasta aquí vuestro fiel amigo y vuestro defensor más acérrimo. Cualquier favor, cualquier servicio que exijais de mí...

—Jimeno, interrumpió la mora, estais acostumbrado á pensar mal de las mujeres, y así no es extraño que penseis mal de mí. ¡Creeis que ese soldado es mi amante! Podeis creer lo que querais, pero al ménos, prosiguió reprimiendo sus lágrimas, al ménos no me insulteis.

—Sirvan de disculpa mis pocos años á mi indiscreción, repuso el paje fingiéndose enternecido, y perdonad á un hombre que os adora, añadió arrojándose á sus piés, que os mira como su único bien, unos celos, sin duda mal fundados, pero que son señales de la verdad con que os amo.

—Levantad, Jimeno, del suelo, respondió Zoraida con ceño, que perdeis el tiempo en mentir.

Alzóse el paje mirándola con asombro, indignado interiormente de sus razones, mientras la hermosa mora, puesto entre sus labios el índice de la mano iz-

quiera y clavados los ojos al suelo, parecía profundamente ocupada de algun proyecto.

—Jimeno, le dijo al cabo de un rato de silencio, si no teneis mala voluntad á una mujer que nunca os dió motivo de enojo, si sois tan noble de corazon como os jactais de serlo por vuestros antepasados, creo que no sereis capaz de faltar á la confianza que de vos se haga.

—Y mucho ménos, repuso el paje, á la que vos me juzgueis digno de merecer. El fuego inextinguible en que esos hermosos ojos.

—Basta, Jimeno, interrumpió Zoraida; os he dicho que no mintais, y que no me pago de insípidas galanterías.

—¡Galanterías! ¿Cómo podeis equivocarse el lenguaje del amor puro con el de la galantería; Zoraida, disponed de mí, hablad, confiadme vuestros deseos, y yo os probaré que es verdad cuanto he dicho.

—¿Teneis libre entrada en el cuarto de Leonor de Iscar?

—(Mia eres, Zoraida), pensó el paje, y hablando en alta voz, prosiguió: El conde me ha enviado varias veces á saber de ella, y á darla amorosos recados de su parte.

—¿Recados amorosos de parte suya? exclamó Zoraida con ira: ¿vos los habeis llevado? ¿Y qué le decia? ¿Y ella le respondia con cariño sin duda?

—Con cariño no, repuso el paje malicioso, pero...

—¿Qué? Acabad.

—Los oye al ménos con gusto, y siempre pregunta con cierto cuidado por su salud. Pero vos sois una rival temible, y ella...

—Por Dios, Jimeno, de una vez, de una vez acabad.

—Ella cree que el conde os ama todavia, á pesar que el jura que...

—Así, lentamente, Jimeno, repuso Zoraida con amargura, así, que cada gota de hiel de tu lengua amargue por sí sola mi corazon.

—¿Quereis por último que os lo diga? replicó el paje bajando los ojos y encogiendo los hombros; pues él jura y protesta que os aborrece.

—Lo sé, lo sé, replicó Zoraida con voz interrumpida por sus sollozos; sí, Saldaña me aborrece, y yo... yo tambien le ódio con todo mi corazon, prosiguió con ira Zoraida; si me amas de veras, si tan siquiera te parezco bien, ayúdame en mi venganza, satisface mi resentimiento, y toda, toda yo seré tuya.

—¡Oh dia feliz! ¡Día feliz! exclamó Jimeno: habla, dí; mi brazo y mi corazon es tuyo; pronto estoy á vengarte, habla, y este puñal te vengará de Saldaña.

—Tú, contra tu propio señor...

—Zoraida, yo te adoro, replicó el paje.

—Júrame, respondió la mora, guardar silencio de lo que voy á confiarte: te creo falso, Jimeno, pero el deseo que tienes de mí, pienso que te hará leal. ¡Sahara! ¡Sahara! prosiguió, llamando á su esclava, que entró al momento en la estancia; dile á ese soldado que entre.

X.

Salió la esclava á llamar á Usdrobal, mientras Jimeno se decia á sí mismo:—Ya cediste Zoraida: ¡ay de tí si me engañas! Duró algunos minutos el silencio, y la hermosa mora, fijos sus penetrantes ojos en él, parecia querer leer en su alma. Jimeno no pudo resistir su mirada, y bajó dos veces los ojos, pero animado de su descaro volvió á alzarlos, y alargando su mano derecha hácia ella le dijo:

—Dame tu mano Zoraida, y recibe la mia en prueba de que despues que te vengue no se han de desasir nunca: dámela en prueba de que me amas.

—¡Qué yo te amo! replicó la mora: ¿y cuándo lo he dicho yo? Cuando tú me vengues seré tuya, sí, pero sin amarte.

—No importa, repuso el paje; estréchete yo solo una vez á mi corazon, palpíte yo de placer en tus brazos, y nada me importa que no me ames.

—Recibe no obstante mi mano, respondió Zoraida, en fé de nuestra alianza.

Tomó el paje la mano trémula de la mora y la apretó entre la suya, pero al ir á estampar en ella sus labios, Zoraida la retiró de pronto como avergonzada de su humillacion. En este momento se abrió la puerta y entró Usdrobal con aquel desembarazado continente que le era propio: el paje dió á atrás dos ó tres pasos

alejándose de Zoraida, y ésta se reclinó sobre los almohadones.

—Venid, caballero, le dijo; tenemos otro aliado, y vuestra empresa puede decirse segura; ya he hallado medio para que habléis á Leonor.

—¡Caballero! dijo á media voz el paje mirándole con desprecio; no me parece muy caballero el que vive en compañía de villanos.

—Sino fuera el respeto que se merece una dama, repuso Usdrobal, que habia entreoido lo que decia el paje, ya os hubiera yo dado á conocer que sino soy caballero, valgo tanto como el más.

—Con la lengua ó á traicion, replicó el paje, sin duda, como es uso de los de tú ralea.

—Jimeno, gritó Zoraida, ¿quereis ausiliar mi venganza ó no? ¿qué, venís aqui con miserables rencillas á enemistaros?

Estas palabras templaron el furor que se habia apoderado de los dos mancebos, é hicieron que el uno retirase la mano que sobre la cruz de la espada tenia, y el otro del puño de la preciosa daga que llevaba al cinto, y Zoraida continuó:

—Si hemos de llevar á cabo esta empresa, unámonos, tengamos paz y solo pensemos en ella. Motivos poderosos de amor quizá os hacen parecer lo que no sois, Usdrobal; pero aunque yo no quiera descubrir quién seais, sé positivamente que vuestra intencion es hablar con Leonor y sacarla de este castillo. Ninguno mejor que vos, Jimeno, puede favorecerle en su inten-

to, y si lo logra, si llega á arrebatársela para siempre á Saldaña, yo me doy por satisfecha de mi venganza.

—¿Y vos me cumplireis en ese caso lo que me habeis ofrecido?

—Si, repuso la mora; ó miriré, ó lo cumpliré; yo os lo prometo de nuevo.

—Está bien, replicó el paje: soldado, tú la hablarás ahora mismo. Sígueme.

En diciendo así, Usdrobal y Jimeno saludaron á la hermosa mora, que contestó con una inclinacion de cabeza, salieron del cuarto, y se encaminaron por desusados y ocultos pasadizos á la habitacion de la desdichada prisionera de Iscar.

Capítulo XV.

Padece, llora, experimenta y gusta
de tu llanto y dolor, muerte y tormento,
que es justo premio de venganza justa
un tal castigo para tal intento:
si hay cuchillo de fuerza mas robusta,
verdugo sea el amor de tu contento,
porque entre ese dolor, rábía y discordia,
aprendas á tener misericordia.

(Ber. Poema.)

I.

Abiertas aun las heridas, pálido, débil y apoyado en el brazo de su favorito paje, dejó Saldaña el lecho donde habia pasado diez dias esperando la muerte en la agonía de la desesperacion, y con pasos poco seguros se dirigió á la habitacion de Leonor.

Vanamente Jimeno y los cirujanos trataron de disuadirle de dar este paso, manifestándole el flaco estado de su salud, y el peligro que corria á cualquiera acaloramiento ó incomodidad que tomara.

—El mayor mal que me aflige, respondió el herido, no está en vuestra mano curarlo, y ninguna incomo-

didad puede haber que iguale al tormento de mi imaginacion.

Con esto, y viéndole resuelto á levantarse y á ir á ver á sus prisioneras, nadie osó oponerse á su voluntad, y el tétrico Saldaña, lleno el corazon de temores y esperanzas, envió recado de su visita.

II.

Entretanto Leonor, que habia hablado ya con Usdrobal, animada con la esperanza de salir de allí pronto, parecia más alegre que de costumbre, sabedora que habia un hombre que se interesaba por ella en donde ménos podia presumir encontrarlo.

Desde que se vió prisionera, rodeada de personas desconocidas y todas ellas indiferentes á su dolor, no habia tenido otro consuelo que sus lágrimas y las religiosas palabras con que tal vez contortaba su ánimo la generosa Elvira, que por fortuna se encontraba en la misma estancia con ella.

Pero esta mujer fanática, sin dejar ver su rostro á nadie, persuadida de que Dios permitia todo aquello en castigo de la falta que habia cometido dejándose ver de Leonor, rara vez se acercaba á hablarla, embebecida en sus oraciones y creida en que cometia un pecado, cuando movido su corazon por un sentimiento dulce, pero mundano, dirigia la palabra á su amiga.

No obstante, su natural ternura vencía á veces su fanática obstinacion, y buscando palabras con que aliviarla de sus pesares, proporcionaba á la doncella de Iscar los únicos momentos de dulzura que gozaba en su cárcel; cárcel decimos, si tal puede llamarse la estancia más elegante y mejor alhajada que habia en el castillo, puesto que, aunque privadas de libertad, todo era abundancia á su alrededor, y varios espaciosos jardines con ricos surtideros de aguas y poblados de sombríos árboles, á que daban las puertas de aquella estancia, les proporcionaban delicioso paseo, mientras las doncellas que las servian y algunos juglares se esmeraban en divertirla. ¿Pero qué vale el beber en oro y verse servido de mil esclavos atentos al menor movimiento del obsequiado cautivo, si al fin no puede pasar de un término prefijado, si no respira el aire puro de la libertad?

La mayor pena que abrumaba el corazon de Leonor, era entonces verse imposibilitada de asistir á su hermano, que tal vez necesitaba de su cariño y la nombraba á cada momento.

Esta idea no se apartaba un punto de su imaginacion, y el llanto que humedecia sus ojos con frecuencia, era más bien un tributo al amor fraternal que una prueba de la debilidad de su sexo.

Olvidada de sí misma, habia tenido mas alegria al hallar allí un protector, por la esperanza de llegar á tiempo para cuidar de su hermano viéndose libre, que por su propio interés, solo el temor de algun

infame atropello, haciéndole sentir por sí su cautividad.

En vano trataba de distraerla el juglar con sus cantos y sus historias, y la demás turba de historiones que corrian en aquella época los castillos con sus músicas y bailes á la morisca.

La herida de su hermano no se apartaba de su memoria, y su situacion y el atropellado amor de Saldaña no dejaban descansar un instante su corazon.

Elvira, encerrada á todas horas en un oratorio que allí habia, rara vez, como hemos dicho, humillaba hasta nuestro suelo sus pensamientos, todos ellos empleados en la contemplacion de las cosas celestes.

Tal era, por último, el estado del ánimo de las dos amigas, cuando una de las mujeres de la servidumbre entró y anunció la visita del señor de Cuellar.

III.

Turbóse Leonor al oír su nombre, no hallando palabras con que dar el permiso que la pedian de parte del que podia visitarla sin él, y volvió el rostro á Elvira, que en aquella sazón entraba, habiendo oido las últimas palabras de la camarera.

—Decid, respondió ésta, al señor de Cüellar, que hace mal en pedir permiso para visitarnos, cuando tiene el suyo y el del demonio para cometer todo género de crímenes y de villanías.

— Señora, respondió la doncella, si yo doy ese recado, es bien seguro que el conde me hará castigar...

— Pero ¡ojalá Dios se complazca en perdonarte, oh Saldaña! prosiguió Elvira en uno de sus arrebatos de entusiasmo, sin atender á la respuesta de la camarera. ¡Ojalá, y que descargue sobre mí el peso de su ira, y cumpla yo de esa manera mis votos.

— Diciendo así bajó la cabeza, cruzó ambas manos sobre el pecho, y pareció que elevaba al cielo alguna súplica por el pecador.

La doncella permaneció un momento delante de ella sin atreverse á interrumpirla; pero viendo que no debía esperar más respuesta, volvió á preguntar á Leonor, la que, vuelta ya de su turbacion, dijo:

— Id y decidle que el cautivo está á merced del que le cautivó, y no es á él á quien toca conceder permiso cuando éste sólo lo pide por cumplimiento, sabiendo que nunca es agradable la presencia del amo para el esclavo.

— Esta respuesta tuvo al fin que contentar á la camarera, la cual, muy de mala gana y temerosa, salió á llevársela á su señor.

— Pero antes de que ella llegara, el lindo paje, que irritado de su tardanza habia ido con licencia de Saldaña á saber qué habia, se atravesó en el camino, y la camarera con muy buen cuidado en cuanto le vió descargó en él el peso de su comision, contándole lo que habia pasado, y encargándole que fuese á referirlo á Saldaña.

—Reina mia, la dijo el paje con una cortesía burlesca, paréceme que vos quereis que meta yo el dedo en la lumbre y comeros vos las castañas... pero no... no os pongais colorada por eso: ¿qué no haria yo por una hermosa jóven á quien sólo la falta de una media docena de muelas y la sobra de algunos años puede hacer parecer un tanto desagradable?

—Insolente, deslenguado, gritó la camarera indignada de la verdad con que el paje la habia hablado, y murmurando un millon de maldiciones se retiró, dejando al desvergonzado Jimeno riéndose de su furia.

Quedó un momento en seguida algo pensativo el buen paje, y torciendo el camino en vez de volver adonde estaba su amo, de una carrera atravesó algunos corredores y desapareció.

IV.

De allí á poco se oyó su voz cerca de las habitaciones al oriente de la fortaleza, como si hablara con alguien á quien tratara de consolar, mientras que otras voces respondian y seguian la cuestion, al parecer con calor, segun se podia conjeturar por el tono vehemente y la precipitacion con que á veces resonaban en alto, y á veces se percibia apenas el murmullo de las atropelladas palabras.

Duró este diálogo solo un instante, se oyó cerrar una puerta con ímpetu, se sintieron los pasos de un hombre que corria por aquellos tránsitos, y poco des-

pues se vió al paje que volvía con la misma prisa que habia desaparecido.

Llegó en seguida adonde estaba Saldaña, y cambiando las palabras de la camarera, le dijo que Leonor no tenia dificultad en recibirle, siempre que como caballero ofreciese no abusar de su posicion.

—¡Consiente al fin en verme! exclamó Saldaña: ¡pero tiene desconfianza de mí! Cómo ha de ser! ¡harta razon tiene para desconfiar!

—Eso prueba que está ya medio rendida, replicó Jimeno; animaos, señor, que á buen seguro que no se os escapa esta vez.

—Si vuelvo á oírte hablar con esa irreverencia de la que no eres tu digno de besar el polvo que pisa, juro que te he de hacer arrepentir para siempre de tu indiscreccion.

—Perdonad, señor; yo no he querido ofenderla, contestó el paje; y bajó la cabeza en señal de sumision; pero una maliciosa sonrisa que pasó por sus labios daba al mismo tiempo á conocer el placer que sentia en incomodarle.

Con esto se asió de su brazo el herido para sostenerse, y meditando lo que habia de decir, llegó á la habitacion de las prisioneras.

Levantóse Leonor de su asiento, saludándole con dignidad; entróse en el oratorio Elvira sin descubrirse, y el paje acercó uno de los sillones detrás del herido caballero para que se sentase, hecho lo cual salió de la habitacion mientras éste apenas osaba al-

zar los ojos, y parecía luchar dentro de sí con sus remordimientos y sin hallar palabras con que empezar.

V.

Sentáronse todos por último: hubo aún una pausa, hasta que el caballero alzó los ojos, y fijándolos en Leonor con cierta timidez, rompió por fin el silencio pronunciando con débil voz esta frase, que apenas fué inteligible.

—Yo os he agraviado, Leonor, y vos sin duda me aborreceis.

—Mentiria, repuso Leonor con firmeza, si no os dijera que vuestra conducta para conmigo es muy agena de un hombre que profesa la orden de la caballería. Vos habeis puesto en peligro mi honra, me habeis entregado á una horda de bandidos, y por último, me teneis ahora mismo prisionera en vuestro castillo, contra toda razon y justicia.

—Verdad es, Leonor; y así no podré nunca aspirar siquiera á merecer vuestra estimacion, replicó Saldaña algo más animado; pero si el amor puede disculpar mis errores: si los tormentos que padezco, y que vos sola podeis calmar; si el hastío con que vivo, la angustia que me acongoja y la desesperacion que me ahoga alcanzan una mirada de lástima de vuestros ojos; si, en fin, basta además mi arrepentimiento de

lo que os he hecho sufrir, creo que lejos de merecer vuestro ódio, merezco siquiera vuestra compasion.

—Mi compasion: la teneis, Saldaña, replicó Leonor conmovida. ¿Quién habrá, que como yo os conozca, que no os compadezca? Vos, libre y poderoso, y yo cautiva, huérfana y ultrajada en este momento, me tengo mil veces por más dichosa que á vos; mi alma es inocente y mi corazon es puro; pero si estais de veras arrepentido, ponednos en libertad á mi amiga y á mí, y tal vez, si no está corrompido vuestro corazon, os cause un nuevo gozo hacer esta buena obra.

—Eso nó; ¡nunca! respondió Saldaña muy agitado; cien muertes antes, cien infiernos padezca yo antes que te separes de mí, Leonor. ¡Nunca! Yo besaré el polvo que pises, te serviré de rodillas, te adoraré como se adora á la Virgen que está en el altar.....

—¡Silencio, impio! interrumpió una voz suave, pero en acento terrible, detrás de Saldaña. ¡Silencio, y no profanes con tu boca de podredumbre el puro nombre de la Santa Madre de Dios!

Volvió Saldaña los ojos airados á ver quién era quien con tanto atrevimiento le interrumpia, y halló en pié á su espalda á Elvira envuelta en su almalafa como hemos dicho, que salia entonces del oratorio.

—¿Quién eres tú, le preguntó Saldaña con enfado, que te atreves así á insultarme? Mal haces si crees que ese disfraz que llevas te da permiso para abusar de esa manera de mi paciencia.

—Las amenazas, los tormentos, los más crueles

martirios, repuso Elvira, que puedas imaginarte, son para el penitente aureolas de gloria y nuevos soles que le guian en el camino escabroso de la virtud. Nada temo de tí, Saldaña, y todo lo temo por tí; mira un momento dentro de tí y te horrorizarás de tí mismo. Tu conciencia te remuerde; continua guerra se hace en tu corazon; en él habita tu desdicha; en él se albergan el ódio, la envidia, el temor, la rabia y la desesperacion; sobre tu frente está grabada la marca del réprobo; mil maldiciones te abrumen, mil funestos recuerdos te acongojan, oro que toques te se volverá ceniza, y la flor más pura perderá su aroma y se marchitará tan solo con que tú llegues á olerla. Saldaña, el lobo hambriento que se expone á la furia de los pastores y los mastines, que en tiempo de nieves busca trabajosamente alimento para él y para sus hijos que le esperan con ánsia en la camada, y que vuelve sin él mordido, fatigado y ahullando, es mil veces más venturoso, es mil veces más dichoso que tú. ¡Ah, Saldaña! Recuerda los primeros años de tu juventud, cuando era aún inocente tu corazon, recuérdalos y llora, llora lágrimas eternas de arrepentimiento.

—Mujer fantástica, replicó Saldaña, cuando yo me presente á dar cuenta á Dios de mi vida, sé muy bien el modo de disculparme, y aquí en la tierra el amor es harta buena defensa de mis mayores delitos. Sí, Leonor, prosiguió volviendo la espalda á Elvira; pero esta mujer tiene razon, nadie es más desdichado que yo; todos los hombres, en medio de su desgracia, tie-

nen algun dulce recuerdo que los halague, algun sueño de oro para el porvenir, alguna persona, en fin, que los ame y que llore con ellos su desventura. Pero yo, Leonor, oidme, continuó con pesadumbre, yo no tengo nada, nada que me consuele; mis recuerdos eran penosos; negro y tormentoso contemplaba mi porvenir; ni una estrella, ni una luz, por débil y amortiguada que fuera, alumbraba mi peregrinacion; todo era noche, todo era un abismo, un caos inmenso donde á cualquier parte que volvía la vista me hallaba siempre conmigo solo, solo y sepultado en la oscuridad.

Un recuerdo, dulce como el aroma de las flores, me quedaba aún; un recuerdo que podía traer á mi memoria sin horrorizarme ni estremecerme. Tú, joven hermosa, virgen pura; tú, á quien yo habia amado ya cuando mi corazon era bueno; tú sola podías hacer mi felicidad; tú eras la llama de mi existencia; yo te veía en todas partes, para mí no habia ya soledad, porque tú siempre me acompañabas. ¡Ah! Yo necesitaba de tí, de tí para que fueses el rocío de mi alma; pero tú me desdeñabas. ¿Qué me quedaba que hacer? Robarte para poseerte; ahora yo soy tu esclavo, ¿qué quieres de mí, dí, mi sangre? Estoy pronto á derramarla toda por tí, añadió arrojándose á sus piés. ¡Oh! dí que me amarás, dilo siquiera por lástima. El hombre que fuese al patíbulo cargado de crímenes y que más te hubiese injuriado, ¿no merecería de tí, si en eso le iba la vida, que le dijeras yo te perdono? ¿Y

para salvar mi alma de la eterna condenacion no me dirás yo te amo?

—¡Hermano mio! exclamó Elvira con entusiasmo, echando atras su capucha, y descubriendo el rostro: ¡yo te amo! ¡yo soy tu hermana, que te ama con todo su corazon! ¡Ah! sí, tú tienes necesidad de amor, y yo te ofrezco el mio, puro, amor de hermanos, lleno de ternura, de ilusiones y de verdad.

—¡Elvira! gritó Saldaña espantado y retrocediendo algunos pasos con susto. ¡Por Santiago! ¿eres tú Elvira? ¡Qué horror! ¡qué horror! ¡Eres tú, que has dejado la tumba para venirme ofrecer el amor de hermana! ¡Elvira!...

—No, exclamó Leonor, no es una aparicion; recordaos, Saldaña; es vuestra hermana, que se ha sacrificado generosamente por vos, que os ama, que ha llorado dia y noche por vos durante tres años en un desierto: ella os hará feliz; vedla, abrazadla, aconsejaos con ella; podeis todavia ser feliz: no lo dudeis. Yo no os aborrezco, y os perdono todo. Dejadme ir de aquí: mi hermano está herido. El cariño de vuestra hermana os hará completamente feliz.

—Elvira, exclamó con humildad Saldaña, perdonáme.

—Pide á Dios tú perdon, no á mí, repuso Elvira con majestad: arrepíentete de tus crímenes, deja libre á esa mujer, y no vuelvas á pensar en ella, puesto que no es para tí.

—¡Oh! eso no, replicó Saldaña: ya es tarde para que

yo me arrepienta; mis súplicas han sido otras veces desoidas, y yo ya estoy condenado; ya es tarde, continuó con horrible desesperacion: no, yo no volveré á humillarme, yo no dejaré la prenda mas segura de mi felicidad, la gloria de mi vida, la mujer que tanta pena me ha costado tener conmigo, por un arrepentimiento sin fruto, que léjos de aliviar mis penas, hará que se redoblen, prolongando con ellas mi desesperacion: Leonor ya es mia, será mia, y ya es tarde para arrepentirme.

—¡Profanacion! ¡Blasfemia! exclamó Elvira alzando ambas manos al cielo.

Pero otra voz resonó de pronto en la estancia, y todos se estremecieron.

VI.

—Ya es tarde, sí, repitió Zoraida entrando á deshora, desencajados los ojos, y trémula de furor.

Traía el cabello desgreñado y suelto, el rostro pálido de color de cera, y en su agitacion incesante y sus movimientos convulsivos parecia latir toda de cólera; sus miradas eran de fuego, y su estatura, que parecia realzada con la ira, le daban un aspecto hermoso, sí, pero imponente y terrible.

Quedaron todos suspensos: Leonor se apartó amedrentada, Elvira se persignó, y Saldaña se puso encendido de rabia, lanzando sobre ella miradas capaces

de infundir terror á otra mujer de menos ánimo que Zoraida. Pero ésta, sin titubear por eso, prosiguió:

—Sí, la maldición de tu Dios y del mio ha caído ya sobre nosotros dos. Mirame, Saldaña, y estremécete. Tú eres el alma condenada, y yo el demonio, que te atormento y te persigo; el demonio, que cuenta tus horas, que sigue tus pasos, que convierte en hiel el manjar mas dulce en tu boca, que te ha guiado en el crimen, que turbará tus placeres, que reirá junto á tí cuando sufras: mirame, tú me has abandonado, tu has querido alejarte de mí; pero en vano, porque yo estoy condenada á velar sobre tí para affigirte, ahora en la vida, y luego en la eternidad. No le ames, mujer, prosiguió dirigiéndose á Leonor, no le ames; su lengua es engañosa, su corazon es malvado, y él te engañará y hará del tuyo un infierno, como ha hecho del mio, y como hace que sea cuanto está junto á él; no le ames, si no quieres como yo hundirte con él en el abismo de su perdicion. Mira, yo era feliz, continuó con acento melancólico; yo era inocente como tú; como tú he sido robada; me amó, le amé, y ya fui viciosa, criminal y despreciable para todo el mundo. ¡Ah! y yo le amaba con más ternura que tú; yo le amaba como una madre al hijo que tiene al pecho, como la huérfana al hombre que le sirve de segundo padre, como una hermana á un hermano, como una mujer adora al ídolo, al Dios de su corazon. ¡El me ha despreciado, él me ha visto derramar lágrimas, y se ha mofado de mi dolor, y yo le amaba todavía, y yo le amo!

—¡Bruja de maldicion, calla! replicó Saldaña rechinando los dientes. Verdaderamente que tú eres el demonio que me persigue, pero yo te enviaré á los infiernos para que allá me aguardes, y me dejes al menos de atormentar en vida. ¡Mi daga! Por Dios que me he olvidado de traerla, continuó echando mano á su cintura, donde la llevaba ordinariamente. ¡Mi daga! ¿Y qué importa? ¡Mujer infame! entre mis manos te ahogaré.

—Teneos, Saldaña, gritó Leonor poniéndose entre él y la mora. ¿Qué vais á hacer? ¡Siquiera por mí, por vuestra hermana! ¿Vais á cometer otro asesinato? ¿Es accion digna de un caballero poner la mano en una mujer?

—Si tienes algun temor de Dios, detente; gritó Elvira, y acuérdate que con esas mismas manos que quieres ahogarla la has colmado de caricias impuras en otro tiempo.

—Ven, ven y despedázame, exclamó Zoraida, que no habia retrocedido un paso al verle venir hácia ella. Te engañas si piensas por eso libertarte de mí. Hiéreme, y abre tú mismo mi sepultura; hazla bien honda, bien profunda, sepúltame tú mismo, y arroja sobre mi un monte; mi espectro ensangrentado saldrá de allí; de dia me verás en los rayos del sol, en la sombra de cada árbol; oirás mi voz en el crujido de cualquier puerta, sentirás mis pasos detrás de ti; de noche en la luz sangrienta de la luna, delante de ti; yo vendré á tu cama, y perturbaré tus sueños; te despertaré,

y me verás, y mi mano fria con la muerte sentirás que te hiela tu corazon.

Aun más: yo evocaré las sombras de los que murieron por tu injusticia, la de tu padre. ¿Qué te amedrantas? ¿Con qué placer te veremos en la agonía, cuando juntos tantos espectros oigas el rechinar de dientes, y el crujido de huesos, y sus ahullidos, y los veas saltar en derredor de tu cama, en tí fijos sus ojos brillantes como ascuas, y sientas frio y temblor hasta en el tuétano de tus huesos!

—¡Oh! ¡basta! ¡basta! gritó Saldaña aterrorizado, dejándose caer sobre una silla medio exánime y sin aliento. ¡Jimeno, exclamó, sácame de aquí! Yo muero... Y dejando caer la cabeza, la debilidad en que estaba, y la agitacion que habia tomado, le causaron un parasismo, y quedó como muerto.

—¡Oh Dios! yo he causado su muerte, gritó la mora con el acento de la desesperacion, y salió precipitadamente del cuarto.

VII.

Leonor y Elvira acudieron á socorrerle, y tomándole ésta una mano, sintió el frio de la muerte en la paralización de su pulso.

—¡Oh hermano mio! exclamó: ¡ojalá Dios te vuelva á la vida, y te dé tiempo de arrepentirte! Caiga su maldicion sobre mí; yo te amo, hermano mio, vive tú, y muera yo por tí! ¡Oh! Si, es un desmayo, él volverá

en sí. Tú volverás á ser virtuoso; tú tenias en tu infancia todos los gérmenes de la virtud en tu alma. El vicio la ha cubierto de sombras y de nieblas perpétuas. Pero escrito está que Dios no quiere la muerte del pecador.

Entró Jimeno al momento, acompañado de otros dos escuderos, y tomando el sillón en brazos le llevaron á su estancia, acostáronle en su cama, y habiéndole los cirujanos hecho volver en sí con algunos espíritus que le aplicaron á la nariz, encargaron el silencio y se retiraron.

Capítulo XVI.

Mendo

¿Como te has de resistir?

Blanca.

Con firme valor.

Mendo.

¿Quién vió
tanta dureza?

Mendo.

¡O que villanas crueldades!
¿Quién puede impedirme?...

García.

Yo.

(GARCIA DEL CASTAÑAR: *de Rojas*.)

I.

Apenas habian retirado á Saldaña, cuando la celosa mora, pesarosa ya de lo que habia hecho, lloraba y lamentaba por él con la misma ternura que si hubiese perdido el único bien de su corazón.

Entró, pues, en su cuarto acongojada sobre manera y arrepentida, y sin poder sujetar sus lágrimas, llamó

á su esclava, que entró al momento á saber lo que tenia que mandarle.

—Corre, le dijo, pregunta si ha vuelto en sí el señor de Cuellar; vuela, y vuelve al momento.

Partió la esclava al punto: Zoraida se sentó pensativa, clavó en el suelo sus hermosos ojos, derramó algunas lágrimas, y prorrumpió por último hablando consigo misma:—¿Y que extraño es que me aborrezca? Si yo fuera mas dulce, mas humilde con él, acaso me amaria... Si yo le amara de veras, ¿no desearia yo su felicidad antes que la de ningun otro, primero que la mia? ¿Y por qué le he de martirizar? No, yo no le amo, ó el amor es solo nuestro interés. Sí, en vez de decir yo te amo, deberíamos decir yo me amo á mí misma tanto que te quiero esclavizar para mí. Saldaña, perdóname; he hecho mal en atormentarte, pero no me aborrezcas, ¡qué oiga yo en tus últimas palabras que me perdonas!...

Diciendo así, su corazon generoso habia olvidado ya los desdenes del caballero, y hasta se habian borrado completamente con él los zelos que poco antes le atormentaban.

Lloraba Zoraida, y lloraba lágrimas de compasion, sin ver en él otro hombre que su amante espirando por culpa suya en aquel momento.

Ella misma maldecia su furor, se tachaba de injusta, y solo deseaba que viviera, que viviera, y no mas, aunque no la amara, aunque se viera siempre despreciada por él, para no tener nunca que echarse en cara

á sí misma la muerte del hombre á quien, á pesar de todo, amaba con toda su alma.

La esperanza de lograr el amor de la persona amada es la última que abandona un corazón enamorado de veras, y á veces es tal la ilusión que se forma el amante, que halla en la más insignificante mirada representado un sentimiento que está solo en su corazón.

Zoraida, pues, encontraba medios de interpretar en favor suyo la misma conmoción que experimentaba Saldaña cuando la veía, y la indignación y la rabia que su presencia le causaba eran, á su entender, obra de los remordimientos que le traían los recuerdos de lo pasado, mas bien que fruto de su impaciencia y su odio, mas temerosa siempre de hallar indiferencia en él que de granjearse su aborrecimiento. Todas estas razones, si tal pueden llamarse los delirios de una pasión, hacían que ahora llorase de veras por el mismo á quien antes había sofocado con sus maldiciones; pero esta dulzura, esta generosidad no debían ser de larga duración en su carácter, y mucho menos si algún mal intencionado atizaba con astucia la hoguera de sus celos.

Su corazón en este momento podía compararse á una nube de tormenta preñada de rayos, pero que herida del sol parece bordada de suaves colores, hasta que impelida del viento arroja al choque el incendio que ardía en su seno.

II.

No tardó mucho tiempo Jimeno en venir á verla, disfrazando su dañada intencion con el cuidado de saber de ella.

Entró en su cuarto poco despues de la esclava que trajo la noticia de la salud del señor de Cuellar, caido y triste el semblante, los ojos algo llorosos y adornado con poco esmero, como si las penas que traia en su alma le quitasen el gusto hasta para vestirse.

No obstante, aunque la capilla corta que llevaba al hombro y lo restante del traje parecia puesto con desaliño, se notaba que habia más arte en aquel aparente descuido, cuando no tanto como pudiera haber empleado en acicalarse y pulirse.

—¡Qué desgraciada eres, Zoraida! ¡Y qué desdichado soy yo viendo lo que padeces!

Zoraida no respondió nada á ninguna de estas exclamaciones que el paje pronunció con aire teatral, y arrojando al mismo tiempo un suspiro que parecia que se le arrancaba el pecho.

Sentóse enseguida como abrumado de su dolor, y apoyando su frente en una mano, ya bajaba los ojos, ya los alzaba con dolorosa expresion al cielo, ya echaba, volviéndolos á Zoraida, lánguidas y amorosas miradas.

—¿Está mejor? ¿Cómo le habeis dejado? preguntó

Zoraida con voz apagada. En su situacion os necesita á su lado más que yo al mio.

—Ciertamente, repuso Jimeno moviendo la cabeza con ironía, era eso lo que debia yo aguardar de tí, que me echases atentamente de tu habitacion cuando precisamente vengo á libertarte la vida y á sacrificarme por tí. Pero sí, tienes razon, añadió levantándose, no soy aquí necesario, soy más útil al lado del señor de Cuellar; de allí por lo ménos no me echan; puedo oir planes terribles que me horrorizan; pero eso, ¿qué te importa á tí? Tenia algunas cosas que decirte, y que creí que desearias saber; pero ya veo que no, ¡cómo ha de ser! yo lo siento por tí..... pero..... me iré.....

—Jimeno, gritó Zoraida con impetuosidad, tú tienes una alma de hierro, y parece que te han elegido para darme tormento y añadir á cada instante nuevas inquietudes á las que sufro. Si te interesas verdaderamente por mí, ¿por qué me haces así morir de ansia y de impaciencia, sin hablar de una vez? Y si me odias y eres el instrumento de que mis tiranos se sirven, hiéreme, y no temas que me queje, que ni un ¡ay! saldrá de mi boca cuando entre tu puñal en mi corazon.

—¡Zoraida! tú me injurias cada vez que me hablas, respondió Jimeno, y á cada insulto tuyo devuelvo yo un beneficio; pero no gastemos el tiempo en conversaciones frívolas; sabe que Saldaña ha dado orden para que te se encierre esta noche, y allá donde nadie pueda oir tus gritos.... tal vez para que no se asusta

con ellos su Leonor..... desempeñe su oficio nuestro prevoste.

—¡Y qué es la muerte para quien no tiene nada en el mundo! exclamó Zoraida con sentimiento.

Yo la deseo, yo la deseaba, como desea el aire el viajero de los desiertos.

Yo nada tengo en el mundo, nada pierdo; ni una lágrima caerá sobre mi sepulcro; mi madre..... ya no me llorará, ni yo tampoco tengo por quien llorar.

Aguardo, pues, la muerte con resignacion.

—¡Sí, cierto, la muerte á veces es un bien; pero tú, tan jóven aún, tan hermosa! ¡Es triste, Zoraida, es triste á la verdad morir tan jóven! repuso el paje en tono muy afligido.

—No sé, replicó la mora con pena, pero con sinceridad, si es triste ó nó morir jóven; para mí la vida se acabó ya hace mucho tiempo, y estar encerrada aquí ó en la tumba, es para mí indiferente.

—¿Y olvidas de esa manera tus sufrimientos, tus venganzas, tu amor y la rival que te ofende? insistió el paje desesperado de ver su conformidad.

—¿Para qué decís eso? preguntó la mora. ¿Queréis, cuando voy á morir sin remedio, hacer que sienta la muerte y disipar el tédio que tengo á la vida, y que es lo que presta resignacion á mi alma?

—No, repuso Jimeno. Quiero inspirarte un deseo tal de vivir, que busques los medios de escapar á tus verdugos. Mi espada está pronta á defenderte de todos, pero no basta. Piensa, Zoraida, que Saldaña te

sacrifica á tu rival más que á su ódio: que solo para complacer á Leonor.....

—¡Jimeno! interrumpió Zoraida encendida en cólera de repente; ¡calla, y no vuelvas á entrar en mi alma la desesperacion!

—Para complacer á Leonor, continuó Jimeno sin interrumpirse, y hacerla ver que todo, hasta la mujer que más ha amado hasta ahora, todo lo abandona por ella. La dirá que te ha arrojado de su castillo, que en vano le pediste de rodillas que te dejara un rincon, un calabozo para vivir á su lado, bajo un mismo techo, y dirá además que se enterneció, pero que solo por ella, solo por su Leonor, por su esposa, lo hubiera podido hacer.

—¡Maldicion! exclamó Zoraida: ¡y ella!.....

—Ella entonces, prosiguió el paje sin titubear, le agradecerá una prueba tan ponderada de su cariño, le mirará en un principio con lástima, se acostumbrará por último á su lenguaje, se envanecerá con su triunfo sobre una mujer á quien yo sé positivamente que teme, y un enlace pacífico terminará las desavenencias de las dos familias, y trocará en amistad el ódio del caballero de Iscar.

Zoraida, tal es el fin que tendrán los amores de Saldaña, y que tú, muerta ó viva, has de saber en donde quiera que estés, ora en la tierra, en el paraíso ó en el infierno, porque allí resonarán las canciones del dia de la boda, y los besos que le dé Leonor.

—El mismo angel de las tinieblas, respondió la mo-

ra, no es capaz de afligir y de atormentar como tú. Pero yo no seré ludibrio de esa mujer, no: yo moriré, pero vengada. Antes que el puñal de los asesinos me arranque la vida que aborrezco, ella perecerá. Dame un medio, Jimeno, de martirizarla, dame un medio; piensa, inventa el mas terrible, el mas bárbaro para que yo me regocije en mi triunfo. Que yo la vea espirar á los ojos de su amante, y que él trate de salvarla y no pueda, y llore y se desespere. Tienes razon, es cruel, muy cruel, morir sin venganza. ¿Qué más quisieran ellos? ¡Con qué tranquilidad gozarian sin que yo nunca les estorbara! ¡y ella habia de besar los mismos labios que fueron míos! Veneno encontré solo en ellos, veneno que ha llenado mi corazon de amargura; podria quizá vengarme con dejarla que lo provase; pero no, yo lo he agotado ya todo, y allí no quedan más que dulzuras. ¡Muerte! ¡muerte! Jimeno, toda yo soy tuya, toda soy tuya si la asesinas.

—(Así te quiero yo, pensó Jimeno: irritarte es el único modo de vencer tu tenacidad.) Cuando he venido aquí, no he venido, continuó en alta voz, solo á traerte malas noticias ni á gozarme en tu afliccion como me has dicho. Te amo de veras, y una pasion tan vehemente como la que te domina por ese ingrato ha echado ya hondas raíces en mi corazon. Yo te idolatro, yo he buscado la felicidad y la he hallado en esta agitacion incesante, en los celos, en la misma desesperacion del amor. Sabe que he aguzado el puñal antes de venir aquí para clavarlo, si preciso fuera,

hasta en el mismo Saldaña. Pero es preciso no perder tiempo; de aquí á algunas horas habrás bajado á tu sepultura. Ese soldado aventurero que tú crees amante de Leonor, debe esta noche sacarla de aquí, si ella consiente...

—¿No consintió cuando se hablaron? preguntó la mora con inquietud.

—No, repuso el paje, no; á lo menos se mostró indecisa, y parecia que le costaba trabajo salir de aquí. En fin, Zoraida, tú te libertarás de la cólera de Saldaña, quedarás vengada ó libre de tu rival, y triunfarás por último de tus enemigos. ¡O! ¡sí! has de ser mia, y has de serlo ahora mismo.

Diciendo así se arrojó á ella con tal impetuosidad, que sin que pudiese impedirlo la cubrió de besos, teniéndola estrechada en sus brazos.

—Déjame que en esa boca de delicias estampe yo mil besos... en esa cara de angel... Yo to adoro. ¡Zoraida! ¡Zoraida! ¿Por qué te resistes?

—¡Infame! gritó la mora retorciendo los brazos y defendiéndose con toda la furia de su carácter. En todo mientes... Yo tuya... te aborrezco. Eres mil veces mas odioso para mí y mas falso que todos. Huye de mí... Sé generoso...

—No, Zoraida; te tengo bien asida para que te escapes; grita, que nadie te responderá; llama á quien quieras, solos estamos aquí; cede, eres mia, eres mia...

La infame victoria del paje parecia estar decidida: nadie respondia á los gritos de su víctima; en vano

trataba aun de defenderse; su pecho latía alborotado de cólera y de fatiga, y la falta de aliento y de vigor para resistir no hacían dudoso su vencimiento: un esfuerzo mas, y el triunfo era de Jimeno.

Pero éste, fatigado también, trémulo y sudoroso, quedó en el instante de su caída suspenso un punto para tomar aliento, y dió tiempo á la mora de recobrar su serenidad.

Levantóse, pues, de pronto, y antes que él tuviera lugar para sujetarla, echó mano al puñal del paje arrancándoselo del cinto, y retirándose algunos pasos avanzó en seguida determinada á clavarlo en su corazón.

Sucedió esto en menos tiempo que el que hemos tardado en contarle, y solo lo tuvo el paje para parar el golpe, asiéndola fuertemente del brazo.

Entonces empezó una nueva lucha, mas terrible si cabe que la primera.

Cambió Zoraida con la presteza del rayo el puñal á su mano izquierda con intencion de herirle, viéndose asida de la derecha, y sin duda hubiera logrado su intento si el paje, en tan inminente peligro, no hubiera hecho uso de toda su fuerza, empujándola de sí con tanto ímpetu, que haciéndola vacilar dos ó tres pasos andando de espaldas, logró derribarla segunda vez.

Arrojarse entonces sobre ella, arrancarla el puñal y sujetarla completamente, fué obra de un solo punto.

—Vencí, Zoraida, gritó el perverso Jimeno: lucha, defiéndete, haz lo que puedas para estorbarme mi

triunfo, desdénname cuanto quieras, ya eres mía. ¿Quién habrá que te arranque de entre mis brazos?

—Yo, gritó Usdrobal, que abrió en este momento la puerta y quedó horrorizado de la terrible escena que se presentaba á sus ojos.

III.

Zoraida casi sin conocimiento, degreñado el cabello, el semblante lívido, y desencajados los ojos, parecía ahogada de furia; el paje de rodillas sujetándola, y con el puñal en la mano, descompuesto el vestido y pálido de voluptuosidad: los almohadones, las sillas derribadas por todas partes, y todo en desórden.

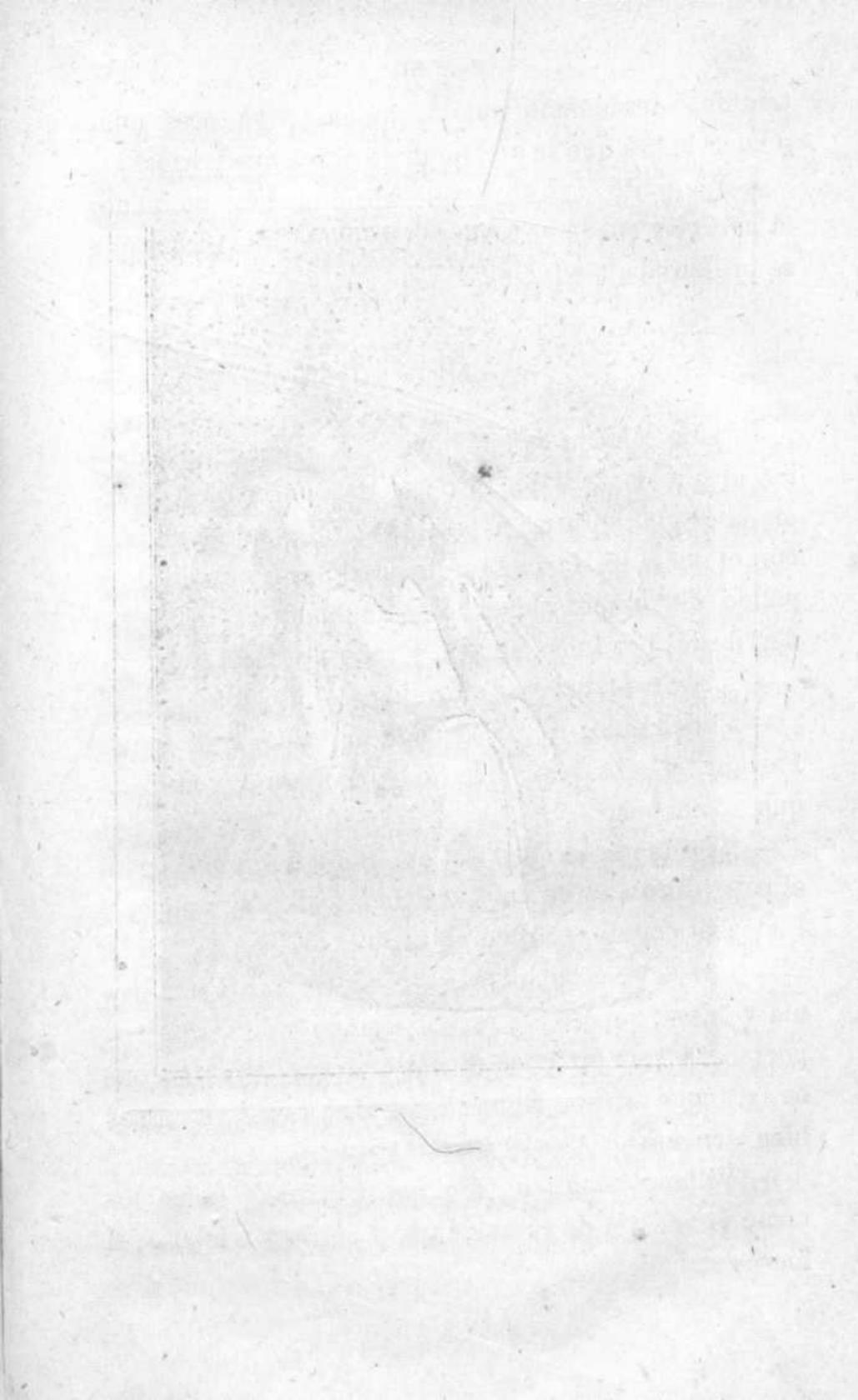
—¡Favor, favor! gritó Zoraida.

—El demonio, dijo Usdrobal, no hace cosa igual. Pardiez, el caballero, que no es accion muy noble la que acometeis.

—Maldita sea el alma del que me interrumpe, gritó el paje levantándose muy colérico, y encaminándose á Usdrobal con el puñal en la maño.

—Sosegáos, el caballero, repitió Usdrobal con ironía y desenvainando al mismo tiempo su espada; re-
portaos, y sino juro por el sol que nos alumbrá que os arranque el alma de una estocáda: mirad que estoy bien armado.

—¡Villano! repuso el paje, que á pesar de su ira conoció la ventaja de su enemigo y contuvo el paso, si fueras caballero...





Usdrobal defiende á Zoraida, etc.

—Mil veces mas que tú, replicó la mora: ¡infame! ¡vill! ¡valiente con las mujeres! Acércate, acércate á m ahora, ¡cobarde!

—Ya veo, repuso Jimeno con su acostumbrada ironía, que te defiende tu amante. ¡Tu amante! ¡Un soldado! ¡Y que podia esperarse de una mujer como tú, sino que te entregarás á un aventurero?

—Reportaos, Jimeno, y no insulteis á una mujer desvalida delante de mí, replicó Usdrobal: soy solo un aventurero, soy lo que represento y no más; pero preferiria mil veces ser un vil verdugo á ser un noble de tu ralea.

—¿Qué he hecho yo, Dios poderoso? ¿qué he hecho yo, exclamó la mora, para que me castigues con tanta crueldad? Usdrobal, continuó poniéndose delante de él de rodillas, no me abandoneis, defendedme; todo el mundo me ultraja y todos me desamparan. ¡Tened compasion de mí! ¡Yo soy sola, y hasta el vasallo más infimo se me atreve!

—Levantáos, Zoraida, levantáos de haí, replicó Usdrobal: soy de nacimiento villano, pero yo os defenderé del caballero que os atropelle. Y vos, señor almirarado paje, si teneis algo de hombre en vuestro corazon, si no sois tan bajamente cobarde como pareceis, venid, yo os desafio y os reto de forzador, y os tacho de infame si no sois capaz de seguirme.

—Si tú mismo confiesas, repuso el paje aliñando sus vestidos al mismo tiempo, que tu nacimiento no es noble, ¿qué gloria ganaria yo con derramar la san-

gre de un miserable aventurero? Vete de aquí, y da gracias que no llamo á algunos compañeros tuyos para que te arten de palos.

—La primera voz que des te cuesta la vida, respondió Usdrobral cogiéndole fuertemente de un brazo.

—Suelta, canalla, replicó el paje desasiéndole con indignacion.

—Juro á Dios, repuso Usdrobral dejándole, que casi me da vergüenza de medir mi espada contigo, porque á fé mia que me pareces una mujer.

Era el paje, á pesar de todo, valiente, y el último insulto quizá el único que le sacara fuera de sí.

—Vamos, le dijo, donde quieras, y ya que te empeñas, te enseñaré yo mismo el respeto que se merece un noble de un villano como tú eres.

Adios, Zoraida; cuando concluya con este galan veremos quién te defiende.

—Vamos, y basta de amenazas, señor paje, que mucho será que os libreis de mis manos.

Diciendo así, salieron del cuarto, dejando á la hermosa mora privada de sentido, y todavía descompuesta, la ira y el cansancio de la pasada refriega, habiéndole hecho caer en un accidente del que tardó mucho tiempo en volver.

Capítulo XVII.

Cien mil siglos le parecía cada hora de las que fallaban hasta la dicha que esperaba.

(Gurras de Granada.)

(Perez de Hita.)

I.

—Luego que Usdrobal y el paje salieron de la habitación de Zoraida, llegaron sin hablar palabra hasta la torre de Oriente, que estaba á un extremo del gótico corredor, donde habia una escalerilla de piedra cortada por fuera en el mismo muro que conducía á las obras exteriores de la fortaleza.

—Aguárdame aquí, dijo el paje, mientras subo á mi cuarto á tomar mis armas, que no creo que nos hayamos de batir con armas tan desiguales como son un puñal y una espada.

—Cierto que no, repuso Usdrobal; pero no creo escusado que yo os acompañe, y si es preciso os ayude á vestir la armadura; porque sea dicho con franqueza, Jimeno, no me fio mucho de vos.

—Mas que yo de tí, replicó el paje, te puedes fiar de mí, puesto que prostituyo y empañó el lustre de mi nacimiento hasta el punto de aceptar tu desafío.

Por lo demás, no me creas tan cobarde que no me considere capaz de dar una lección con las armas á un villano presuntuoso para que nunca más ose retar en su vida al noble de menos brío.

—Las mismas manos tengo que tú, respondió Usdrobal, y el mismo número de dedos en ellas: anda y trae tus armas, que no quiero que nadie me tache de desconfiado.

Aquí te espero: si no vuelves antes de un cuarto de hora, ya que la echas de noble, te declararé no solo cobarde, sino bastardo.

—A pensar como se debe de las mujeres, nada tendría de particular que lo fuese, repuso el paje sonriéndose con su acostumbrada imprudencia.

Adios, continuó, y creé no necesito de nadie para hacerte arrepentir de tu orgullo.

II.

Quedó, pues Usdrobal solo tarareando un romance con su natural buen humor como si fuese á un baile, y el paje se encaminó á su cuarto con el mismo descuido, pero no tranquilo, resentido como estaba su amor propio con la resistencia que habia opuesto Zoraida á su mal intento.

—¡Quién lo creyera! se iba diciendo el paje á sí

mismo. Es la mujer más rara que hay en el mundo. ¡Qué! ni santa Lucrecia, esa que contaba aquel monje que tanto se habia resistido al Cid, tiene que ver con esa maldita fiera; y eso que nada me quedó que hacer: con todo, si hubiese yo cerrado la puerta, y no que ese mulo de carga se sopló de rondon como si hubiese entrado en su cuadra. ¡Maldito sea! ¡ja! ¡ja! continuaba riéndose; pero qué bien singi: vamos, no puedo ménos de reirme cuando me acuerdo que yo lloraba.

Hablando así llegó á su cuarto, y tomando sus armas, conforme se las iba vistiendo se le ocurrió un pensamiento que no solo le obligó á no seguir adelante poniéndoselas, sino que aflojándose las correas se quitó la coraza que ya se habia ceñido y la volvió á colocar donde estaba.

—¡El diablo me lleve por majadero! exclamó. ¡Vive Dios! ¡irme yo ahora muy á lo caballero á rajar la cabeza á un miserable villano, que se considerará muy honrado con que yo me digie abrísela en dos partes como si fuese una calabaza! ¡Pardiez, que soy más estúpido que Duarte, el escudero de mi señor! ¡Como si no pudiese vengarme de él y de ella de otra manera! No señor, el jayan ese la echa de hombre de pró, y tiene humos de caballero. Y á la verdad tiene motivos de creerse tal, viéndose tan favorecido de las damas. ¡Vive Dios que es el rival micy el del señor de Cuellar, y que se lleva de calle las los princesas, como si valiese más él sólo que nosotros dos juntos. Con todo, su favorita es Leonor, ha venío aquí por

ella. Tengo en mi mano mi venganza sin peligro de quedar mal. Protegeré su empresa, me congraciare de ese modo con Zoraida, aunque no se le cumpla lo que desea. ¿Porque quién quita que un hombre rueda por una escalera abajo, ó que le suceda cualquier otra cosa? Luego, él es el único que me estorba *aquí...* En haciendo que no vuelva á pararse por acá, todo está concluido. ¡Ea! ¡viva el ingenio! Buen chasco te vas á llevar, novel paladin, continuó cerrando la puerta y dirigiéndose á buscarle. Aún no sabes tú la culebra que te voy á liar.

III.

Pensando así, y meditando mil planes á cual más pérfidos, enderezó sus pasos el lindo paje al sitio donde le aguardaba Usdrobal ya algo impaciente, muy divertido con sus perniciosos pensamientos, riéndose solo, ya de la que le esperaba al aventurero, ya de lo bien ergañado que iba á quedar en cuanto le hablara.

Pero antes de llegar á él reprimió su alegría, y ocultando el natural descaro de su semblante bajo la máscara de la humildad, se acercó á Usdrobal en ademán triste, los brazos cruzados y los ojos bajos con muestra de arrepentimiento.

Miróle Usdrobal, y no pudo ménos de admirarse de verle venir en armas, con el mismo traje que antes traía y con aspecto tan melancólico, cuando esperaba

que volviese armado y con la arrogancia y la indiferencia propias de su carácter y de un hombre que venia á reñir.

—Por el alma de mi padre, le dijo, que estamos adelantados; me habeis tenido aquí de planton media hora aguardandoos, y os venís lo mismo que os habeis ido. ¿Qué es eso? Paréceme además que volveis más pensativo que os fuisteis. ¿Habeis quizá reflexionado que la espada de un villano corta tanto como la de un gran señor? ¿O sois acaso de los que dicen que más vale que digan aquí huyó que aquí murió?

—Ni lo uno ni lo otro, repuso el paje, y sabido es en el castillo que no soy hombre que huya á nadie la cara. Pero cuando se ha cometido una mala accion, no creo que el mejor medio de arrepentirse sea atravesar de una estocada á que se opuso á ella. Puedo tener cuantos defectos se quieran; en un momento de cólera puedo llegar á ser criminal; pero mi corazon es bueno, y cuando conozco que no obré bien, no soy de aquellos que tratan de sosener á todo trance una cosa injusta.

—¡Juro á Dios, respondió Usrobal, que me he llevado chasco contigo, y que creí que tenias todo bueno ménos el alma! Pero ya que dices á lo contrario, no habrá más remedio que creerte. Pero, en fin, ¿á qué viene todo eso?

—Viene, replicó el paje, á que seia yo un mal hombre si aceptara tu desafio y no estrechara de veras mi amistad con quien sin duda es más que lo que

parece, y puesto que no lo sea, es digno de ella por su virtud.

—Es la primera vez, replicó Usdrobal, que me oigo elogiar de ese modo; hasta ahora solo me habian alabado por mi mala cabeza, pero ya veo que me falta poco para ir al cielo, si he de creer lo que dices.

—Yo he hecho mal, continuó el paje, en haber atropellado á una mujer sola y sin defensa.

—Eso sí, interrumpió Usdrobal, y merecias que te asaetaran vivo. Si hubiera sido con su consentimiento, pase, que no soy yo tan escrupuloso que me hubiera metido á estorbarlo; pero por fuerza, juro por todo el infierno que es una infamia.

—Es cierto, una infamia, repitió Jimeno sin mudar de color, y harto arrepentido estoy de ella; pero la ocasion, el amor, algunas palabras acaso mal entendidas... ¿Quién podrá decir que no ha pecado en su vida?

—En resumidas cuentas, replicó Usdrobal, todo eso se reduce á que no te quieres batir conmigo, ¿no es cierto?

—Así es, repuso el paje, pero no por miedo que tenga, porque te juro que no le he conocido nunca, y ocasiones vendrán en que veas que no miento, sino porque tú no me has hecho nada, ni creo tampoco que yo te haya dado á tí ningun motivo de queja. En cuanto á Zoraida estoy pronto á pedirla humildemente perdon, á darla cuantas satisfacciones me exija, y lejos de creer que me humillo con hacer esto, estoy

seguro que me ensalzo á tus ojos, ó me equivoco mucho.

—¿Qué quieres que te diga? replicó Usdrobal; aunque siempre mi opinion es, cuando se trata de batirse, dejar las esplicaciones para despues, creo, no obstante, que tienes razon. De todos modos, ¿qué más podia yo prometerme, aunque te hubiese vencido, que lo que tú me ofreces de buena gana? Por otra parte, como tú has dicho, no tengo ninguna queja de tí. Con que no hay más sino dar esto por acabado, y como si no hubiese sucedido nunca.

—No basta, repuso el paje, yo quiero ser tu amigo, y para probártelo te voy á cumplir la palabra que te dí de proteger la fuga de Leonor esta misma noche.

—Oh, eso sí, exclamó Usdrobal; eso primero que todo, y aquí tienes mi mano y mi corazon.

—Ahí tienes la mia, respondió Jimeno alargándosela.

—Apretáronselas mútamente los dos recien amigos, Usdrobal con toda la sinceridad de su alma, y el paje con toda la doblez de la suya, pero en apariencia con el afecto y la cordialidad de un verdadero amigo de corazon.

—Esta misma noche, prosiguió el paje, la sacarás de aquí; voy ahora mismo á proporcionarte todos los medios posibles para que tu empresa tenga buen éxito. De aquí á dos horas estarás en este mismo sitio, que es el más solitario del castillo, y onde podemos hablar con confianza de que nadie nos oiga: aquí en todas

partes hay mucho que recelar, añadió mirando á un lado y á otro y bajando la voz; sin ver nosotros á nadie, puede haber quien nos espíe.

Cada pared de estas esconde un eco que repite nuestras palabras: á un lado y á otro se puede esconder mucha gente sin ser vistos.

Acercáte, continuó tomándole una mano y haciéndole que tocase la pared: ¿ves este muro de piedra y sólido al parecer? pues está hueco, y entre las piedras de este lado y las del otro hay un pasadizo que siguiendo toda la muralla da vuelta á la fortaleza, tiene salidas y comunicaciones con todas las habitaciones y las escaleras. Pero hay muy pocos que conozcan estos secretos. Yo mismo no sabia nada de ellos, hasta que Zoraida me los comunicó para que pudieses sacar á Leonor sin peligro.

—Mas te agradezco ese favor que si me hicieras príncipe, repuso Usdrobal encantado de la franqueza del paje.

—Te aseguro que no tendrás nada que agradecerme, respondió Jimeno, y que todo lo hago únicamente por hacer algo bueno en mi vida.

Esta noche, como iba diciendo, yo te introduciré en uno de esos pasadizos, y haré de modo que Leonor esté preparada para que te siga sin hablar palabra ni meter ruido á una seña que tú darás.

Saldrás por el mismo camino por donde entraste; bajarás una escalerita de caracol que está á la izquierda, á la primera vuelta que forma el callejon, y con

una llave que te daré, abrirás una puerta que da al campo y...

—Son demasiadas señas esas para que yo me acuerde, interrumpió Usdrobal, y lo mejor será, puesto que caminas de buena fé, que tú mismo me sirvas de guia. A tí te conocen y te respetan aqui mas que á mí, y sabrás responder á las atalayas que acaso encontraremos en el camino.

—Juro por las barbas de todos los difuntos habidos y por haber, repuso el paje, que no hay peligro ninguno, y que así no me salgan todas las cosas como deseo si esta aventura tiene mal fin.

—Con todo, replicó Usdrobal, siempre he oido decir que adonde menos se piensa salta la liebre, y no creo que andarse sin guias por andurriales, atajos, escaleras y pasadizos no conocidos, sea muy prudente. No que yo desconfie de tí, ni tema por mi vida tampoco, sino que á la verdad, sentiria que esa pobre muchacha se pudriera aqui para siempre.

—Muy prevenido eres, repondió el paje, y á fé mia que no te creí tan prudente; pero en fin, si ha de calmar tus temores que yo te acompañe, dálo por hecho, que no solo iré contigo, sino que te daré cuantas seguridades exijas de mi persona. Y ahora, á Dios, hasta la noche, que de aqui á dos horas me aguardarás en este mismo sitio.

—¡Oye! dijo Usdrobal; antes de que te vayas démonos prendas para que no podamos uno á otro engañarnos, ni descubrir nada sin que peligremos los dos.

—¡Por Santiago! exclamó el paje, que desconfias demasiado de mí, y te juro á fé de noble que no te engaño.

—No acepto ese juramento, porque no te lo puedo devolver, replicó Usdrobal, no siendo noble como tú; cuanto más que lo que yo te propongo tanto vale para mí como para tí.

Ni tú ni yo nos conocemos tanto que podamos fiarnos absolutamente uno de otro, y cuando de buena fé se procede no duelen prendas. Esto no lo sabe nadie sino tú y yo; si se descubre tiene la culpa uno de nosotros, y es muy justo, ya que los dos entramos en la intentona, que no la pague uno solo.

—Natural condicion de villanos, repuso el paje, es desconfiar de todos. Pero no me importa, y como tú has dicho, no duelen prendas cuando se obra bien. Ahí tienes esa sortija de oro en que están grabadas las armas de mi familia, y que vale más que cuanto tú puedas darme.

Y sacándosela del índice de la mano derecha, se la entregó á Usdrobal.

—Pues yo en cambio, respondió Usdrobal, te entrego este relicario en que va un pedazo de la verdadera cruz, que traje al convento en que me crié un peregrino de Tierra Santa, y que vale sin duda más, añadió besándolo devotamente, que toda la nobleza de que pueden jactarse todos los rico-hombres de España. Lo he llevado conmigo desde niño, y me ha libertado de más de un riesgo.

El paje lo recibió con indiferencia, y se lo guardó en uno de los bolsillos del follado ó calzon de seda plegado que se usaba entonces.

Hecho esto, se despidieron segunda vez, y cada uno se fué á ocupar de lo que tenia que hacer.

Quedó Usdrobal un momento entre pensativo y alegre, persuadido de que habia tomado cuantas medidas podia dictar la prudencia, y muy pagado de sí mismo, siendo quizás esta la primera vez de su vida que habia obrado con precaucion.

—Si tratara de engañarme, se decia á sí mismo, y me prenden, yo le juro que le han de colgar á mi lado. Pero no hay cuidado; y si hubiera tenido intencion de venderme, no hubiera andado tan fácil en darme tantas seguridades. ¡Pobre Leonor! Lo mismo es acordarme de ella, que siento un no sé qué como si estuviera enamorado. ¿Y por qué no la he de amar? Tan hermosa, tan jóven, tan dulce como es, ¿qué extraño tiene que yo la ame? Pero léjos, léjos de mí esa idea; mi nacimiento y mi posicion en el mundo son obstáculos insuperables para que nunca se realice mi atrevimiento. No, yo no la amó; yo soy únicamente un esclavo fiel que la serviria toda mi vida de rodillas solo por merecer una mirada suya. ¡Ah! continuó suspirando; ¡porque no fueron nobles mis padres! y ya que no..... Pero no pensemos más que en servirla siempre; servirla siempre para que al ménos no me mire con ódio.

En estas imaginaciones bajó al patio, donde sus

compañeros se divertían en varios juegos de fuerza y de ligereza, y metiéndose entre ellos procuró distraerse y aturdir el ánimo con las voces y la alegría de la multitud.

IV.

—¡Duarte! gritó Saldaña despertándose, al escudero que siempre le acompañaba. ¿En dónde está Jimeno?

—Señor, respondió el viejo, que no tenía mucho cariño al buen paje, para la falta que hace, lo mismo dá que esté aquí que en Roma; estará por ahí haciendo piruetas.

—¡Animal! replicó Saldaña; no te pregunto qué hace, sino dónde está.

—Vuestro padre no me llamaba nunca animal, repuso Duarte, ni ese fué el nombre con que me bautizaron.

—¿Dónde está el paje?

—Le iré á buscar si quereis, continuó levantándose con mal gesto. ¡Vive Dios! añadió murmurando entre dientes, que no parece sino que el demonio del títere ese nos ha de traer á todos revueltos.

—¡Largo de ahí! á buscarlo, gritó Saldaña imperiosamente, y basta de refunfuñar.

—Voy allá, repuso el escudero con calma, y echó á andar hácia la puerta; pero no había aún llegado á

ella, cuando vió al paje que venia, y mirándole con el peor ceño del mundo, se puso á un lado para dejarle entrar.

—¿Qué me miras, mulo? le preguntó Jimeno en voz baja riéndose de su gesto.

—Aquí está ya la alhaja, gritó Duarte á su señor, y salió del cuarto gruñendo un millon de maldiciones contra el niño mal criado que no respetaba sus canas.

—¿En dónde habeis estado, Jimeno? preguntó Saldaña con impaciencia: ¿os parece regular dejarme aquí sólo con ese bárbaro de Duarte, que si le pido agua me trae un unguento, y que siempre lo trueca todo?

—Permitid, señor, replicó Jimeno con humildad, que os diga que aunque teneis razon en lo que decís, he ido á cumplir con vuestras órdenes.

—¿Y qué órdenes he dado yo, repuso Saldaña, si me acabo ahora mismo de despertar?

—En cuanto volvisteis en vos, la primera cosa que me dijisteis, contestó el paje, fué que mandára matar á Zoraida, y...

—¿Y la habeis muerto ya? preguntó el de Cuellar con sobresalto.

—Aún no, repuso Jimeno; pero he dado órdenes convenientes, y esta noche...

—¡Infame! exclamó Saldaña con ira, ¿Quieres cargarme más delitos que los que tengo? ¿quieres que cumpla lo que me ofreció, y que me vea á todas horas perseguido de su aparicion? Corre al momento, y juro á

Dios que el primero que la toque al pelo de la ropa, que le mande yo arrancar el corazon por mano del verdugo, y colgarle de una almena para espantajo.

—Señor, replicó el paje, cuando salí de aquí á obedeceros, pensé justamente en lo que acabais de decir ahora mismo, y no dí las órdenes con tanta premura que corra esa mujer todavía ningun riesgo, habiéndome contenido esta reflexion, y persuadido de que no os faltarian medios mejores de libraros de ella para siempre sin peligro de vuestra conciencia, porque al fin, claro está que es forzoso que no la volvais á ver.

—Eso sí, respondió Saldaña, y para eso el mejor medio es que se vaya de aquí, ó echarla por fuerza sino quiere irse.

—De ningun modo, señor, repuso el paje: en primer lugar porque su tenacidad es tal, y son tan maravillosas sus artes, que aunque se la llevasen al fin del mundo volveria; y si la encerrasen hallaria medio de salir aunque fuese de las entrañas de la tierra, porque ó mucho me equivoco, ó en su desesperacion ha hecho pacto con los demonios: cuanto más, que dado caso que no volviera, iria publicando por todas partes, con gran descrédito vuestro, lo que no es capaz de imaginarse el diablo, y quizá perderiais vuestra fama.

—Tienes razon, Jimeno, respondió Saldaña, y no hay remedio. Es lo que ella me ha dicho; es el demonio de mi persecucion.

—No hay duda, repuso el paje, y lo que acabo de averiguar lo confirma.

—¡Maldicion! exclamó Saldaña. ¿Qué ha hecho esa condenada mujer?

—Señor, respondió Jimeno, ha ideado un plan diabólico, y que siento tener que decíroslo, porque os va quizá á irritar demasiado, y lo primero es cuidar de vuestra salud.

—¡Maldito! pues si lo has apuntado ya, ¿quieres dejarme así en la incertidumbre para que padezca lo mismo sin satisfacer mi curiosidad?

—He hecho de modo, poniéndome en su confianza, que no tendrá efecto, á pesar de sus arterias, replicó el paje. ¡Pero es horrible! ¡es un plan!...

—¡Demonio! ó calla, ó habla del todo, ó por Santiago te estrello contra la pared, gritó Saldaña enderezándose en la cama lleno de cólera.

—Quería evitaros un disgusto, respondió Jimeno, que se deleitaba en enfurecerlo; pero ya que lo tomáis por empeño os lo diré; sosegáos.

—Pues dilo, y sé breve, que ya que he de vivir atormentado, más vale que sea por hechos que por imaginaciones, repuso Saldaña, dejándose caer en la cama.

V.

—El caso es, señor, que cuando salí de aquí, dudoso si obedecería vuestras órdenes, ó las miraría como un acto de acaloramiento de que pudiérais arrepentiros despues, oí gritos hácia la habitacion de Zoraida.

Curioso de ver qué era, me encaminé hácia allí; aunque las voces me parecieron tan espantosas y lúgubres, que necesité de todo mi ánimo para no volver el pié atrás. Llegué por fin á la puerta, y hallándola cerrada me puse á escuchar asombrado de lo que oía. Era ella que evocaba á los demonios con los conjuros más terribles que ha usado en su vida la bruja más detestable, y con las más sacrilegas maldiciones que pienso oír jamás. Con todo, como hablaba en lengua extraña, solo pude entender muy poco; pero juraría que oí vuestro nombre y el de Leonor.

—¿Mi nombre y el de Leonor? exclamó Saldaña estremeciéndose involuntariamente: sigue, Jimeno, sigue.

—Sí señor, continuó el paje, oí vuestro nombre y el de Leonor. Poco despues bajó la voz, y me pareció que estaba hablando sola; pero bien pronto sentí otra voz que la respondia, y que yo creo que era el demonio, que habia acudido á sus gritos y estaba hablando con ella.

—¡Jimeno! gritó Saldaña afectando serenidad, aunque en su rostro estaba pintado el terror; seria una ilusion tuya; es imposible, deliras.

—No señor, nada de eso, prosiguió el paje; yo mismo lo pensé así en un principio, pero... ¿Os poneis pálido? ¿qué teneis? Callaré.

—No, no es nada; sigue, nada tiene de extraño que esté algo pálido.

—Despues me convencí, continuó Jimeno, de que

era verdad. Oí, pues, como iba diciendo, que la hablaban, y entonces algun ángel me hizo adivinar lo que maquinaba esa mujer infernal, y entendí que trataba nada menos que de envenenar á Leonor.

—Por todo el infierno, exclamó Saldaña lleno de ira, que es la bruja más horrible que nunca he oído. Sal y haz que la quemén viva, y que echen sus cenizas al viento.

—Pensad, señor, repuso el paje, en lo que vos mismo dijisteis antes, y que si la haceis matar de orden vuestra...

—Tienes razon; no hay remedio, interrumpió Saldaña; será menester que yo huya, que sea yo el que me vaya ó me mate. ¡Maldita, maldita sea! ¡Envenenar á Leonor! ¿No te estremeces tú, alma de Cain? añadió mirando á Jimeno. ¿No te asombra de que haya quien sea capaz de envenenar á una mujer tan hermosa y tan inocente?

—En verdad, repuso el paje, que no estoy menos horrorizado que vos, pero ya no hay que tener cuidado, soy yo el que ha de hacerlo, y ya os podeis imaginar que me he valido de este ardid para evitar que lo hiciera otro.

—Tú eres malo, Jimeno; eres sin duda mucho más malo y más perverso que yo, dijo Saldaña mirándole de hito en hito; y el paje, á pesar de la seriedad que exigia el asunto, no pudo menos de agradecerle el cumplimiento haciéndole una cortesía. Pero Saldaña, sin notarlo, continuó:—Yo, si hubiese oído lo que tú

me cuentas, entro y la clavo el puñal mil veces hasta la guarnicion. Es menester ser verdaderamente malo para disimular y mentir hasta ese punto.

No cambió de color por eso Jimeno, ni en ningun movimiento suyo hubiera podido conocer el observador más escrupuloso que estaba mintiendo en aquel momento, antes por el contrario, y sin aparentar la turbacion más ligera, respondió á Saldaña con su acostumbrada desfachatez:

—Vos me llamais malo, únicamente porque en vez de cometer un crimen para impedir otro, me he valido de la astucia y hecho caer en el lazo á nuestra enemiga. He pensado así inutilizar sus encantos, y aunque no se me oculta que por sus malas artes vendrá á descubrir mi enredo, tenemos tiempo entre tanto de delatarla por bruja al tribunal eclesiástico, y poner fin de esa manera á sus tramas.

—¿Pero tú crees de veras, preguntó Saldaña, que esa mujer haya hecho pacto con el demonio?

—¿Y vos lo dudais? replicó el paje. Estoy tan seguro de lo que digo, como que no hay médico en el mundo que pueda averiguar de qué están compuestos los brebajes que ha preparado, y yo mismo la he oido hablar con el diablo y ella misma me lo ha confesado.

—¿Y estás tú pronto á sostener de todos modos la acusacion? replicó el conde.

—A prueba de hierro y de agua, y á pié y á caballo si tiene algun campeon, contestó el paje aludiendo á

las diferentes pruebas que en aquel tiempo se hacian en las causas de mágia.

—Pero si èse pacto es verdad, como dices, insistió Saldaña, ¿cómo has podido tú engañar á una mujer que protege el diablo?

—Señor, replicó Jimeno, Dios pone á veces una venda en los ojos del más perspicaz, y le hace que caiga en el hoyo que evitaria un ciego.

—Así será, respondió el de Cuellar, ó tal vez que tú eres más diablo que el diablo mismo. De todos modos, quisiera saber de qué arteria te has valido.

—Del amor.

—¡Del amor! preguntó el conde con extrañeza; ¿y ella te ama á tí?

—No, señor, r epuso el paje, pero yo he fingido que la amaba; ella me ha creído necesario para poner en ejecucion su designio, y lo ha fingido tambien.

—Pardiez que es la primera vez que me rio hace seis años, exclamó Saldaña con una sonrisa diabólica. Algo ratera me parece tu supercheria; pero, en fin, yo me lavo las manos; es cosa tuya, y á tí te tocará responder por tu alma, que no á mí. Yo te agradezco tus servicios, Jimeno, y te los agradeceré mucho más cuando me vea libre de su persecucion.

—Pues para ello, respondió Jimeno, es menester denunciarla al tribunal cuanto antes. Además de que estoy seguro de que es bruja, y de mi serenidad al acusarla, su opinion no es la mejor en todos estos contornos, y habrá miles que atestigüen en contra de

ella. No tiene aquí á nadie, es una extranjera de la maldita religion de Mahoma, y á poco que se estienda y publique lo que ella es, se verá odiada de todos y se aprobará su sentencia de muerte como justa y bien dada por el tribunal. Ninguno saldrá en su defensa, sufrirá la prueba de las barras, y si por algun artificio pasase por ellas sin quemarse, reiteraré la acusacion y la sostendré á todo trance.

—El plan es como tuyo, dijo entonces Saldaña; pero en fin, yo no tengo nada que ver contigo, librame de ella y haz lo que quieras.

—Podeis contar con que mañana en todo el dia quedará el castillo desocupado de esa mala hembra, contestó Jimeno.

VI.

Quedó Saldaña sumido en uno de aquellos letargos mentales en que caia siempre despues de cualquier conversacion en que su ánimo tomaba algun interés, como si revolviere en su imaginacion todo lo que se habia dicho.

Calló el paje, y hubo un largo rato en que reinó el más profundo silencio en la habitacion.

La luz amortiguada del crepúsculo, pronto ya á oscurecerse, penetraba apenas por las altas ventanas de la estancia entre los vidrios de colores, y casi no se distinguian los adornos del cuarto, confuso todo con las sombras de la noche, que se acercaba.

—Esta es la hora más terrible para mí, dijo el supersticioso Saldaña; en cada sombra veo un fantasma. Si yo pudiese rezar... ¡oyes? Tocaban á la oracion; reemos, Jimeno.

La campana de alguna iglesia del pueblo marcaba entonces efectivamente la hora de esta devocion cotidiana, y sus lúgubres y prolongados sonidos, sucediéndose lentamente, llegaron á sus oidos en aquel punto.

Muchas veces, tanto Saldaña como su paje, los habian oido sin sentir el temor secreto que en aquel momento turbó de repente su corazón, y ambos á dos murmuraron un Ave-María con mucho recogimiento.

Entraron poco despues dos criados, y colocaron dos lámparas de plata encendidas sobre una mesa de tres pies con remates de bronce, y saliendo en seguida, la luz cambió los pensamientos de los dos malvados, haciéndoles volver á tomar el camino de que se habian separado por un instante.

—Voy señor, dijo Jimeno, con vuestro permiso, á dar órden que de ningun modo se ejecute la sentencia que fulminásteis contra Zoraida. Nuestras gentes son de suyo ejecutivas cuando se trata de cumplir mandatos de este jaez, y no sería estraño que adelantasen la hora.

—Sí, ve al momento, respondió Saldaña; sería la mayor desgracia que podia sucederme que esa mujer muriese por órden mia. Como tú has propuesto, ya es otra cosa; yo nada tengo que ver, y así no podrá

venir despues á echármelo en cara y á maldecirme.

—¿Quereis que llame á García ó á Duarte que os acompañen? preguntó el paje.

—No, de ningun modo, respondió Saldaña; que estén ahí cerca por si se me ocurre algo. Quiero estar solo.

VII.

—Hízole Jimeno una cortesía respetuosa al retirarse, y saliendo de la habitacion se dirigió en seguida al sitio donde Usdrobal debia aguardarle; pero no habia andado muchos pasos, cuando dándose una palmada en la frente, como si se hubiese acordado de pronto de alguna cosa, volvió atrás muy de prisa, torció varios corredores á derecha y á izquierda, bajó algunas escaleras, y llegando por último á las salas bajas que habitaban los hombres de armas, entró en una de ellas y llegó al cuarto ó pabellon del jefe de los aventureros.

—¿Qué hace tu capitán? preguntó el paje á uno de los soldados que estaban allí á la puerta.

—Ahí dentro está, repuso éste, refrescando el paladar con unos cuantos amigos.

—¡Martin Gutierrez! gritó el paje llamándole.

—Adelante el que sea, respondió una voz ronca desde adentro con arrogancia. Oyéronse en seguida dos ó tres juramentos y dos ó tres puñetazos, al parecer dados sobre una mesa por alguno que queria sin

duda tener razon, y echaba mano de las ya dichas para provocarlo.

— Ahí está la gente que busco, se dijo el paje á sí mismo entrando sin mas cumplimientos, y bien seguro de que no por eso aquellas buenas gentes se enojarian.

Pensando así llegó adonde estaba el capitan y otros dos ó tres subalternos suyos jugando en un tablero á un juego llamado *Alquerque*, y que era muy parecido al que hoy se llama de tres en raya, con un pellejo de vino al lado, que no era mucho menor la bota de que se servian.

El adorno del cuarto consistia en una mala mesa de pino en que ardía un candil, dos ó tres escaños ó bancos cojos, y varias piezas de armaduras, como escudos, yelmos y espadas colgadas por las paredes.

Gozaba el paje de mucha consideracion en el casti- llo, merced al favor de Saldaña; así que, en cuanto entró todos se pusieron en pié menos el capitan, que le miró de arriba abajo, con aquella manera de per- dona vidas que le era natural, al tiempo de saludarle.

— Hola, señores, dijo el paje, parece que se pasa el tiempo alegremente.

— A estilo de gente de guerra, repuso el capitan; vos no querreis catar de esto, continuó alargándole la bota, porque eso no es sino para la gente cruda.

— Os equivocais, capitan, replicó el paje, aceptando el convite, y sin hacer ningun melindre, á pesar de su aparente delicadeza. Donde vos poneis la boca, no debe tener escrúpulo de ponerla el mismo rey en persona.

Y venciendo su repugnancia á beber por donde tantos habian bebido, empinó la bota con la misma soltura que pudiera hacerlo el bebedor mas acreditado. Tomóla enseguida el que estaba al lado, que se la presentó al capitán, quien no habiéndola recibido por cortesía, le hizo señas que bebiese y corriese la rueda, lo que se obedeció puntualmente.

—¿Y qué os trae por acá, señor Jimeno? preguntó el veterano saboreándose.

—Una orden secreta que hay que comunicaros, replicó el paje.

—¿Hay que hacer alguna correría?

—No hay necesidad siquiera de salir del castillo para cumplirla.

—Lo siento, respondió el veterano; atiza esa torcida, continuó volviéndose á uno de sus amigos, que nos vamos á quedar á oscuras.

—No es cosa mayor, dijo el paje, pero es importante que suceda, y además pide mucho sigilo, por lo cual será bueno que os hable á solas.

—¡Ea, muchachos! fuera de aquí hasta luego, que voy á recibir órdenes, gritó Martín Gutierrez á sus amigos.

VIII.

Salieron todos obedeciéndole, y habiendo quedado solos el capitán y el paje, dió éste dos ó tres vueltas por el cuarto como receloso de que alguno oyera, cer-

ró la puerta con mucho cuidado y se acercó al capitán, que le miraba con desprecio, como si le parecieran todas aquellas precauciones ridículas ó cobardes.

—Gran novedad debe haber, señor Jimeno, le dijo, que no parece sino que se trata de ponernos en emboscada.

—Pues de eso se trata, señor Gutierrez. El señor de Cuellar me manda que os diga pongais esta noche en uno de los nichos de la escalerilla del norte que va á la estacada dos ó tres hombres de aquellos que merezcan más vuestra confianza. La cosa no es nada, no es mas que echar un hombre al otro mundo antes que le llegue la hora.

—¿Y para eso dos ó tres hombres? replicó el veterano sonriéndose con aire maton; por el alma de mi padre que se han vuelto gallinas los hombres de este siglo.

—No es eso, señor capitán, no es eso, respondió el paje, sino que no se quiere meter ruido sin necesidad.

—A mí poco me importa, repuso el capitán; pero pensé que era asunto de más empeño. Con todo, estoy convenido con el señor de Cuellar en servirle por dos años más, y obedeceré.

—¿Y qué hombres me dais? preguntó el paje.

—Os llevareis ahí dos muchachos de pelo en pecho, y el chico nuevo que llaman Usdrobal, que con eso se estrenará.

No, ese muchacho de ningun modo, repuso el paje; tiene muchos humos de caballero, y quizá lo echaria á perder.

—Para eso, como quereis, cualquiera es bueno.

—Sí, pero sobre todo á ese muchacho, insistió el paje, no hay que decirle ni una palabra.

—¿Y á qué hora? preguntó el capitán.

—A eso de media noche.

—Está bien; es una pequeña álgara, dos ó tres ginetes que salen á correr la tierra, una sorpresa de poca importancia.

—Cuento con ellos, repuso Jimeno.

—A no dudarlo repuso el capitán.

—En dando yo dos palmadas, ¡firmel en el que vaya á la izquierda bajando la escalerilla, y ahora á Dios.

En diciendo esto el paje, se despidió precipitadamente como el que habia fallado en mas de un cuarto de hora á la cita y temia llegar tarde.

Entre tanto Usdrobral hacia ya mucho tiempo que le aguardaba impaciente y desesperado con su tardanza, ya temiendo si se habria arrepentido de sus ofertas, ya buscando razones con qué escusar su retardo.

La noche habia cerrado ya enteramente, tan oscura que apenas se divisaba una estrella en el firmamento.

—¿Y qué hombres me IX!

El lector que por curiosidad haya visitado alguno de los castillos antiguos que han luchado hasta hoy con el trascurso de los siglos y el furor de los hombres, y que todavía elevan sus almenadas torres y sus murallas ya casi destruidas como un monte de piedra,

llenando de lúgubre magestad sus contornos, puede formarse fácilmente una idea exacta del edificio en que pasaban los sucesos que acabamos de referir (1).

Todo allí era sombrío como el dueño de la fortaleza; la noche parecía más oscura en aquellos corredores, por cuyas altas claraboyas apenas penetra la luz del día; el eco de los pasos resuena á lo largo con temeroso ruido, y la palabra se repite, por bajo que se hable, sordamente en todos los ángulos del muro, como si mil séres invisibles habitasen por todas partes, y respondiesen con tristes gemidos á la voz humana.

No era Usdrobal supersticioso, pero la oscuridad que le rodeaba, la soledad, el ruido pausado del eco que resonaba sus pasos, y sobre todo la hora, podían haber cubierto de melancolía el corazón más alegre por naturaleza.

No era él ya tampoco aquel jóven de buen humor que por nada tomaba pena, que á todo se acomodaba, y que con tanta indiferencia vivía en la cueva de los ladrones como en el más suntuoso palacio.

Nunca había deseado hasta entonces saber de quién era hijo, y hubiera dado con gusto la mitad de su vida por conocer al padre que le engendró, y saber si era de nacimiento ilustre, y podía pretender con razón los altos destinos á que se sentía inclinada su alma, y que y que halagaba tanto su fantasía.

(1) El autor de esta novela ha recorrido detenidamente las salas del castillo de Cuellar, pueblo de su destierro.

Veíase entonces mezclado con la escoria más vil de la sociedad, sin nombre, sin hechos de armas gloriosos, y este pensamiento, y el recuerdo de Leonor, humedeció sus ojos con una lágrima de amargura.

Quizá ella le miraría como un bandido y le despreciaría, creyendo que solo el vil interés y las demás pasiones bajas podían tener cabida en su alma.

Su última conversacion con ella, harto se lo habia probado, y demasiado habia visto en sus ojos que le miraba con indiferencia, y como á un hombre de inferior gerarquía, y cuyo deber era sacrificarse por ella.

Deseaba volver á hablarla, antes de poner en ejecucion el plan que tenia de salvarla aquella noche, y este deseo que se aumentaba en cada instante, y cada idea que se le ocurría, poniéndole tan impaciente como si le pinchasen mil alfileres, le hacia que esperase á Jimeno con más ansia, falto ya casi de sufrimiento.

Llegó, por fin, el suspirado momento, y Usdrobal sintió pasos de alguno que se acercaba.

—¿Quién eres? le dijo: ¿eres tú, Jimeno?

—El mismo, repuso el paje, que sacando una linterna sorda de metal, de que venia provisto, deslumbró de repente al aventurero, é iluminó parte del corredor.

—Ya era hora de que vinieras, que me has hecho esperar aquí un siglo.

—Más esperan, replicó el paje, los que están aguardando el Mesías, y aún les queda más que esperar.

—Vamos, ¿y traes buenas noticias? ¿has preparado ya todo.

—Todo está ya dispuesto, y es bien seguro que no le prepararon mejor su fuga al rey don Alonso cuando volvió disfrazado de Alemania: bien me puedes agradecer la noche que vas á pasar con tu dama en cuanto salgas de aquí.

—Jimeno, respondió Usdrobal, en un tono de voz que manifestaba su enojo, guárdate de gastar malicias á costa de esa dama, porque rompemos aquí mismo las amistades.

—Te creía más prudente, repuso el paje con calma, y no creí que era esta ocasion de que te incomodaras conmigo. Pero en fin, tengamos paz, que los buenos amigos se sirven unos á otros y luego se baten.

—Así es, respondió Usdrobal, y ya que te has empeñado en servirme, sírveme por completo, y haz de modo que yo la hable un momento.

—¿A quién? preguntó el paje.

Usdrobal apenas se atrevia á nombrarla, pero el paje le quitó ese trabajo.

—¡Ah! continuó diciendo, si, á Leonor; ya veo que estais muy enamorados los dos.

Si el rayo de luz de la linterna hubiera reflejado en el rostro de Usdrobal en aquel momento, tal vez los colores que se asomaron en él habrían confirmado al paje, que por lo ménos no habia mentido en la mitad de lo que habia dicho.

—Tu malicia te engaña, repuso Usdrobal con se-

riedad: has de saber que Leonor de Iscar ni me ama ni me puede amar, que ella es como el sol, y yo como el más miserable gusano que vivifican sus rayos. En fin, ¿puedes hacer que la vea? continuó despues de una pausa tomada sin duda para suspirar.

—Veré, respondió Jimeno, sígueme.

X.

Echó á andar el paje alumbrado delante de su linterna, que iba disipando poco á poco las sombras segun pasaban, y Usdrobal á corta distancia le seguia melancólico y pensativo.

Cuando hubieron llegado cerca de la habitacion de Leonor, el paje se acercó muy quedito á Usdrobal, y le dijo al oido que le aguardara allí mientras iba á disponer que él entrase.

—Jimeno, le respondió Usdrobal, yo te creo mi mejor amigo si me proporcionas esta entrevista; te confesaré que no soy digno siquiera de servirte de escudero, y que todos los dias de mi vida te obedeceré y te seguiré á todas partes donde quieras llevarme.

—No es cosa para tanto, repuso el paje con frialdad, y te aseguro que no tienes nada que agradecerme.

Y dejándole solo continuó entre sí:—Si tu supieras que estás como el que van á ahorcar, que le dan cuanto pide, qué poco te gustaria esta entrevista. Yo

te juro que será la última que tengas en adelante. No volverás otra vez á estorbarme.

Entró hablando así en la habitacion de las prisioneras, y cerrando tras de él la puerta desapareció.

Media hora haria que le esperaba Usdrobal, cuando sintió la voz de Jimeno, y oyó poco despues que siseaban llamándole.

Acercóse con tímidos pasos y embargado el aliento, no por miedo que tuviera, sino porque iba á hablar á la mujer que amaba, y no es de aquellas empresas, aunque á la primera vista parezca lo contrario, que necesitan ménos determinacion, y mucho más en la situacion de nuestro aventurero.

Llegó por fin á la puerta sin atreverse á entrar, indeciso como si el natural arrojo del desembarazado mozo hubiera cedido á la timidez del amante.

—Entra, le dijo el paje, que parece que estás entumido, y no metas bulla.

Usdrobal no contestó una palabra, pero obedeció su mandato entre dudoso y resuelto lleno de placer, y al mismo tiempo con un peso sobre el corazon.

XI.

La estacion, como se ha dicho, era de verano, y el calor solia refrescar algun tanto por la tarde.

Las nubes que habian cubierto el cielo al entrar la noche se habian disipado á la salida de la luna, y aparecia la bóveda azul á intérvalos, sembrada por una

parte de nubecillas blancas, entre las cuales, como bajo un velo finísimo de encaje, giraba la luna derramando su amortiguada luz, y solo á un extremo del horizonte se descubrian aun algunos celages negros.

Varias puertas de la habitacion daban, como se ha dicho, á un suntuoso jardin.

En una de ellas, sentada Leonor, tomaba á aquella hora el fresco más cuidadosa por su hermano, y distraida por su situacion, que ocupada de admirar el hermoso espectáculo que desenvolvía la noche á sus ojos.

El paje habia tenido cuidado de hacer retirar á todos los que la servian, y Usdrobal pudo entrar hasta allí sin que la sintiese ella misma.

Estaba sentada en una de las gradas de piedra que conducian al jardin, vuelta de espaldas á la puerta por donde Usdrobal entró, y éste no pudo ménos de suspenderse y pararse al verla y al oirla cantar con aquella voz argentina que tanto le llegaba al alma, el siguiente romance, que era entonces muy conocido.

*¿Hay pena más cruda,
hay mayor pesar,
que del que se odia
verse requebrar?*

Diráple en las armas
bizarro y audaz,
será con las damas
donoso y galan.
¿Qué importa?—En el mundo
no hay mayor pesar
que del que se odia
verse requebrar.

Dirán que en su escudo
 grabados están
 más timbres que lleva
 arenas el mar;
 que pecho le pagan
 cien pueblos y más;
 que puede mil lanzas
 al rey presentar;
 y que en sus castillos
 su bandera ondea
 que allá en la pelea
 tembló el musulman.
 ¿Qué importa?—En el mundo
 no hay mayor pesar
 que del que se odia
 verse requebrar.

XII.

Habia escuchado Usdrobal su canto mirándola sin pestañear, estático y sin movimiento, parado á corta distancia de ella, como si fuera una estatua de hierro. Veíase en sus ojos la ternura y la melancolía, y hubiera dado cuanto hay de bueno en el mundo porque aquel momento feliz de ilusiones hubiese sido el último de su vida.

El que ama interpreta todo cuanto vé y escucha, y Usdrobal, en la cancion que acababa de oír, creyó leer el corazon de Leonor, y se confirmó en la idea de que ya que no fuese amado, no tenia al ménos rival.

Distraido con esto, apenas se acordaba ya del objeto de su venida, si otro tenia que el de verla, y

hasta que Leonor se levantó de su asiento no recobró su memoria.

—Señora..... le dijo con voz balbuciente.

—¡Oh! mi buen amigo Usdrobal, le respondió Leonor con suavidad, mucho me alegro de veros ántes de que llegue la hora de salir de aquí, porque, á decir la verdad, tiemblo que os suceda alguna desgracia.

La frente de Usdrobal pareció iluminarse de alegría, siendo el cuidado que Leonor mostraba por él más de lo que se atrevia á esperar.

—Mi intencion al venir aquí, repuso Usdrobal bajando los ojos, ha sido únicamente tranquilizaros y disipar cualquier temor que pudieseis tener de que saliera mal nuestra empresa.

—Os habeis portado conmigo mejor de lo que podia esperar, replicó Leonor, y mucho más no teniendo, como no teneis, motivo para favorecerme.

—Señora, repuso Usdrobal, era mi deber volveros la libertad que yo mismo ayudé á quitaros tan infamemente. Y aunque es verdad que á vuestros ojos debe parecer extraño que un miserable bandido, un villano de nacimiento, y cuyos criminales hechos vos misma presenciásteis, trate de hacer una obra buena en su vida, no obstante, mi corazon no es malo, y yo.....

La voz le faltó al llegar aquí, y sus ojos caídos y el color encendido de su rostro mostraban bien á las claras los afectos de su alma. Leonor los interpretó de otro modo, y no vió en todo esto sino la vergüenza que el recuerdo de su mala accion le causaba.

—Yo he olvidado ya todo en cuanto á vos toca, respondió Leonor con dulzura, y sería muy injusta si os aborreciese.

—¡Oh! no, no me aborrezcais nunca, gritó Usdrobal arrojándose á sus piés de pronto: yo soy feliz con solo eso, con solo que me perdoneis, con solo que os digneis mirarme como al perro á quien echais el pan debajo de la mesa, sin ódio, y con lástima.

—¿Qué haceis, Usdrobal? repuso la dama con altivez habiendo descubierto en sus desconcertadas acciones la causa de tantos servicios. Levantáos.

Usdrobal se puso en pié y se retiró atrás dos ó tres pasos con respetuoso ademán, y sin alzar los ojos, como si temiese empañar el brillo de aquel sol con sus miradas atrevidas.

—Perdonad, le dijo, si os he enojado con lo que he hecho; puedo jurar que no ha sido mi intencion ofenderos.

—Tal creo, replicó Leonor; pero desde aquí en adelante, cuando hayais cumplido vuestro ofrecimiento de sacarme de aquí, ya que tan gran servicio quereis hacerme, yo os haré pagar al precio que queráis, y no volveremos á vernos más.

—¿Pagar! ¿Con dinero? murmuró Usdrobal; y una lágrima de fuego quemó al mismo tiempo sus párpados y se secó en sus encendidas mejillas.

Miróle Leonor, y no pudo ménos de conmovérse y extrañarse de la delicadeza de aquel villano.

—¿Y á qué hora, le preguntó, vendreis esta noche?

—Entre doce y una, respondió Usdrobal con acento melancólico. La seña serán tres golpes en esta pared que se abre, continuó señalando á un ángulo del cuarto; vos responderéis con otros tres, abriré yo entonces, y me seguireis.

—¿Y no correis ningún riesgo? preguntó Leonor.

—Creo que no, replicó Usdrobal; y aunque así sea, ¿qué vale la vida cuando se ha de pasar sin brillo y en el olvido, cuándo se ha nacido para arrastrarse enteramente como la culebra, que ni aun puede mirar al águila que se remonta?

En diciendo así quedó un momento pensativo, alzó despues los ojos, y los fijó en Leonor con una expresion tal de ternura y pena, que habria conmovido un mármol.

Leonor no le miraba.

Saludó en seguida y se retiró, dejándola llena de esperanza y de temor hasta que sonase la hora.

No bien hubo salido cuando halló al paje en la antesala, que le aguardaba.

—¿Qué tal? ¿Está todo ya concertado? le preguntó éste con su maliciosa sonrisa.

—Todo, respondió Usdrobal con sequedad.

—Pues ahora á descansar hasta luego.

—¿Falta mucho tiempo? preguntó Usdrobal con impaciencia.

—Tres horas lo ménos, repuso el paje. Parece que no sales muy satisfecho.

—¿Qué te importa? replicó Usdrobal bruscamente;

pero reconociendo la falta que cometia hablando así á quien tanto le favorecia, añadió:—No, descontento no; pero siento tener que aguardar tanto tiempo.

—Pues no hay más remedio que tener paciencia, contestó Jimeno.

—Si tu sangre te escaldara como á mí el corazon, no me darias esa respuesta. ¿Vendrás á buscarme?

—Sí. ¿Adónde?

—Ni yo lo sé, respondió Usdrobal. En cualquier parte. Estaré... paseando en la esplanada del castillo.

—Pues hasta luego.

—Adios.

Capítulo XVIII.

Salen con tanto silencio
que ni las nocturnas aves
sienten sus secretos pasos,
ni los veladores canes.

.....

Sacan los alfanjes fieros,
derriban los capellares,
y tiranse fuertes golpes
con pensamientos mortales.
Crece la r bia y desden,
la fuerza, r bia y corage,
y saltan vivas centellas
de los duros pedernales.

(Romancero.)

I.

La campana de la iglesia principal tocaba   maitines cuando Usdrobal, que en vano habia tratado de descansar, salió   la esplanada del castillo con la misma impaciencia que si mil chispas hubieran caido sobre él, y le abrasaran en todas partes   un tiempo.

El camino del desierto no se le hace más léjos al caminante fatigado y sediento, el dia de fiesta no le

parece más tarde en llegar al jornalero holgazán, ni camina tan lenta la eternidad para el condenado, como le habian parecido perezosas las horas al impaciente Usdrobal. No así al paje. Su alma de hielo, y estragada por un amor propio insufrible y su mal corazón, estaban muy acostumbrados á ver sufrir (y á sentir una complacencia secreta en los padecimientos ajenos).

Criado desde niño al lado de Saldaña y educado en el crimen, ambicioso por naturaleza y astuto, traidor y maligno por instinto, sabia tomar cuantas formas exteriores le acomodaban, y encubria bajo la lindeza de su rostro y la flexibilidad de sus facciones, la más refinada perversidad.

Sin duda nació ya inclinado al mal, y su educacion acabó de completar su carácter; su amor propio le hacia querer dominar donde quiera, y sobre todo á las mujeres, á quienes aunque parecía mirar con desprecio, trataba siempre de rendir, siendo este el triunfo que más lisonjeaba su vanidad.

Su amor propio producía en él los mismos efectos que la pasión más desenfrenada, no perdonando medio alguno para lograr su intento y satisfacer su orgullo ó su venganza.

Su ambicion le hacia mirar con ódio á cuantos eran más que él, y él solo era paje de lanza; en fin, sus dotes eran dignas de cualquier proteo político de nuestros días.

Llegaba ya el término de su venganza y habia pa-

sado las tres horas que tan pesadas habian parecido á Usdrobal, gozándose en sus planes futuros y embriagado en los sueños de oro con que halagan la malicia y la perversidad, igualmente que la virtud y la inocencia.

Dormia Saldaña, su hermana llena de cuidado habia venido á asistirle, y salió á buscar á Usdrobal.

Todo estaba callado en el castillo y solo tal vez se oia el ladrido lejano de algun perro ó el canto sordo y monótono del centinela, que entretenia el tiempo cantando ó paseando.

La luna se habia ya ocultado, y los celajes negros con que habia entrado la noche, habian vuelto á velar con su fúnebre manto el horizonte.

Todo era oscuridad y silencio, y solo tal cual amortiguada luz se veia ondular á lo lejos, tal cual estrella casi oscurecida vibraba de cuando en cuando sus trémulos destellos sobre la tierra.

Usdrobal se paseaba lentamente, cuando oyó junto á sí pasos y una voz de allí á poco que le nombraba.

—¡Usdrobal, Usdrobal! ¿Estás ahí?

—¿Eres tú, Jimeno?

—Silencio, respondió éste, cuya era efectivamente la voz: sígueme.

—Déjame me coja á tí para atravesar esas galerías, que debes tú conocer mejor que yo.

—Aquí está mi brazo. ¡Silencio!

Diciendo así le presentó el brazo derecho, de que asió Usdrobal el izquierdo, y echaron á andar.

II.

Al entrar en la galería sacó el paje su linterna sor-
da, y enviando la luz contra una pared, dijo:

—Aquí es: entremos.

Y llegándose á ella luchó un momento con un re-
sorte que muy disimulado estaba, y al punto se abrió
la puerta.

—Este es el camino, entremos; ya podemos aquí
usar sin peligro de mi linterna.

Era un callejon oscuro y estrecho que se formaba
en el centro de la pared, y que volvía á un lado y á
otro, segun torcia el corredor ó la sala á que sus pa-
redes servian de muro.

—¿Pues si habiamos de venir por aquí, preguntó
Usdrobal, qué mas daba que esto se hubiese hecho dos
horas hace?

—Habla bajo, repuso el paje despues de haber vuel-
to á correr la puerta, que sonó como si fuera de
hierro.

—Importaba separar un centinela que debia estar
en cierta parte por donde tenemos que pasar por fuer-
za, y no se podia hacer antes.

No preguntó más Usdrobal ni el paje habló más
palabra: sus pasos resonaban solo en aquella estrecha
bóveda, y cualquiera, al sentirlos transitar á aquella
hora sin verlos desde cualquiera de las habitaciones

contiguas, habria creído que hacia aquel rumor sordo alguna alma en pena.

No dejó tal vez de pensarlo alguno y de santiguarse.

Dá ahí tres golpes, le dijo el paje á Usdrobal cuando llegaron, despues de muchas vueltas y revueltas, á un ángulo saliente que formaba el extremo de alguna sala.

—Usdrobal respondió, si esto es piedra, mal podrán oirme.

—Dalos sin miedo, que aunque parezca piedra no es sino hierro.

Diólos, pues, con mucha paüsa, y al punto resonaron otros tres en respuesta.

—Es ella, se dijo á sí mismo, y se estremeció involuntariamente.

—Déjame abrir, le dijo el paje, y habiéndose hecho atrás para darle paso, Jimeno se adelantó, procuró hallar el resorte, y luego que lo hubo encontrado se abrió allí otra puerta semejante á la primera por donde ellos habian entrado.

—Usdrobal, dijo una voz suavísima que vibró en el corazon del aventurero, y Leonor entró en el corredor toda trémula y asustada.

III.

Marcharon los tres en silencio aun algun tiempo, y Usdrobal tomó el lado de Leonor, mas cuidadoso de ella que una madre puede estarlo del hijo de sus entrañas.

Abrió el paje otra puerta, y salieron á una escalerilla de caracol que Usdrobal reconoció por una de las muchas que salian de las torres de la fortaleza.

A lo lejos la vista descubria en monton y confusamente el campo, las empalizadas y las demás obras del castillo; de cerca no se veían los dedos de la mano.

Al llegar allí paróse el paje, y echó una mirada maligna á Usdrobal, bañándole en luz el rostro.

—Puesto que vienes armado, toma la izquierda de la escalerilla; y ve con cuidado. No os asustéis, señora, no es nada; pura precaucion.

—Colocaos así detras de mí, dijo el aventurero á Leonor, que si alguno sube tendrá que pasar por mi cuerpo para llegar hasta vos.

—Y yo le deslumbraré con mi linterna, pero no hay miedo.

—Con la espada en la mano no lo tengo yo á nadie, repuso Usdrobal desenvainándola.

Usdrobal iba delante, seguiale Leonor sin respirar apenas, y el paje bajaba detras alumbrando con su linterna. De repente la luz falta, suenan dos palmadas, y dos ó tres espadas caen sobre Usdrobal, cuyos golpes se repiten sobre su armadura cada vez con más furia.

—¡Traidores! gritó el aventurero, y mil golpes resonaron de nuevo, y volaron mil chispas á un tiempo por todas partes.

—¡Dios mio! gritó Leonor, nos han vendido. Y cayó desmayada, al mismo tiempo que se sintió asir con fuerza y arrebatarse por el aire.

IV.

El combate seguía, todo estaba á oscuras, y no se oía una voz ni un quejido.

El martilleo de las armas continuaba cada vez con más furia.

No sabía Usdrobal cuántos le acometían; pero sus enemigos á su parecer se multiplicaban.

La escalerilla era muy estrecha, y nadie podía subir mientras él defendiera el paso, y á pesar de esto siempre hallaba enemigos detrás y delante de él. Crujía el hierro, retumbaban los golpes, y solo se oía alguna vez el bramido sordo de los combatientes.

De pronto se oye un golpe en el suelo, como el que pudiera hacer un hombre armado al caer, y un ¡ay! en seguida.

Después retumbó con estrépito rodando las escaleras, sonó otro quejido en el mismo instante, y otro golpe, y la pelea pareció como suspendida.

—Por vida del Cid, dijo uno, gracias á Dios que ese demonio ha muerto.

—No he visto gato con mas vidas, añadió otro á tiempo que por sus pasos se conocía que se retiraban, era un alano de buena presa.

—Quizá no esté todavía bien muerto.

—No hay hueso en su cuerpo que no esté hecho polvo. ¿No has sentido cómo rodó la escalera?

V.

Siguieron hablando, sin duda, pero su voz fué poco á poco perdiéndose en la distancia, hasta que otra vez todo volvió á quedar en silencio.

Aquella misma noche, poco despues, dos hombres atravesaron la esplanada del castillo.

—¿Es este, preguntó el del farol alargando la cabeza á mirar abajo, y sir viéndose de su linterna, que iluminó la superficie del foso, es este el sitio más hondo?

—Por Santiago, ¿tienes miedo todavía que se escape? repuso el otro, que habiendo echado al suelo la carga dejó ver un cadáver horriblemente descoyuntado y quebrantados todos sus huesos, cubierto en partes de una armadura no menos magullada y hecha pedazos.

Cogióle por los piés uno de aquellos hombres, mientras el otro le suspendia por los brazos, y habiendo tomado vuelo le lanzaron al foso, que estaba lleno de agua, cuyo pacífico curso alborotó su caída.

Capítulo XIX.

No sabe por qué via aprovecharse
de enemigo tan fuerte y poderoso,
ni cómo con su cólera vengarse,
pues vengarse ó morir le es ya forzoso.

(Bernardo.—Poema.)

I.

Mientras los sucesos referidos pasaban en el castillo de Cuellar, yacia tambien mal herido en su lecho el señor de Iscar, y todo estaba sombrío y triste en su fortaleza.

El cantor habia roto su lira, falto ya de entusiasmo para pulsarla, Nuño parecia haber perdido su ordinaria locuacidad, y los demás servidores de D. Hernando se perdian en cavilaciones preguntándose unos á otros por doña Leonor, dándose mutuamente noticias de ella, fundadas solo en presunciones vagas, todos todos hablando en voz baja, y como temerosos de despertar la cólera de su señor, cuyas heridas, aunque leves de suyo, se hacian peligrosas con la ardiente calentura que le consumia.

Baste decir, que Nuño y el trovador habian puesto treguas á sus disputas, y que solo de tiempo en tiempo tal cual palabra mordaz daba á entender que no por eso habia cesado enteramente la guerra.

Ambos á dos se esmeraban en cuidar á su señor, que devorado interiormente de mil pesares y crueles imaginaciones, habia caido en una fiebre continua que no solo burlaba la vigilancia de los dos fieles vasallos, sino tambien el arte y el talento de los tres más famosos Hipócrates de aquella época que le asistian.

Estaba entonces la ciencia de la medicina con corta diferencia como está hoy dia, en la infancia; pero particularmente entre los cristianos se hallaba tan abandonada, que apenas se encontraba un médico para un remedio.

Dichosa edad, por cierto, aquella en que cada uno moria de su enfermedad y no de su médico, como dice Quevedo, y en que se podia morir cualquier hombre honrado sin tantas fórmulas como en el dia se usan.

Dichosa edad, repetimos, porque en ella blancas y pulidas manos de hermosas damas se ejercitaban á veces en curar así las heridas del cuerpo como las del alma á los caballeros intrépidos, y hacian el oficio que ahora sólo desempeñan las callósas y poco limpias de algun impío barbero en los lugares de por ahí cuando algun malogrado paciente les viene como llovido para saciar en él su sed de sangre y sus horribles escalpados, que harán que se horripile el hombre de más valor. Solo en aquellos tiempos puede decirse que cultiva-

ban la ciencia homicida con algun fruto los ilustrados árabes y los judíos, que así en esto como en todo lo que toca á ciencias y artes, en particular los primeros, nos han dejado profundas huellas de su asombrosa sabiduría.

Los Avicenas, los Averroes, sirven aun de regla á nuestros más presumidos galenos, y justamente en el siglo de D. Alonso el Sábio fué cuando los judíos, favorecidos de este monarca, que protegía el talento donde quiera que se encontraba, comentaron la Biblia, escribieron de medicina, de astrología, etc., y se les debieron muchos y muy curiosos inventos.

Sucedía, nó obstante, que siendo mal visto que un cristiano viejo se dejase curar por un judío, á quien todos ó la mayor parte, de comun acuerdo hubieran querido quemar en honra y gloria de Dios, habia hombre que preferia morirse á deber la vida á los hechizos y cabalísticas palabras de que se creia que usaba aquella maldita raza, puesto que no eran los hijos de Israel tan poco filantrópicos que prodigasen sus remedios á todo el mundo.

Ninguno de estos famosos empíricos asistia al impaciente hermano de la desdichada Leonor, que nunca más que entonces hubiera deseado la salud, y cuya ansia y desasosiego eran las principales causas de su enfermedad.

Su hermana, presa y deshonorada, estaba delante de él á todas horas presente en sus delirios, ya tachándole de perezoso, de cobarde y mal caballero, ya

reprendiéndole de haber desamparado á la que su padre le encomendó al morir, á la que desvalida y sin otro amigo que él en el universo, esperaba de él solo su salvacion.

El furor que entonces le sacaba fuera de sí, le hacia saltar del lecho, dar voces, maltratar á cuantos le rodeaban, pedir sus armas, y resistirse furiosamente á los esfuerzos de los que interesados por su salud trataban de sosegarle y contenerle.

(Arenas de Sevilla.)

Capítulo XX.

Quién á la ropa y quién al cofre aguija,
quién abre, quién desquicia y desencaja,
quién no deja fardel ni baratija,
quién contiene, quién riñe, quién baraja,
quién alega y se mete á la partija.

(Araucana de Ercilla.)

I.

El lector se acordará del llano ó plaza de arena en que Usdrobal fué presentado por el Velludo á los honrados habitantes del bosque, sus servidores, y en donde tomó á su cargo el piadoso Zacarías educarle como convenia para el ejercicio que habia abrazado.

Pues minuto más ó ménos á aquella misma hora y en aquel mismo sitio algunos dias despues de la aventura del capitán con la maga, estaban reunidos varios individuos de la partida, no razonando alegremente unos con otros, ni trasegando el alma de algun pellejo de vino á sus insaciables estómagos, segun costumbre, ni admitiendo en su seno ningun jóven cuya no-

ble alma no pudiera sufrir el peso de la ociosidad, sino muy solícitos y divertidos en aligerar el peso de las maletas y faltriqueras de una tropa de viajeros que por su mal habian acertado á encontrarse con ellos en aquel desierto.

Cuatro eran los caminantes, y todos parecian por su traje ser gente comerciante, que como era entonces uso, llevaban de pueblo en pueblo sus mercancías, trocándolas por otras ó por dinero en los mercados públicos, y solo se distinguian de los que llaman buhoneros en que en vez de llevarlos á cuestras y caminar á pié, sus fardos iban á lomo sobre una mula, y ellos montados en sendos animales de la misma raza.

Pero en el momento que se trata, los bandoleros, compadecidos sin duda de la enorme carga que oprimia y fatigaba á las pobres bestias, habian hecho apeaar de sus cabalgaduras á los mal aventurados viandantes, y aliviado de su desmedida carga á la que llevaba delante guiándola del ronzal un mozo de pocos años que iba allí de espolique.

Habíalos visto desde los pinares el compungido Zacarias, que avisó al momento á sus compañeros sin cambiar su mística fisonomía, y sin dejar de rezar al mismo tiempo, mandándoles que estuviesen alerta para sorprenderlos.

—Hijos míos, les dijo, ahí viene una raza de pecadores de aquellos que el Señor ha dicho *pulvis eris et in pulvere reverteris*; de judíos digo, pueblo, como sa-

beis, maldito, y cuyos bienes podemos confiscar á nuestro favor sin el más pequeño remordimiento y cumpliendo con nuestro deber. Son cuatro hebreos, enemigos de toda bolsa cristiana, cuatro sanguiuélas hidrópicas de la sangre del justo; y pasó una cuenta á su rosario murmurando un *Pater noster* al mismo tiempo.

—Voto á Deu, respondió el catalan, que hélos que se dirijan aquí, y me importa á mí lo mateis que un trago de vino si son cristianos ó judíos, con tal que traigan dinero.

—Buena mula es la que viene delante, dijo el bizco, y por las barbas del Cid, que no se puede mover de cargada.

—Manos á la obra, gritaron los otros; y se pusieron todos en movimiento.

—Silencio, hijos míos, y mucha caridad sobre todo y que no vayan al otro mundo sin confesion; ya que Dios los trae aquí, yo me encargo de convertirlos si son judíos, como es regular.

—Dos por aquí, mandó con su voz áspera el catalan señalando á la derecha, cuatro á la izquierda y los demás conmigo: yo voy delante.

—*Domine exaudi mihi*, dijo Zacarías; y echó mano á su cuchillo sin dejar el rosario, andando al lado del catalan: Dios pondrá tiento en nuestras manos y perdone nuestros pecados.

—Voto va Deu, ¡á ellos! gritó Urgel desafortadamente á tiempo que casi iban los viajeros á tropezar

con ellos, todavía sin haberlos visto á causa de la espesura del bosque.

El primero que rompía la marcha era el mozo de espuela, que muy descuidado de la que le esperaba venia alegremente silbando, y que apenas oyó el grito de á ellos cuando sintió un garrotazo sobre la frente tan descomunal y tremendo, que cayó en tierra con la cabeza abierta y bañado en sangre.

Fué el primer saludo con que se esplicó el formidable catalan antes de decir palabra.

Zacarias echó mano al ronzal de la mula, que espantada con el porrazo y la airada presencia del apaleador, se habia levantado de manos y trataba de volver grupas.

Estaba el buen anacoreta destellando avaricia por los ojos, rezando muy aprisa, y señor ya de la carga que era el blanco de sus más fervorosas súplicas,

II.

Esta fué la señal de la arremetida, y los demás, emboscados á derecha é izquierda, cayeron como halcones sobre su presa con los alfanjes y las espadas en la mano, dando gritos y dispuestos á asesinar al primero que se resistiese.

El catalan, que disfrutaba tanto placer en pegar como en robar, puesta en alto su partesana, se arrojó en seguida de haber derribado al mozo, sobre los desdichados mercaderes, que al ver caer sobre ellos aque-

lla nube de foragidos no sabian qué hacerse, y ni hacian muestra de rendirse, ni de huir, ni de defenderse.

Alguno, cuya cabalgadura no estaba acostumbrada á niñerías semejantes, no pudiendo resistir sus corcovos, dió consigo una caída, que los vencedores tomaron por una señal clara de su sumision.

En efecto, todos ellos eran gente pacífica y mal avenida con todo género de refriegas, por lo que el triunfo no fué muy costoso ni tardó en decidirse por los bandidos más tiempo del que tardaron en hacerlos echar pié á tierra y atarlos á los árboles que formaban la plaza.

—Amigos, gritaba uno de los viajeros, que era precisamente el que habia derribado su mala, calvo con solo algunos mechones blancos en la cabeza, pequeño de cuerpo y flaco, cara larga, nariz aguileña, ojos negros, pero sin brillo, y la barba cana y poblada; amigos míos, no teneis necesidad de atarnos, nosotros no nos hemos de defender, y os daremos de buena gana cuanto traemos sin que tengais que decirnos siquiera una mala palabra.

—Raza descreída, repuso Zacarías con su voz de vieja, tú eres de los que ataron á una columna á nuestro Redentor; cuida que si no fuera por que pienso hacer de tí un cristiano tan santo como el que más, cuando hayas vuelto á cada uno de por sí lo mucho que habrás robado, y que es por lo que has de empezar ahora mismo, cuida que no se les ponga en la idea

á estos honrados hermanos abrirte las carnes á azotes por ladrón, como casi me dan intenciones de aconsejárselo: *quia tu est ad verberandum.*

—Veo amigo ladrón. quiero decir, buen hombre, respondió el viejo con serenidad, que nos tratas mal sin merecerlo, y que partes de un principio erróneo dando por cierto lo que es enteramente falso.

—Al diablo tanto hablar, voto á Deu, gritó el catalán: ¿qué haceis sin catar de lo que traigan esos borrachos?

—Has de saber, santo varon, gritaba el mercader viejo, que aquí no viene ningun judío, sino que somos gente pacífica que vamos á nuestro comercio.

—Pues entonces, hijo mio, le respondió Zacarías registrándole al mismo tiempo, perdona por Dios esta ofensa que te he hecho contra mi voluntad, y suelta el dinero que traigas contigo por amor de él, y como ordena la caridad cristiana.

—Pardiez, que esta es buena gente, gritaba el bizco á tiempo que él y otros tres descargaban la mula que traía las mercancías. No parece sino que están estos cajones llenos de plomo segun lo que pesan.

—Eso será hierro sin duda, añadió el veterano de la cara cortada, que ó el sonido me engaña mucho, ó lo que va dentro son sedas y lienços como yo soy turco.

—No lo creais buenas gentes: son algunas telas de poco valor lo que ahí va que para nada os sirven, les gritó el viajero; regalos que yo llevaba á Valladolid

para su alteza D. Sancho IV, rey de Castilla: los enviaba el señor de Aguilar con algunas otras bujerías.

—Tanto mejor, voto á Deu, gritó el catalan; el rey de Castilla non pas tindrà eso que dices, y haz cuenta que lo has portat por nosaltros.

—Sí, pero temed el enojo del rey, replicó el viejo, á quien ya habian enteramente desbalijado, así como á sus compañeros, y que tenia al parecer mucho interés en que no viesen lo que venia en los cajones; ya veis, prosiguió, yo lo digo por vuestro bien. Cuenta con lo que haceis con lo que pertenece á su alteza; ahí teneis lo mio y lo de mis compañeros; con eso podeis hacer lo que querais sin miedo, quedaros con ello ó devolvérmolo; pero el regalo del señor Aguilar...

—Anda tú, el rey y el señor de Aguilar á los infernos, respondió el de la cara cortada. Abrámoslo de una vez, que todo lo mas que harán si nos prenden será ahorcarnos, y eso que robemos ó no robemos al rey, habrá de suceder lo mismo.

—Tienes razon, dijo el bizco, y á mas que morir ahorcado es una muerte en que se adelanta para subir al cielo todo lo que falta para llegar con los piés al suelo, y ya que lo han de colgar á uno, que no sea por una niñería, sino por haber hecho algo que merezca contarse.

—Abrir los cajones de una vez, y basta ya de charla, gritó otro.

III.

Empezaron á descargar golpes sobre las cajas muy de prisa y con toda su fuerza, y ya empezaban á saltar astillas y á crugir las tablas, á despecho de los consejos que continuaba dándoles el viajero, y de sus gritos, súplicas y amenazas, cuando Zacarías, que hasta entonces habia estado hincado de rodillas rezando, y empleado asimismo en desliar, registrar, inquirir y escudriñar pliegue por pliegue y muy detenidamente un gaban ó alforja que traía el caminante, se levantó despues de haber escondido debajo de todo, á un lado, un cajon de boj, largo de una vara y con molduras de plata en los extremos, cerrado con un resorte que él no entendia; y dejando para luego enterarse de lo que habia dentro, hizo á los otros que suspendiesen su faena, pidiendo que se dispusiese en concilio lo que habia de hacerse.

—Hijos míos, les dijo, por todos los apóstoles juntos os ruego humildemente que pongais atencion en las palabras de ese buen viejo que está ahí atado, y que hoy ha ganado el cielo por la mansedumbre y generosidad con que nos ha entregado voluntariamente lo que traía supérfluo, para socorrer nuestras necesidades. Vedle ahí, que se desgañita rogándonos que no se toque al regalo que lleva para el ungido, vedle ahí, que me parece que en este poco tiempo se

ha puesto más flaco aun y más viejo que cuando llegó, y se ha achicado una cuarta. Tened paciencia, hijos míos, y no me interrumpais, que nadie nos corre, y menester es tenerla en las adversidades. Oidme hasta el fin, y juzgareis. Ya veis, amados hijos de mi ternura, que nuestro cristiano capitán no está aquí ahora, y que es antigua usanza entre nosotros, cuando aquel santo varón (bendígale Dios), no se halla presente, tomar el parecer de cada uno, y que todo el mundo dé francamente su opinion. La mía, pues, es de que se abran las cajas, y Dios nos dé aquí paz y despues gloria.

—Pues á fé mia que ya podian estar abiertas, y para eso, repuso el bizeo, no habia necesidad de predicarnos ningun sermon.

—Voto á Deu, que no oiga yo más discursos.

—Ni yo, ni yo, gritaron todos; y se dispusieron á empezar de nuevo con más empeño.

—Con todo, gritó Zacarías, con un chillido agudo como el de un pito, oidme. Puede el viajero ó alguno de sus cofrades ofrecerse en pío sacrificio en lugar de esas cajas, y con tal que esté dispuesto á sufrir sobre su cuerpo los golpes que ellas habian de llevar, soy de opinion de hacerles esta obra de misericordia, y que se atienda á sus ruegos.

Una ruidosa carcajada aplaudió esta sábia determinacion del benéfico Zacarías, y el pobre robado y sus compañeros, empezaron á temblar y dar diente con diente, temerosos de sufrir la pena á que los conde-

naba, en caso de quedarse libres las mercancias de todo daño y embargo.

—¿Tuerces el hocico, mal hombre, prosiguió Zacarias, yo que habia pensado en enviarte hoy al cielo porque creí que ahora te irias allá derecho, tomando todo cuanto aqui se hiciera por bien de tu alma, y en penitencia de tus pecados, y ahora no parece sino que te causa cierto disgusto mi buena intencion? Ea, muchachos, puesto que nuestra opinion es una misma manos á la obra, y á trabajar con el ayuda de Dios, mientras yo convierto á este impío, hombre sin fé y sin resignacion.

No aguardaron los acólitos del mal ladron á oír hasta el fin su arenga, sino que llenos de brio empezaron á golpear tan de firme y tan á prisa, que á poco tiempo no quedó tabla de las que formaban las cajas, que no hubiese saltado echa piezas.

Pero cuál fué su asombro cuando en vez de los magníficos dones que pensaban hallar, enviados al rey por uno de los ricos-homes de más fama, vieron rodar por el campo en monton y con grande estrépito, una porcion de yelmos, corazas y otras armas defensivas y ofensivas de que venian preñadas las cajas, y que en su hechura y artificio más parecian propias para soldados, que para regalar á un monarca.

—Por San Cosme bendito, dijo uno de los bandidos, que tanto puchero de hierro como viene aquí, no será para que ponga el rey la olla, ni para eso se los enviará ese señor.

—Vive Dios que las mercancías son de gusto, y que más seguro va en estos tiempos un hombre con un traje como este que con un vestido de seda.

—Voto á Deu, añadió el catalan tomando un casco en la mano, que más vale guarir así el cap que con un bonete de cuero.

Y arrojó el que llevaba en la cabeza y se caló en su lugar el yelmo.

Pero nada igualó al asombro de Zacarías, que habiendo abierto por fin la caja de boj en que esperaba hallar por lo ménos algunas joyas de raro valor, y que con mucho cuidado habia tratado de ocultar á sus compañeros para no tener que partir con ellos, halló dos cosas entre otras varias, capaces de trastornar el juicio más sano del hombre más entendido de aquellos tiempos.

Era una de ellas una bola de cristal muy pequeña, dentro de la cual vivia y al parecer se agitaba un animal disforme, un elefante de desmesurada grandeza, un demonio sin duda, porque solo un demonio podia habitar en tan pequeño espacio, infinitamente reducido para dar cabida á tan desproporcionada y estraña bestia.

Sus ojos, de estraordinario tamaño, parecian quererse tragar al que lo miraba; su trompa inmensa podia sin trabajo alguno sepultar un hombre de una vez en su vientre; su piel, de un color oscuro con algunas manchas, era sin duda impenetrable al arma más bien templada; y una infinidad de piés y piernas

sostenian como columnas aquella mole ponderosa que al mismo tiempo gozaba sin duda de tanta comodidad en aquella estrecha vivienda, como si se hallase en un anchuroso palacio.

No creyó ménos Zacarías si no que allí estaba encerrado algun diablo, y tirando la bola de cristal con la prontitud de aquel que se quema, se hincó de rodillas, se persignó mil veces, besó el suelo, y empezó á rezar y á darse golpes de pecho con la mayor devocion, pidiendo á Dios que apartase aquel mal espiritu de su presencia.

Era la otra una varita de hierro con un rueda de metal á un extremo, fija en un punto dado de un esqueleto de relój, y que lo mismo fué sacarla, al impulso que recibió principió á ondular á un lado y á otro por sí sola con movimiento muy concertado. (1)

—¿No os lo dije yo que era un judio? Hermanos mios, este hombre tiene hecho pacto con el demonio, gritó Zacarías pálido de temor; aquí lo tiene encerrado, es menester matarlo, hacerlo quemar aquí mismo.

Acudieron todos á ver qué era lo que hacia dar tantos gritos y salir fuera de sus casillas al hombre de sangre más fria que habia entre ellos, espantados todos de verle tan fuera de sí, y algunos creidos que habia perdido la cabeza completamente.

(1) El abate Andrés, en su obra de la literatura, disputa la invencion de la péndola á los modernos, atribuyéndosela á los árabes, y para probarlo cita la opinion de algunos eruditos.

—¿Qué diablos teneis, maestro Zacarías, preguntó el veterano, que no parece sino que habeis tenido una vision del infierno, y que os habeis vuelto loco?

—Y como que he tenido una vision, respondió Zacarías: *de profundis clamavit miserere mei domine secundum..... secundum.....* ¡memoria! ¡memoria! ¡Ah! *Miserrima civitas*. Eso es, se dijo á sí mismo como satisfecho de haber atinado con el texto. Lo he visto, señor Tinieblas, y vos lo podeis ver si quereis; ahí está, si teneis ánimo para tomarlo en la mano..... Es menester quemar á este hombre: es judio y mágico.

—*Vade retro*, respondió Tinieblas sin atreverse á mirar á donde señalaba Zacarías con la mano; la Virgen Santa me valga, que no quiero yo nada con esa gente. No hay duda, es menester quemar á este hombre.

IV.

Difícil es que ninguno de nuestros lectores pueda formarse idea exacta de lo que pasaba en el alma de los viajeros, especialmente del que parecia más principal, y que era el que estaba más en peligro.

Todo el mundo le miraba ya con horror, le maldecía, y hasta el mejor intencionado de los bandidos deseaba ya verle arder y se preparaba á derribar árboles y á formar la hoguera.

En vano el pobre hombre se esforzaba á persuadirles que aquel animal tan estupendo y prodigioso no era

mas que una pulga, en vano pedia que no le rompiesen el hierro que andaba solo, pues no era sino un reloj como cualquiera otro de sol, sino que de distinta construccion y hechura, en vano les rogaba encarecidamente que no le matasen, y les ofrecia montes de oro por su rescate, que un momento antes les hubiera hecho abrir tanto ojo: todo era inútil; promesas, ruegos, amenazas, lágrimas, nada podia ablandar aquellos corazones de piedra, y era lo bueno que los mas de ellos aun no sabian porqué era aquella ansia de que habia de quemar á aquel hombre, ni se cuidaban de preguntarlo, y eran los que mas voceaban y le maldecian, y empezaban ya á partir leña.

Con todo, el alboroto llegó á su colmo cuando el catalan tomó en la mano el funesto cristal, y mil diversas caricaturas, unas de susto, otras de horror, la boca abierta, los ojos desencajados, los pelo tiesos, se pararon á mirarlos atónitos y frios de lo que veian.

El solo tuvo valor para cogerlo con la mano, y levantando el brazo en alto para que todo el mundo pudiera ver aquel tan prodigioso hechizo, pálido y persignándose al mismo tiempo, hubo un momento de estupor general en todos, y no parecia sino que de veras habian quedado encantados, segun el silencio que guardaban y la inmovilidad en que sus cuerpos por largo rato estuvieron.

Pero luego que dió lugar el pasmo y asombro del primer momento á la reflexion, y cada uno echó sus cálculos allá entre si, y pesó y examinó la enormidad

del crimen, y con lo que añadía cada cual de suyo y el odio natural en toda alma cristiana contra la brujería y el demonio, se irritó la cólera de aquella gente feroz, que, sin verdadera religion, estaban llenos de todas las supersticiones posibles, empezó un murmullo semejante al que hacen los árboles del bosque en señal del huracan que se acerca, y luego alzaron el grito, y todos corrieron á hacinar leña para formar la hoguera.

—Es menester quemar esa bestia, gritaba uno.

—Y á ese viejo judío con ella, decia otro.

—Y á los otros tres con él.

—Y al mozo de mulas.

—Y las mulas, y los cajones, y las armas, añadía el bizco.

—Voto á Deu, y los potingues que ahí trae, proseguía el catalan.

—Y esos librotos viejos, y los papeles, y sus almas, que se las lleve el demonio.

—Y todo por la gloria de Dios, concluía Zacarías, que no hacia sino rezar al mismo tiempo que colocaba en buena disposicion la leña que iban cortando los otros.

—Dios de Jacob, padre Abraham, sacadme de este aprieto, clamaba el pobre judío, que sin duda lo era á juzgar por sus exclamaciones. Sacadme con bien de manos de estos tigres despiadados, libradme como á Daniel de las garras de los leones. Amigos míos, queridos amigos míos, prosiguió volviéndose á los

bandidos, yo soy viejo, estos tres hombres que estan ahí son mis criados, nosotros no os hemos hecho mal nunca. ¿Qué gloria podeis sacar de quemar á hombres como nosotros, que somos los cautivos de vuestra lanza? ¿Queréis que mi hijo, á quien dejé en Aragon, pregunte cuándo volverá á ver á su padre, y su madre no le responda y llore? Queridos mios, vosotros no sois malos, lo sé, yo lo sé muy bien que no queréis ensangrentaros en un viejo débil. Estais engañados en lo que creéis: si me dejais un momento ese pedazo de cristal, un momento no mas, yo haré ver en qué consiste vuestro engaño; pero vosotros no os hagais mal.

—Loado sea el Señor, que ya arde la leña: Dios me perdone, que me ha costado mucho trabajo encenderla.

—Ea, pues, cada uno al suyo, gritó el tio Tinieblas; pronto á desatacarlos y asarlos, que no se hace mas en eso que lo que se debe.

¡Que mueran, que mueran! vociferaban todos.

Y cortando de un golpe las cuerdas que ligaban á los árboles los desdichados viajeros, sin atender á sus lágrimas, ni á sus súplicas, empezaron á arrastrarlos hácia la hoguera en que ardía ya medio monte, y cuyas llamas, impelidas del viento, se levantaban sobre las copas de los pinos mas altos, como si amenazaran al cielo, despidiendo al mismo tiempo columnas de humo que envolvian la luz del sol, y daban un aspecto mas negro á aquel espantoso cuadro.

Figúrese el lector una ancha plaza rodeada por todas partes de árboles, y capaz de contener en su ámbito mas de mil á dos mil soldados.

En medio de ella pinos enteros ardiendo, cuyas llamas, mezcladas con el humo que con ellas se levantaba, daban un color cárdeno al dia, ennegreciendo la atmósfera al mismo tiempo.

El calor era irresistible, y á mas de cincuenta pasos á la redonda era casi imposible aguantarlo.

Al rededor de este fuego, é iluminados con la opaca lumbre sus cetrinos rostros, doce ó catorce bandidos con todas las señales de la miseria y de la ferocidad en sus estúpidas fisonomías, arrastrando entre cada tres ó cuatro de ellos un hombre cuyos gritos, gestos y contorsiones le hacian parecer un endemoniado, dando ellos al mismo tiempo voces, echando torpes juramentos, soltando risas y carcajadas horribles, ó profanando con sus súcias bocas los nombres mas santos que invocaban. Figurémonos, en fin, una porcion de demonios arrastrando al fuego eterno las almas de los condenados, y solo así tendremos una idea exacta de escena tan horrorosa.

—La maldicion del Dios de Israel se desplome sobre vosotros, gritaba el judío viejo, luchando y reluchando con el bizco y el catalan, mientras Zacarias le pinchaba por detras con su cuchillo para hacerle andar.

—Yo soy un embajador del rey de Aragon... Tened cuenta con lo que... Yo daré un millon de oro por mi vida... Tened compasion de mí... Yo os explicaré lo que es eso... dejadme un momento que os hable. ¿Dónde está vuestro capitan?

Y al mismo tiempo se tendia en el suelo, se defendia á coces, á puños y á bocados; arrojaba espuma por la boca, revolvía los ojos en remolinos espantosos, su rostro estaba morado, sus labios negros, y sus lamentos, sus rugidos y sus maldiciones hubieran podido hacer estremecerse á una roca. La desesperacion, aunque viejo y débil, le prestaba fuerza en tanto grado, que apenas podian sujetarle los brazos robustos de los dos ladrones, y aun no le habian meneado dos pasos.

—Voto á Deu, mala ira te trinq, el coll que es menester una corda y atemos este perro con una legion de diablos.

—Mirale que pelos pone, grito el bizco, y oye los berridos que dá que me atraviesan el cerebro como si fueran puñales; juro á Dios, añadió sacudiéndose una mano, que me ha partido un dedo de un mordisco, y que estoy por matarle aquí mismo de una puñalada, mas que no se queme en su vida.

—Caridad, hijo mio, y refrena la ira, que no está tan lejos la hoguera, respondió Zacarías con su tono suave; no le pinches si acaso mas que yo, que solo le entró en el cuerpo la puntita de mi cuchillo.

Hizo el judío en aquel momento un esfuerzo tan desesperado, que habiendo logrado zafarse de manos de sus opresores, se levantó y dió á correr por ver si podía salvarse; pero á los pocos pasos sintió la mano de hierro del catalan, que de un puñetazo le derribó segunda vez en el suelo, y una cuerda que le liaba el bizzo á los piernas, mientras que un pinchazo que sintió en la espalda le anunció que no andaba lejos el caritativo Zacarías.

Entonces el infeliz judío oyó las voces de los demás ladrones, que ya habian logrado acercar sus respectivas víctimas á la hoguera, y que solo aguardaban á que él viniese para darle la preferencia quemándole á él el primero.

Todo parecia colmar en aquel trance su desesperacion; sobre él se estendia un cielo de humo como para evitar que sus gritos llegasen al otro cielo; á su alrededor un desierto, y los semblantes de hierro de los bandidos; enfrente la hoguera, cuyo calor, que se sentia no poco donde él estaba, penetraba ya á su entender hasta en el tuétano de sus huesos; ninguna muestra de compasion en ninguno de los que allí estaban, ninguna esperanza de socorro; todo le habia abandonado á su fatalidad. Entonces sintió crispase sus nervios, las fuerzas le faltaron, un color pálido sucedió al amarotado que tenia su rostro, y solo sus ojos cris-

talinos, que ya se volvian á la hoguera con estúpido ahinco, ya hacía sus inexorables verdugos á demandar piedad, y el temblor convulsivo de sus labios, daban á entender que vivia.

Dejó por fin caer la cabeza sobre el pecho, y sin hacer mas resistencia se dejó conducir de los ladrones.

No habia ya ningun obstáculo que vencer; los demás prisioneros unos estaban accidentados, otros rugian de temor, y algunos se deshacian en súplicas, que apenas eran oidas.

El mozo de mulas, que habia vuelto en sí, y á quien querian tambien quemar solo por aquello de dime con quien andas etc, aunque no tenia nada de judío ni de encantador, habia logrado por fin que le perdonáran, con tal que ayudase á quemar á sus amos, por la muchas brujerías que refirió les habia visto hacer durante el camino.

En fin, habia llegado para aquellos infelices el fin del mundo, y el cielo, sordo á sus plegarias, no parecia querer enviarles ningun socorro.

Pero una idea que sobrevino casualmente en el ánimo de Zacarías dilató aun por algunos momentos la terrible muerte que les aguardaba.

—Hijos míos, dijo el hipócrita con su acento meloso, ya sabeis lo caritativo que soy, y creo que si tengo algun influjo entre vosotros no desoiréis la voz del justo. Bien hecho está que aborrezcamos á estos infames amalecitas, bien me parece que se les castigue, y yo mismo he sido el primero que he convenido en el es-

terminio de los fieles, digo de los infieles: *infelix opera summa*, que dijo aquel santo varón. Pero no por eso creo piadoso que entreguemos su alma á los demonios (Dios nos libre), como se pensó en un principio, *quod in principium...* No importa que no me acuerde del texto, proseguiré: quiero decir *et qui habet aures audiat*, como dijo San... no me acuerdo del Santo, pero la cita es exacta. Digo y repito que se debe tratar de salvar sus almas, y en particular la de este viejo infernal que ha mordido un dedo al bizeo, y al buen Urgél en la pierna derecha, de la cual como veis cojea.

—Así, voto á Deu, que me ha llegado hasta el hueso, interrumpió el catalan.

—Prosigo pues, continuó Zacarias, *florentem cytisum sequitur* (por ahí va bien), y digo que yo me encargo de convertirlos, y en particular á ese perro que he dicho, y entre tanto podeis seguir echando troncos al fuego y alimentándolo, y de este modo ellos se familiarizarán con la hoguera, la mirarán como cualquiera otra cosa, *sicut erat in principio*, morirán sin tantos aspamientos, y sobre todo tan convertidos y arrepentidos que ni siquiera han de tener que tocaren el purgatorio. *Purgatorium peccatorum etc.*, y loado sea Dios: he dicho.

VII.

La opinion de Zacarias prevaleció como era de esperar entre gentes que le tenian por un pozo de cien-

cia, y que le consideraban en segundo lugar despues de su capitán. Convinieron todos en que debia hacerse así como él lo pedia, por lo que se suspendió el castigo de los criminales entre tanto se convertian.

Zacarías alzó entonces los ojos al cielo con aire tan compungido y devoto, como si de veras pidiese al Espíritu Santo que le iluminase en la conversion de aquellos hereges, cuyas almas iba á enviar al cielo por el camino más corto.

Hecho esto, mandó que le trajesen al viejo, que ya se dejaba llevar lo mismo á un lado que á otro, insensible al parecer á todo cuanto le rodeaba.

Nada habia oido del discurso de Zacarías, aturdidos y embotados sus sentidos con la idea de la muerte tan próxima, y sin otra sensacion que la que en él producía la vista de la llama, que á su parecer le iba abrasando parte por parte de su cuerpo.

El sitio que habia elegido el piadoso varon para la conversion del infiel, estaba á bastante distancia de la hoguera, y el aire, aunque caldeado tanto con el calor de la estacion, como por efecto del fuego, le pareció fresco al judío en comparacion con el que habia respirado hasta entonces.

Trató, pues, de limpiarse el sudor, que á chorros le caia por el rostro; pero sus manos estaban atadas á su espalda, y no pudo hacer otra cosa que suspirar.

Zacarías tomó el aspecto más grave que pudo, besó su rosario devotamente, y empezó con un tono de voz sobremanera melifluo, á arengar al prisionero.

—Hijo mio, le dijo, serénate; aquí no se te quiere mal: ya veo que estás bastante agitado, y sin duda has tenido razon para gritar y forcejear, pues que estos hermanos míos, *fratres carisimi*, por otra parte, con la mejor intencion, te iban á dar muerte de perro, lo que no es nuestra voluntad. *Fiat voluntas tua*, que dijo quien lo sabia. He echado de ver tambien que á tí te disgusta morir de esa manera, y no me ha estrañado. *Pecata mea...* Hermano mio, no debes asombrarte porque se me olvide un texto, porque son tantos los que tengo en la cabeza... Pero tomando el hilo de mi discurso, por amor de Dios, y como manda la moral y la caridad, yo los he contenido cuando más empeñados estaban en llevar á cabo su santa obra, y puedes estar seguro que no estás hecho ya un hicharron, y lo mismo tus criados, *famuli tui*, por causa mia. *Mea culpa tu non est in chicharrone convertitus*. Este texto es mio; te lo digo por si sabes algo de latin.

VIII.

El viajero habia ido poco á poco recobrando el conocimiento, mientras desembuchaba Zacarías su elocuente oracion, y no hacia sino mirarle de hito en hito tan fijamente como si quisiera penetrar en su alma.

Sus ojos, aunque en un principio apenas ofrecian nada que pudiese llamar la atencion, á poco que se fijaron en él fueron por grados tomando tal expresion,

y despedían una mirada tan intensa, tan penetrante, que el mismo Zacarías no pudo sufrirla, bajó los suyos más de una vez, y aun estuvo á pique de interrumpirse.

—Buen hombre, honrado capitán de esta tropa, contestó el anciano, yo os juro por el Dios de Abraham que estoy inocente del crimen de hechicería que me suponeis, y pronto á haceros ver vuestro engaño. Tú, que pareces hombre entendido...

Zacarías creció un palmo con la lisonja, y el judío, como si no lo echára de ver, prosiguió diciendo:

—Tú, que sin duda eres hombre de letras, ilustre alumno de la...

—Basta, basta, interrumpió con voz muy sumisa, el hipócrita Zacarías; yo solo soy un indigno siervo de Dios.

—No hay duda; también como vos decís, continuó el judío, que iba cobrando más ánimo á medida que observaba el efecto que producía la adulación en el espíritu del bandido. Dadme, si me permitís, esa maldita bola que tanto os ha alborotado, y vereis que no tiene dentro más que una pulga, sino que os parece animal disforme á causa del cristal en que está metida. Desatadme los brazos, que por el Dios que adoramos todos, y que bendijo la tribu de Benjamin, es demasiado cruel tratarme así, cuando yo soy de mio pacífico, y me veis viejo, con todos los achaques de la edad encima, y no puedo medir mis fuerzas con hombres como vosotros. Tened compasión de mí y de mis fieles criados; ved que estoy lleno de sangre de los

pinchazos y golpes que me habeis dado. Y si no teneis lástima de mis canas, si sois padres, si teneis una mujer á quien ameis, no seais tan crueles que querais que la mia tenga que rasgar sus vestiduras, y maltratarse, y llorar, y echar ceniza sobre su frente. Soltadme, por Dios; dadme acá ese cristal. Mirad: si poneis un dedo de los vuestros á un lado, y mirais por el otro, vereis tambien que os parecerá mucho más grande. Vos, que sois hombre entendido, debeis saber que son secretos de la ciencia...

—A judío hueles, que no lo puedes negar, perro, dijo el bizco luego que hubo acabado; al momento se os conoce como á la zorra por el rabo.

—Sí, soy judío, respondió el anciano, ya no lo niego; esa fué la religion de mis padres; pero vosotros sois cristianos, y hay una máxima en el Evangelio que dice: *parce inimicis tuis*.

—Es verdad que la hay, es verdad, replicó Zacarías sollozando: ¡ah! no me hables del Evangelio; yo lo sabia de memoria, sino que ya se me ha olvidado, Este hombre me hace llorar. ¡Dios mio, perdonadle! *parce nobis Domine*. Pero es menester quemarlo.

—Voto á Deu, gritó el catalan, venirse ahora con que es una pulga un animal como ese; y á quien se lo viene á decir, á nosotros que estamos comidos de ellas, y hartos de retorcerlas.

—Has dicho bien, hermano Urgél, contestó Zacarías. Y tú, varon ilustre, has hablado muy mal, pues que quieres hacernos creer que hay pulgas de esas, y

aun si hubieras dicho otro animal, pase; pero Dios justamente por su infinita bondad nos tiene aqui plagados de esa clase de bichos y de otros varios.

—Pardiez que aqui he topado con una sobre este muslo, dijo el bizco restregando el dedo pulgar contra el índice, entre cuyas yemas llevaba sujeta su prisionera. No hay sino compararla, y siempre que esta pulga y el bicho ese se parezcan en algo, yo me dejo quemar en vez de ese embustero judío.

—Dádmela acá, replicó el viajero, desatadme las manos, y vereis como la meto dentro del cristal y os parece como la otra.

—*Vade retro; horrible visu*, exclamaba Zacarías; hasta ahí podia llegar la astucia del diablo.

—Eso y mucho mas he visto yo hacer, añadió el tio Tinieblas meneando la cabeza con intencion.

—Al foc, al foc, gritó el catalan; lo rest es gastar tiempo.

—No, amados hijos míos; es preciso convertirle primero, replicó Zacarías, *nec diabolus...* por ahí le anda. ¿Tratas tú de convertirte, ó no, buen hombre?

—Sí, yo me convertiré; decidme lo que querais que haga, respondió el judío, que queria ganar tiempo.

—Loado sea Dios, que alumbra el alma del impio como tú, *ánima impiorum*. Varias conversiones he hecho yo en mi vida, y en todas ha tenido mas parte el espíritu del convertido que mi elocuencia, y eso que me he valido hasta de dar tormento para convencer. *Idest ossa ejus perfringam.*

—Yo, dijo el judío mirándole atentamente, confío mucho en vos; soy hombre rico, almojarife del rey de Aragon, y os he tomado aficion desde que os vi, tanto por vuestra inteligencia y erudicion quanto por vuestra caridad infinita, y quisiera conferenciar con vos particularmente acerca de los misterios de la religion etc., puesto que estoy muy decidido á convertirme pronto.

—Bendita sea la providencia divina, que al fin salvará al pecador, exclamó Zacarías: vas á morir quemado lo mismo que antes, pero ¡qué importa! ¡Ah! echar ahí leña, y atizar eso, prosiguió con entusiasmo. ¡Qué importa! continuó Zacarías: es una obra de caridad, porque tu alma irá asi blanca como la de un ángel. Bien puedes agradecérmelo, que asi mueres en gracia de Dios. Esto sí que se llama hacer una obra de misericordia.

IX.

El judío torció el gesto, poco gustoso con la caridad de aquel bendito varon, que acababa todos sus discursos con que era preciso quemarle.

Con todo, no queriendo abandonar el campo sin poner en uso cuantos ingenios le sugiriese su imaginacion, pensó que quizá la esperanza de lo que podia ganar con salvarle, hiciese cambiar de ánimo á Zacarías.

Era el judío quizá uno de los hombres mas sábios

de su siglo, y tenia entre otras la cualidad de conocer á la primera ojeada el alma de aquel á quien se detuviera á observar, formando sus juicios con tanto tino y tan buen acierto que muy rara vez se equivocaba en ellos, y pudiendo disputárselas al mas afamado fisonomista de nuestros dias, aun sin escluir de la cuenta al mismo Lavateur en persona.

Habia, pues, observado á Zacarías, y al través de la máscara hipócrita con que se cubria este bandido habia logrado penetrar su corazon.

Parecióle que era aun mas avaro que religioso, y viendo que era el que allí llevaba la voz, intentó persuadirle á él solo, haciéndole grandes promesas, muy seguro de salir libre y aun agasajado por todos si llegaba á merecer su beneplácito.

—¡Oh, hombre piadoso, le dijo con esta intencion, si tú supieras cuánto agradezco tu compasion! Justo es, no hay duda, y muy cristiano, querer que se salve el alma del pecador; pero yo tengo algunas dudas sobre ciertos puntos de mera doctrina, y desearia que hablásemos los dos aparte de esta materia. Tú mejor que nadie, sacratisimo varon, respetable como Moisés en el desierto, sabes mejor que nadie cuán útil es la soledad y la meditacion en asuntos tan graves, y así yo desearia ¿qué digo? yo te suplico humildemente que mandes apartar á estos que tú llamas hermanos tuyos, y que son tan intrépidos por lo ménos como los siete Macabeos. Quizá yo encuentre medios de manifestarte mi eterno agradecimiento.

Era Zacarías harto ladino y truan para no conocer el blanco á donde disparaba sus tiros aquel descreído hebreo; pero no queriendo desperdiciar aquella ocasion de echar la soguilla á la vaquilla, como se suele decir, sin darse por entendido mandó á los otros que se alejasen bajo pretesto de su conversion, diciendo que ya que iba á morir, justo era se le concediese tan pequeña gracia como la de hablar con él un momento.

Sin embargo, y para no perder tiempo, encargó al tio Tinieblas la conversion de los otros tres, pero sin hacerles daño alguno hasta que él no estuviese presente, pues no queria dejar de presenciar un auto de fé de tanta pompa como el que se preparaba.

X.

Quedáronse entonces solos el judío y Zacarías, mirándose uno á otro como dos tigres que se temen y dudan quién empezará la quimera, cada uno maquinando lo que debia decir, puesto que el judío era el que más ocupado de esto se hallaba.

—Os he llamado á solas, le dijo, respetabilísimo varon, porque me ha parecido que así nos podemos entender mejor. Yo quisiera..... á la verdad..... prosiguió interrumpiéndose, viendo que Zacarías estaba tan embebecido en sus rezos que era imposible que le escuchase. Ya veis..... morir quemado no es cosa que puede gustar á nadie. Yo soy rico, muy rico.

Zacarías le miró de reojo y continuó con sus oraciones.

—Sí, prosiguió el judío, que no había dejado caer en saco roto la mirada del convertidor. Sí, sin duda, lo que es doce y aun quince mil bezantes bien podia yo dar por mi vida.

—¡Quince mil bezantes! Rico sois.

Padre nuestro, prosiguió Zacarías entre dientes.

—Aquí mismo podria yo hallar quien me prestara por lo ménos la mitad de esa cantidad.

—La mitad ¡eh! ¡jem! respondió Zacarías como si tuviese carraspera. Hijo mio, no perdais tiempo, mirad que es preciso que os encomendeis á Dios, porqu e vais á morir quemado.

Dios te Salve María, continuó, bajando la voz.

—Mi vida, prosiguió el judío, no la perderia yo por tan poco precio si entrásemos en tratos; por otra parte, ¿qué fruto sacarias de quemarme? Un hombre como tú.....

—¿Por quién me tomas tú, vil judío? repuso Zacarías irritado. ¡Ave María! sufrir yo un insulto semejante, entrar yo en tratos con este Jeroboan *Jeroboanis Rex*, como dice el texto: ¡con que quince mil bezantes!

Santa María, *ora pro nobis*, murmuró de nuevo continuando su rezo.

—Quince mil y aun algo más, prosiguió el judío sin alterarse, en moneda de oro de buena ley.

—*Sed ne nos inducas in tentatione*, profirió Zacarías

alzando un poco la voz: ¡oh amalecita desvirtuado! ¡mal aconsejado hebreo! ¿en monedas de oro? *Sed libera nos á malo*. No, no hay remedio, dime que estás convertido y te hago quemar, que de todas maneras mueres. *Gracia plena*.

—Pero vos no me escuchais sin duda cuando decís eso, replicó el judío.

—¿Cómo que no? respondió el moralista: he oído todo cuanto has dicho, y te confesaré que algunas de tus palabras me han parecido dignas de un hombre contrito. Mira, yo no te quiero mal, te he pinchado antes y voy á hacerte quemar, no tengas duda. *Tu est in conciliabulo demoniorum*, y es el latin más corriente que he dicho en todo el dia de hoy. Quiero decir, tú eres brujo, y además tú mismo lo has dicho, estás circuncidado. *Circuncidatus fuisti*, por lo cual, y por los crímenes que has referido, mereces la muerte. ¡Cómo ha de ser! ¿Estás ya arrepentido? Con todo, has de saber que yo no soy hombre de usuras ni de contratos, sino un humilde gusano, como debo ser, que no soy avaro..... ni..... ¡qué! el dinero para mí es lo mismo que si fuese tierra. ¿Con cuánto digiste que podías contar? ¿Con quince mil bezantes?

—Ciertamente, respondió el judío.

—Y aun con algo más me parece que digiste después; yo, como estaba entregado á mis oraciones, quizá no oí bien.

—No, nada de eso; oíste perfectamente, replicó el judío.

—¿Sí? ¿Con que algo más? Bueno. Pues no hay más remedio que quemarte.

—Por el templo de Salomon, exclamó el judío, que no tienes piedad de mí.

—Hombre, yo bien quisiera, respondió Zacarías, pero nuestro capitan el Velludo es.....

—¿El Velludo? preguntó con alegría Abraham (que así se llamaba el judío): ¡oh! si tu capitan estuviera aquí, estaba yo seguro de que nada me sucediese; ¿dónde está? dejad que yo le vea.....

—Te engañas mucho, si crees que le habias de seducir con dinero: *¡oh! pectora cacal!* que creo dijo Séneca hablando de un caso semejante que le sucedió con un moro. ¡Bendito sea Dios! añadió cruzando las manos: nuestro capitan tiene un corazón de acero, y con nada se le enternece. ¿Y tú darías quince mil bezantes por tí?

—Y la mitad más por mis criados, añadió el judío.

—En caso que yo te salvase la vida, continuó Zacarías, ¿no es eso?

—Sin duda, veo que me entiendes.

—¿Y qué seguridad darías de que habias de cumplir tu palabra?

—Una carta mia para uno de mi tribu en Olmedo, que os daría la mitad ahora y la otra mitad despues cuando me dejáseis seguir mi camino.

—Voto á Deu, maestro, gritó el catalan, ¿qué fá, que está tanto tiempo?

—¿Pues no tarda poco en convertirse? añadió el biz-

co. No fué más larga la conversion del rey de Roma que convirtió San Marco.

—¡Ea! aquí no nos importa un bledo que se condene ó que no, gritó otro.

—¡Al fuego! ¡al fuego con él!

—Que se consume la hoguera.

—Ya lo oyes, le dijo Zacarías; con todo, así Dios me salve como quisiera salvarte: tus últimos lamentos han llegado á mi corazon.

Basta ya, tiempo le queda en el camino para convertirse, gritaron todos.

Y echándose sobre el miserable judio, le arrebataron en volandas á despecho de sus súplicas, y las voces de Zacarías, que les rogaba le dejasen solo un momento con él para acabarle de imbuir su doctrina, pues le llevaba ya muy adelantado. Nada pudo calmar la irritacion de aquella desenfrenada tropa.

XI.

El pobre Abraham gritaba, lloraba y se arrancaba mechones enteros de sus barbas, sin que nada les conmoviese.

La misma voz de Zacarías fué desoída, y sin duda hubiese sido el pobre hebreo víctima de la ferocidad de aquellos salvajes si el capitan en aquel momento no hubiese llegado allí seguido de su fiel Sagaz.

Pararon todos, al punto que le vieron, en su alga-

zara, tal era el miedo que le tenían, pero sin soltar por eso al desventurado hebreo, á quien quemarian al cabo, de todas maneras, no siendo de suponer que el capitan le perdonara la vida cuando supiese sus crímenes y examinase por sí mismo el espantoso animal, causa y origen de aquel motin.

—¡Por la Virgen de Covadonga! ¡Vive Dios, exclamó el capitan, que vais á poner fuego al bosque! ¿A qué viene esta hoguera? Pues voto á Judas, que se achicharra uno con el calor que hace por esos campos, ¡y estais vosotros encendiendo lumbre! ¿Quiénes son esos hombres que teneis ahí atados, tienen tercianas, ó á qué diablos los arrimais ahí al fuego?

—Mi capitan, respondió Tinieblas, son judíos, y no valen la pena siquiera de que pensemos en ellos.

—¿Y esas armas que están rodando por el suelo, y esas cajas abiertas, qué significan? preguntó el Velludo.

—¡Señor Velludo! ¡señor capitan! ¡Favor! ¡favor! oidme una palabra no más. ¡Favor! clamó al mismo tiempo el hebreo con un eco de voz tan lastimoso, que no pudieron menos todos de conmoverse.

—¿Qué es eso, buen hombre? preguntó el capitan acercándose á él. Por todos los santos juntos apagad ese fuego pronto, ó nos vamos todos á derretir. Buen hombre, parece que os habeis quedado gafo: ¿qué armas son esas?

—Dejadme que os diga una palabra al oido, una palabra no más, contestó el judío.

—Pues bien, decidla, respondió el capitan.

—Haced que me desaten primero, tened compasion de mí; pero no, sabed... inclinaos algo más...

—Soltadle, por la Virgen de Covadonga, que estais ahí cuatro hombres para sujetar á un viejo. Acércate acá, pobre diablo. ¿Qué tienes tú que decirme?

El judío, viéndose libre de manos de sus opresores, se llegó á él, y en hablándole muy quedito, el rostro del capitan pareció tomar un aspecto cuidadoso, como si lo que le decia le causase mucho interés.

—¿Aragon? dijo el judío.

—Y Castilla, contestó el capitan.

—Esa es la seña, repuso Abrahan.

—Ea, muchachos, desatad á esos infelices pronto, gritó el Velludo volviéndose hácia su gente, y cuidado con que se les devuelva cuanto se les ha quitado, no sea que tenga yo que registrar á alguno: vamos, ¿en qué estais pensando?

—Señor Velludo! señor capitan! favor! favor!

XII.

No pudieron ménos los bandidos de espantarse de la orden de su capitan, viendo que no solo no se contentaba con aguardarles la fiesta, sino que tambien queria privarles de lo que habian legalmente adquirido.

Un rumor sordo se esparció por toda la asamblea, y todos empezaron á murmurar contra él, unos con otros refunfuñando, bien que en voz baja, no atreviéndose á mostrar á las claras su descontento. La voz, empero, subia ya de punto, el descontento se manifes-

taba á las claras por los mas atrevidos, y el Velludo empezaba á encolerizarse.

—Voto al Santo más alto, dijo poniendo mano á su hacha, canallas, que el primero que chiste le arranque yo mismo la lengua. Pronto á hacer lo que os he mandado, y cuidado con que lo repita segunda vez.

—Señor, repuso el judío, yo doy todo por bien perdido con tal de haberos hallado tan á tiempo, y les hago don de cuanto han tomado con solo que me devuelvan mi caja de boj con los enseres que tenia dentro y mis libros, que es lo que más aprecio en el mundo.

—Considerad, dijo Zacarías acercándose al oido al Velludo, que es un hebreo muy rico; y que es mágico. Dios no permita que yo contradiga vuestra voluntad, pero no sería malo que... A mí ya me prometia quince mil bezantes: hablo para los muchachos.

—No necesito de consejos de nadie, le respondió el Velludo con un bufido. Perros, prosiguió con voz de trueno dirigiéndose á los demás, á hacer lo que he dicho: aquí nadie manda más que yo.

—Tambien es bueno, dijo el bizco, que no hemos de hacer una presa que valga algo... Pues si todos fueran de mi parecer, por Santiago que habiamos de cambiar de capitan y...

No lo dijo tan bajo que no le oyera el Velludo, y alzando el hacha á dos manos iba ya á descargársela encima y á rebauarle sin duda en dos, cuando al llegar cerca de él, viéndole que se atrevia á ponerse en

defensa con su alfange, y considerándole quizá indigno de emplear en él su terrible arma; bajó el hacha, y tomándola en la mano izquierda, con la derecha le asió del pescuezo, con tanta fuerza, que no le dejaba gañir, y levantándolo en alto como quién alza una paja, le arrojó de sí con tal fuerza, que el pobre diablo cayó despatarrado en el suelo, á más de una vara de distancia, sin movimiento.

— Cuando llegaron á ver qué tenia, la sangre le salia á caños por ojos y narices medio reventado del golpe.

Callaron todos maravillados, mirándose unos á otros, asombrados de la prodigiosa fuerza de su capitán, mientras él, con la misma sangre fria y serenidad que si acabase de beber un vaso de agua, volvió á intimar sus órdenes con mucha calma. Apresuráronse todos á poner al pié de un árbol cuanto habian quitado al judío, y no fué el último Zacarías, que presentó la caja de boj, puesto que la bola de cristal no se pudo encontrar de ningun modo habiendo sido echada al fuego, tal vez con la sana intencion de quemar al diablo, si era posible, en aquella pulga.

— Ahí está la dichosa caja, dijo Zacarías al tiempo de devolverla. No quiera Dios que yo me haya inficionado con tocarla. Yo os protesto que cuanto hay en ella es cosa de brujería.

— Más brujería y más infamia, replicó el Velludo con indignación, es hacer una criba del cuerpo de un hombre que no os ha hecho mal ni tiene manos para defenderse.

Zacarías le echó una de aquellas miradas á él peculiares, que el Velludo no echó de ver, y se retiró á un lado sin responder haciendo que rezaba, pero es creíble más bien que se las jurara en secreto.

XIII.

El judío, entre tanto, no quiso tomar de sus efectos sino lo más necesario, temeroso tal vez de que aquella desalmada gente le acometiera de nuevo sin respeto á las órdenes del capitán, y le saliese peor la cuenta.

Miró sus papeles y libros muy detenidamente, y hallando algunas hojas rotas, no pudo ménos de suspirar, sobre todo cuando vió que le faltaba el cristal de aumento y que le habian descompuesto la péndola.

Por último, y despues de haber cargado la mula con los cajones, dadas las gracias al Velludo y despedidose de la compañía, que le prodigó cuantos dictorios pueden imaginarse, echaron á andar acompañados del capitán, que parecia tener mucha familiaridad y confianza con D. Abraham.

... que el Vellido no echó de ver, y se volvió á un lado sin responder haciendo que rezaba, pero es cierto que más bien que se las jurara en secreto.

XIII

Capítulo XXI.

El judío, entre tanto, no hizo caso de sus efectos sino lo más necesario, temeroso tal vez de que aquella desalmada curase la enfermedad de nuevo sin respeto á las órdenes que se le daban. Miró sus heridas, y dijo: Con el bálsamo curóse á sí mismo las heridas; de esta manera hablando facian más corta la vía.

(Anónimo).

La alegría del león que fuera de su jaula se vé libre de pronto, corre el llano, traspasa el monte y atraviesa el bosque, asombrado él mismo de no hallar pared ninguna que detenga su voluntad, que ora mira al cielo, ora ruge, sacude su melena, corre, pára y se estremece de júbilo, no es más viva que la del sábio judío al verse libre de aquella horda de caribes que intentaba devorarle, y él en su corazon, no pudo menos de compararla con la que sentirian los israelitas cuando tragó el mar rojo los ejércitos de Faraon.

—El Dios de Jacob no abandona nunca á sus elegidos, dijo despues de un rato de profunda meditacion.

—Bien puedes dar gracias á Dios, respondió el Ve-

ludo, que si no llevo á tan buena hora te tuestan como á un cochinillo.

—Sí, amigo mio, respondió Abrahan; veo que tienes á tus órdenes soldados más feroces que los del impío Nemrot; pero tú eres justo y generoso, y quisiera pagarte con algo el servicio que acabas de hacerme.

—Judío, replicó el capitán, yo conozco tu buena voluntad y te lo agradezco, pero he jurado no tomar premio de nadie sin haberlo merecido; lo que he hecho por tí no ha sido arriesgado, y ya sabes además que me iba á mí poco en que te quemaran ó no.

—Sí, es cierto, respondió el judío; pero vosotros los cristianos no haceis nada por nada, y cuando encontráis algun israelita que desollar, pareceis perros hambrientos en la codicia que teneis de arrancarle cada uno un pedazo. Con todo, tú te has portado hoy con piedad, y has salvado la vida del despreciado judío.

—A mí, repuso el Velludo mirándole con desprecio, me basta mi espada para vivir holgadamente, y no tengo que andar con brujerías, trampas y engaños para llenar mis arcas como tú y tu raza; cuanto más que yo no soy amigo de despojar al rendido.

Dicho esto cesó la conversacion, y largo rato caminaron sin hablar palabra, el Velludo con ademan pensativo, y el viejo hebreo dando tal vez algunas órdenes á sus criados en un idioma desconocido para el capitán, mientras el mozo de espuela, que había vuelto á desempeñar su empleo, llevaba la mula de carga del diestro y divertía su camino con sus canciones.

—¿Queda mucho aún para el castillo del señor de Iscar? preguntó el judío al cabo de algun tiempo.

—Como cosa de un cuarto de legua, respondió el capitán.

—Creo que ha de ser pobre ese castellano, dijo Abrahan con indiferencia, y que sus vasallos se reducen á solo la guarnicion de la fortaleza.

—Así es, replicó el Velludo; pero aunque él ni yo no nos queremos mucho, debo decirte que es un caballero como hay pocos, y que su tropa está compuesta de veteranos de nombrada.

—El de Cuellar tengo entendido que se las puede disputar al rey en poder, ¿no es así? preguntó el judío.

—Venís bien enterado sin duda para venir de tan lejos; es hombre que puede dar al rey mil lanzas como un hombre solo.

Calló de nuevo el judío, que no parecia poner el mayor interés en la conversacion, y el capitán, que no era hombre de muchos recursos para sostenerla, calló asimismo, y anduvieron algunos minutos sin otro ruido que el canto del guía y las palabras que usaba de cuando en cuando para arrear las caballerías.

II.

—Serian entonces las dos de la tarde, y el calor era irresistible.

El hebreo, que hasta entonces en el exceso de su alegría no habia cuidado de sus heridas, empezó á

sentir tales dolores en sus espaldas que no pudo menos de tirar del freno á la mula y pararse para echar pié á tierra.

Su voz detuvo á su comitiva, que caminaba delante, y volviendo todos la cabeza á ver qué les queria, le vieron cambiado enteramente el color, casi exánime, y sin tener fuerza apenas para apearse.

El Velludo, que iba á su lado, le ayudó á desmontarse tomándole entre sus brazos, y le condujo al pié de un árbol que hacia alguna sombra allí á un lado, con la misma soltura y facilidad que si fuese un niño chiquito.

Los demas echaron pié á tierra, y entregando al mozo de mulas las caballerías, se sentaron á su alrededor.

—Benjamin, amigo mio, dijo el hebreo con voz muy debilitada y flaca dirigiéndose á uno de sus criados, tráeme esa calabaza que va colgada del arzon de la silla, en que llevo cierto licor precioso que me fortificará y dará aliento para seguir el camino.

El criado se levantó para obedecerle, y habiéndole traído la calabaza, el judío bebió un trago y pareció recobrase.

—Es mucho hombre mi buen Zacarias, exclamó el capitán mirando la espalda desnuda del judío, que se quitó en seguida su gabardina. Por la Virgen de Covadonga, que solo ese maldito hipócrita tiene alma bastante para cometer semejante infamia. Si siquiera te hubieran matado de un golpe, pase; eso lo haria

cualquiera; pero agujerearte de esa manera, vcto á Santiago que no me se hubiera ocurrido nunca.

En efecto, la espalda del judío estaba listada de la sangre que habia corrido de cuatro ó cinco pinchazos que en diferentes partes tenia.

Ninguno era mas hondo de medio dedo, pero la sangre se habia amontonado y coagulado allí, y los labios que habia abierto el cuchillo estaban ya negros, al mismo tiempo que la parte sana habia tomado un color cárdeno como el de un lirio.

Todos los criados del judío hicieron grandes pasmos al ver á su amo tan maltratado, mientras éste, ya mas repuesto, con estóica imperturbabilidad no daba siquiera un quejido, no obstante los agudos dolores que le affigian.

—Lavadme esas heridas con este mismo licor, les dijo alargándoles la calabaza. Lo que habiéndose ejecutado, hizo algunas hilas de su camisa, y mojándolas en el bálsamo mandó que las entrasen en los agujeros.

Hecho esto, volvió á vestirse con mucho sosiego, dejando admirado al Velludo de su serenidad y manera de curarse que habia tenido, y montando otra vez cada uno en su mula prosiguieron su camino en silencio.

III.

El primero que le rompió fué otra vez el judío.

—Calor hace, amigo Velludo, pero tú ya estarás

acostumbrado: ¿hace muchos años que andas en este pais?

—De aquí á un mes, para el dia de la Virgen de setiembre, hará ocho años, respondió el capitán.

—Mucha fama tienes en todos estos contornos, añadió el judío, y siento á la verdad que sea... Abrahan se detuvo al llegar aqui, como si temiera desagradar al Velludo finalizando su frase; pero éste, mirándole con cierta sonrisa desdeñosa.

—Acaba, dijo: ¿sientes que sea de un capitán de bandidos, no es esto?

No pudo menos el judío de estremecerse del tono irónico del Velludo, que habia entendido tan perfectamente lo que dejó por decirle, y aquel prosiguió diciendo:

—Si tú, mal hebreo, mirases los hombres por lo que hacen, y no por lo que de ellos se cuenta, cualquiera mala opinion de mí que te hubieran hecho concebir por ahí, debias haberla mudado al ver mi comportamiento.

—Yo te juro y protesto, respondió Abrahan, que no he querido decir lo que tú has supuesto.

—Basta de eso, repuso el Velludo con aspereza; á vosotros los judíos os sucede lo que á las mujeres, que no teneis mas que lengua y no podeis ofender. Abrahan cambió la conversacion y continuó:

—He oido decir que ha habido época en que has tenido á tus órdenes mil quinientos, y aun dos mil hombres.

—Así es, repuso el Velludo; pero no todos los tiempos son unos.

—Eso habrá sido cuando las revueltas del rey don Sancho contra su padre. ¿Te decidiste tú por algún partido?

—Por los dos y contra los dos muchas veces, conforme me convenia.

—Ahora, prosiguió el hebreo pregunton, no podrias poner tanta gente sobre las armas.

—¡Oh! y más: lo que me falta es dinero para mantenerla; pero dejar que se dé el grito por los Lacer...

—¡Chis! interrumpió el judío poniendo el índice de su derecha en sus labios, indicándole que callase. Tras de una piedra se suele esconder un hombre; y volvió á un lado y á otro la cabeza como receloso. El señor de Cuellar creo que es muy temido en estos contornos, continuó preguntando.

—Será temido de quien le tema, respondió el Velludo con altivez.

—Ya; pero si aquí... supongamos, lo que sin duda está lejos de suceder, si aquí se sublevara algún pueblo, ó más, él solo con su gente bastaria quizá á sofocar la insurreccion. ¿No es cierto?

—Lo que él habia de cuidar seria de no perecer en su intento si tal trataba, respondió el capitan, y más si andaba en la danza quien yo me sé.

—¿Y por qué?

—Porqué sí, repuso el Velludo; porque si tú tienes tus secretos, tambien yo tengo los míos, y ahora

adios, que ya aquí nada teneis que temer, y yo me vuelvo con mi partida.

—Lado sea el Dios de nuestros padres, que al fin de tantos peligros nos ha traído á puerto de salvacion, dijo el judío á tiempo que llegaron al pié del cerro sobre que está fundado el castillo de Iscar. Buen hombre, continuó dirigiéndose al capitán, no te vayas, que no se ha de decir que te apartaste de mí sin darte siquiera una pequeña prueba de mi agradecimiento. Toma esta caja, añadió, alargándole una muy pequeña de madera, llena de un unguento aromático, ahí tienes lo que no se compra con todo el oro de Salomon. Si alguna vez te hieren, por peligrosa que sea la herida, no dudes que al momento se cerrará con solo que apliques un poco de esa composicion milagrosa.

—Hombre habria, respondió el Velludo, que seria más escrupuloso que yo en aceptar tu regalo, y que daria por cierto que habia en él algo de magia, lo que yo ni dudo, ni creo. Pero á mi me parece que me lo das de buena gana, y no debo desconfiar de tí.

—Yo te juro que todas las coronas de los monarcas del mundo, no pagan las virtudes que encierra ese unguento. Es una de las bendiciones que Dios se sirvió echar sobre su pueblo.

Diciendo así, tornaron á despedirse; el Velludo se guardó su caja en el gorro, y alejándose de ellos, se perdió al momento de vista, entre tanto que los viajeros, despues de haber respondido á la señal del castillo, empezaron á subir la eminencia.

IV.

El centinela que les dió la voz de alto, comunicó á Nuño la respuesta del judío, diciéndole que era un médico extrajero que pedia permiso para hospedarse hasta que refrescase la tarde, y pudiese seguir con más comodidad su camino.

—Ese será algun charlatan, dijo el cantor, que acertó á estar por allí, y que vendrá ahora á echarla de médico.

Basta que el poeta dijese que era un charlatan para que Nuño sostuviese lo contrario.

—¿Y de dónde sacas que ha de ser un charlatan? replicó lleno de enfado. No sabeis más que poner faltas. Pues yo estoy seguro que te equivocas, y apostaré ciento contra uno á que es un excelente médico.

—Tan sábio como tú ¡ja! ¡ja! respondió el cantor soltando una carcajada.

—No, será un burro; basta que tú lo digas, respondió Nuño con cólera. El demonio del mentecato; ¿pues no se le ha metido en la cabeza que ha de entender de todo?

—No se puede hablar contigo, respondió el poeta, sin reirse de tus necedades.

—Ni contigo, repuso Nuño, sin rabiarse. Bajad el puente levadizo y que entre, prosiguió dirigiéndose al centinela, y veremos si es ó nó tan buen médico como me pienso.

—Mira, lo que te encargo es que esperimenteres su ciencia en otro primero que en D. Hernando, dijo el poeta, no sea que....

—Haré lo que me dé gana, replicó Nuño.

Con esto, y habiéndole obedecido la tropa, el judío, sus criados y caballerías entraron en el castillo, con grande asombro del cantor, que al ver la desenvuelta frente y aspecto pensativo de D. Abrahan, no pudo ménos de temer verse chasqueado en su contienda con Nuño, de lo que éste en adelante no dejaría de aprovecharse para zaherirle.

Capítulo XXII.

É llegado al puerto de Alejandría,
el físico astrólogo en ella salia,
é á mi fué llegado cortés con amor.
(*El lib. del Tesoro de Alon. X.*)

I.

El judío subió á un salon del castillo acompañado de Nuño, adonde á poco rato le sirvieron algunos refrescos y varios manjares que satisficieron su apetito y apagaron su sed.

Hecho esto, pidió ver al señor de la fortaleza, de cuya enfermedad le habia informado ya Nuño mientras comia, dando rienda suelta á su deseo de hablar en la detenida pintura que le hizo del estado peligroso de D. Hernando.

El judío le habia escuchado en silencio, y luego que hubo acabado Nuño, salieron del cuarto y se encaminaron á la habitacion del herido.

Acababa este de salir de uno de aquellos delirios que le sacaban fuera de sí, y estaba entonces con bastante

razon para responder acorde y tomar parte en cualquiera conversacion, por lo que el sabio hebreo se acercó sin temor á su cama, y despues de las generales de entrada, palparle la frente y tomarle el pulso, se sentó junto á él á la cabecera.

—Tu mal, le dijo, proviene más de la agitacion en que está tu espíritu, que de ninguna indisposicion fisica, y lo primero que hay que hacer ahora es cortar la calentura, para acudir despues á los remedios que necesita tu alma.

—El remedio único es la venganza, respondió el enfermo, y no hay médico que me cure si no puede proporcionarme los medios de satisfacerla.

—Quizá te traiga yo ese remedio, replicó el judío, y tal vez tengo en mi mano el darte lo que tú más deseas.

—¿Si? repuso el señor de Iscar incorporándose en el lecho; pues devuélveme el honor, y haz que lave el borron que sobre mí tengo con la sangre de mi enemigo.

—Sosiegate, y no pienses por ahora en eso, respondió el médico; primero es curarte, y despues veremos lo que hemos de hacer.

Y habiéndole traído uno de los criados una copa con agua, sacó de un bolsillo de su gabardina un pomito de barro oloroso que destapó, y que echó en la copa dos ó tres gotas de algun elixir que contenia, hecho lo cual lo revolvió algunos minutos con una pluma, y se lo dió á beber al enfermo.

Mandó en seguida que le arropasen bien y cerrasen las puertas, sin dejar entrar á nadie, encargando sobre todo que no se metiese ruido por allí cerca, pues el herido iba á hacer un sueño, que si no era interrumpido, le daría la salud.

II.

Obedecieron todos sus órdenes, y salieron cuantos allí estaban menos Nuño, que se encargó de velar á su amo por si despertaba ó necesitaba de alguna cosa.

Pasáronse así cuatro horas, que D. Hernando durmió de un tiron, y cuando Nuño salió á avisar á don Abraham que viniese, halló al enfermo fuera de todo peligro, recobradas en parte las fuerzas, y deseando saltar de la cama.

—Voto á Luzbel, dijo cuando vió entrar al médico, que cura más milagrosa no se ha hecho en la vida: voy á levantarme de la cama ahora mismo, y mañana creo que ya podré montar á caballo.

—Y en seguida mandar que te abran la sepultura, respondió con mucha calma el judío: si tal hicieras creeria que lo habias hecho por quitar la fama al médico, y que eras hombre desagradecido.

—¿Con que todavía tengo que estarme aquí un mes? ¡Cuerpo de Cristo, que más quisiera en ese caso haberme muerto y estar ya comido de los gusanos!

—Sosíégate, repuso Abrahan, que pronto te has de alegrar de estar vivo más de lo que tú crees.

—¿Y mi hermana? ¿y el ladrón de Saldaña? ¿y mi venganza? ¿Qué medios son, judío, esos que me prometiste para vengarme de mi enemigo?

—Ya veo, replicó Abrahan, que tu enfermedad ha degenerado en locura, y en ese caso es inútil hablarte de la comision que me ha traído á tu castillo.

—¿Una comision? preguntó el señor de Iscar con estrañeza: ¿una comision? tú, un médico, ¿para mí? ¿Tal vez de Aragon? acaso... pero no, el que yo esperaba no es médico.

—Hay muchos que son mas de lo que parecen, replicó el judío, y otros que parecen lo que no son. Con todo, lo esencial ahora es que recobres tu juicio, y hallarás tal vez en mí al que aguardabas.

—¿Eres tú el judío D. Abrahan, mensagero del rey de Francia y del de Aragon, y á quien me dijeron habian encargado que se avistase conmigo?

—Ciertamente, el mismo, respondió el judío, y aqui tienes, añadió alargándole unos pergaminos que traía enrollados en la mano izquierda, los títulos de mi embajada.

—No, te excusas de dármelos, replicó el caballero, porque no sé leer, y además te creo como si lo leyera.

El judío le echó una mirada entreverada de desprecio y lástima, como apiadado de su ignorancia.

—Así es, le dijo; vosotros los caballeros cristianos desdeñais cultivar la parte mas noble, y en que mas

semejanza tiene el hombre con la divinidad; y os ejercitais en juegos de fuerza, y en los demas officios en que mas relaciones tiene con los animales.

—Palabras son esas, respondió el caballero mirándole, que si no las hubiese dicho mi médico y mi aliado, le habia de haber costado á otro cualquiera una hinchazon de pescuezo; pero las has dicho tú y te perdono, además, por lo poco entendidos que sois los judíos en lo que nosotros llamamos honra.

Dicho esto, Abrahan sin responder palabra empezó á leer traduciendo del latin los encargos principales de su comision, que reducidos y compendiados venian á ser los siguientes: «Primero, verse con los conocidos por enemigos de Sancho el Bravo: segundo, hablarles de los Lacerdas, hijos del príncipe D. Fernando, y obligarles á tomar las armas en su favor contra don Sancho, á quien se debía destronar, proclamando por su rey al mayor de los dos hermanos, sin duda por aquello de que no nos ha de faltar nunca rey que nos mande ni papa que nos descomulgue; y tercero y último, encomendar el mando de las tropas leales al que eligiesen los principales caudillos, haciendo de modo que esta eleccion cayese en D. Hernando de Iscar, á quien seguramente mirarian todos como á su jefe.»

III.

Todas estas determinaciones y otras varias estaban tomadas por dos reyes al parecer en paz con D. San-

cho, puesto que su nombre no andaba como se suele decir de oficio en ninguna de ellas, y ellos podrian echar el cuerpo fuera cuando todo saliese mal, lo que hacia algo peliagudo el cargo del diplomático.

Tal era esta intriga, que prueba lo antigua que es en el mundo esa tan poderosa ciencia de la mentira, la tramoya y la desvergüenza, que ha valido tanta fama á un príncipe aleman de nuestros dias, y á otros varios manufactureros de protocolos.

Era nuestro judío uno de aquellos hombres á quien si hubiera vivido en nuestro tiempo hubiéramos honrado con el título pomposo de grande hombre, y que no habria dejado de dar que hacer últimamente, y de medirselas con el veterano Talleirand, ó por otro nombre el embrollo personificado, á haber tenido la dicha de vivir en este siglo y la sobre todas digna de envidia de ser miembro de la conferencia de Lóndres.

Sabia perfectamente la cuenta que le esperaba si su empresa probaba mal, en cuyo caso, tanto S. M. mon-sieur rey de Francia como su alteza el de Aragon le dejarian en las astas del toro, sacrificándole, si era preciso, para que no se interrumpiese en ninguna manera la buena armonía que reinaba entre estos dos monarcas y el de Castilla.

Figurábase además el astuto hebreo que su amo el de Aragon queria mejor hacer mal al de Castilla que proteger los Lacerdas, á quienes tenia encerrados en Játiva más en calidad de presos que de príncipes aliados; y así por esto, como por no exponerse, habia to-

mado sus medidas para complacer al que le enviaba, y no perder la cabeza en caso de que estallase á mala hora la proyectada conjuracion.

Muchos eran, no obstante, los partidarios, ya ocultos ya declarados, de los nietos de Alfonso el Sábio, particularmente en Castilla, donde habia de romper la revolucion, por lo cual, y las buenas tropas que podian aquellos poner en armas así como el populacho, en todos tiempos amigo de alborotos y mudanzas, que sin duda engruesaria sus filas, era dudoso á cual de los dos partidos daria razon la victoria.

Mucho tiempo habia pasado desde que comenzó esta trama, y las promesas hechas por segunda mano en nombre del rey de Aragon, ya de ayudarles á mano armada, ya de protegerles en caso de algun revés, habian producido el efecto que se deseaba, animando á los indecisos, fortaleciendo á los tímidos, y dando materia á los animosos para que inspirasen confianza á todos y extendiesen voces y noticias que tenian alborotada la gente.

Era el de Iscar, como puede suponer el lector, uno de los primeros y más intrépidos conspiradores contra D. Sancho: su valor, y sobre todo la nombradía de su padre, no solo le habian atraido á la mayor parte de los señores castellanos descontentos de Sancho el Bravo, sino tambien la atencion de los dos reyes sus protectores, que preferian entenderse mejor con él que con ningun otro, y habian comisionado para llevar el *ultimatum* al sábio judío, no quedando ya otra cosa que

hacer que enarbolar la bandera de la rebelion, y reunir al momento á los conjurados. Todos ellos estaban dispuestos y prontos para el dia que se señalase, y el punto de reunion, siendo el castillo de Iscar, la guerra debia empezarse por la toma del fuerte de Cuellar, cuyo dueño era el único enemigo temible que habia en aquellos contornos.

IV.

— Cuando Abrahan concluyó su lectura y manifestó al de Iscar los muchos recursos con que se contaba, así de dinero como de pertrechos de guerra, la ambicion y el deseo de vengarse animaron de tal modo el corazon del intrépido caballero, que la alegría le rebosaba por todo su cuerpo, sintió duplicarse sus fuerzas, y exclamó lleno de entusiasmo:

—Mañana mismo es preciso romper. Voto á tal que no esperaba yo que fuese tan pronto; pero, en fin, ya llegó el dia en que nos veamos segunda vez á caballo.

—Tranquilízate, respondió el judío, y ten más juicio y prudencia si has de encaminar tu empresa á buen fin, porque de lo contrario creeré que no vales para mandar, sino para obedecer, y se lo escribiré así á mi rey.

—Por vida del Cid, maldito judío, que si no mirara á Dios, estoy por hacer en tí un ejemplar, repuso el caballero con ira; pero...

—Cuanto vas diciendo, replicó Abrahan sin alterarse, prueba más cada vez tu inutilidad para el mando, y ya veo que tus razones desmienten la fama que te reputa de hombre capaz.

El caballero hizo un movimiento incorporándose sobre la cama como si intentara arrojarse al atrevido hebreo, pero reprimiendo su cólera lo mejor que supo; no pudo menos de avergonzarse de sus arrebatos al ver la impasibilidad del judío, cuyos penetrantes ojos, clavados en él, le hicieron bajar los suyos y cambiar de color.

—Tienes razon, Abrahan; mi carácter es muy precipitado y á veces injustamente colérico, dijo despues de un largo silencio: tú eres más apto que yo para mandar; dirige tú esta empresa, que yo seguiré tus consejos.

—La docilidad en ciertos casos equivale al talento, y en este servirá para que yo temple con la nieve de mi avanzada edad el ardor natural de la tuya. Conozco tu entusiasmo por la justa causa que defendemos, tu valor y los motivos particulares que te punzan para desear que llegue cuanto antes la hora de la venganza; pero ni tú estás en disposicion de calarte el casco, ni están todavía reunidas las fuerzas con que contamos, y no es de tan poca monta el bienestar de la patria, que así se arriesgue nuestra causa á perderse completamente y sin esperanza para el porvenir, cuando puede ser casi seguro el triunfo si tenemos paciencia por unos dias.

—¡Paciencia! exclamó mordiéndose los labios Hernando. ¡Cómo ha de ser! prosigue.

—Paciencia, sí, señor, paciencia, prosiguió el judío. En primer lugar, es preciso aguardar á que se reunan los aliados y sepamos así por nuestros mismos ojos la fuerza con que contamos, y en segundo esperar la respuesta del de Lara, que por costumbre ó por gusto, no hay año que no se rebele dos veces contra su rey, y á quien el rey de Aragon ha escrito, sabedor de sus disgustos con el de Haro, prometiéndole mil mercedes y el castillo de Albarracin si se pone de nuestra parte. Por lo demás, como nuestro primer objeto debe ser reunir mucha gente, no será malo al mismo tiempo que se trate con el Velludo.

—¡El Velludo! preguntó el de Iscar con ceño.

—Sí; el Velludo es un capitan de ladrones, prosiguió el judío sonriéndose, pero tiene mucho nombre en este país y puede poner de dos á tres mil hombres sobre las armas cuando se ofrezca. Además es valiente y...

—Por la Virgen, gritó Hernando sin poder contener su cólera, que no me habéis de semejante canalla, y juro á Dios que no me meta yo en nada y eche todo á rodar si tal bribon ha de venir á alternar conmigo. ¡Infame! que le he de ahorcar á él y á todos los demás de su cuadrilla, ó me he de borrar el nombre que tengo. ¡Abrahan, mira bien lo que dices, porque esa gente ni tiene ley ni rey, y en cuanto á valientes, el caballero de ménos ánimo es capaz de hacer

correr en campo abierto mil juntos de esa villana ralea.

—Tienes razon, replicó el judío, luego que Hernando desfogó su cólera, y sé tambien que tienes motivos muy justos para aborrecer al Velludo; sé además que cierta clase de gentes hacen más daño que provecho en cualquier partido á que pertenezcan; pero sin embargo, la mucha gente es necesaria cuando se trata de pelear, y el Velludo, aunque á la verdad sea un ladron, no deja de tener cualidades bastante raras en los de su oficio. Es valiente, sagaz, y yo tengo una prueba reciente de la bondad de su alma.

—No me hables más de ese hombre ó reñimos, repuso el señor de Iscar con ímpetu. Por vida de... ¿reunirme yo con un bandido? ¡Oh! es demasiado exigir; cuanto más, que aunque por mí no fuera, no habria un noble que no se apartase de nuestro partido en cuanto supiese que semejante canalla componia parte de nuestro número.

—Muy equivocado estás, respondió el judío sonriéndose; al contrario, ellos mismos han sido los que me han probado la necesidad que tenemos de él.

—Pues entonces digo que tales caballeros no lo son, y que no hay que contar conmigo, replicó D. Hernando con entereza.

—En ese caso, repuso el judío, quiere decir que abandonas tu propia causa y te olvidas del testamento de D. Alfonso, que dejando á sus nietos por herederos, os obliga á los grandes á sacrificar todo en defensa de sus derechos legítimos.

—No es eso, no me separo; pero quiero decir, que yo solo tomaré las armas, y me declararé contra don Sancho sin necesidad que nadie me ayude.

—¿Y tu venganza?

—¡Mi venganza! exclamó Hernando. ¡Cómo ha de ser! la tomaré yo solo, ó moriré.

El tono con que pronunció estas palabras dió á conocer al judío el carácter duro y tenaz del hombre con quien trataba; por lo que sin hacerle mas reflexiones cambió de conversacion.

—Paréceme, dijo, que dentro de quince dias á lo más tendremos reunida toda nuestra gente de guerra. Ello es preciso empezar cuanto antes, porque ó don Sancho está ya en Valladolid, ó debe llegar hoy mismo, pues creo que tiene algunas noticias de nuestra trama.

—Ya he dicho, dijo el de Iscar, que si por mí fuera saldriamos á campaña mañana mismo. Esta noche debe llegarnos algun refuerzo, y varios nobles de las cercanías con la tropa que han reclutado. D. Sancho tiene entretenida la mayor fuerza de su ejército en Andalucía, donde andan revueltos los moros, y la guarnicion del castillo de Cuellar, aunque bastante numerosa, ni es temible, ni tiene un buen jefe, á no ser que Sancho Saldaña saliese ménos herido que lo que yo creo de nuestro desafio.

—Calma en determinar y mucha expedicion y presteza en la ejecucion es lo que nos es ahora más necesario, repuso el hebreo; sobre todo, yo, es preciso que

vea esta noche á esas gentes que aguardas, y tú que descanses, y que tu espíritu se sosiegue, si has de tener parte en nuestras deliberaciones.

—Pienso que no dejaría de ser útil enviar un expreso á los otros que han de venir mañana, á fin de que apresuren su marcha.

—Estoy en ello; ¿pero tienes algun hombre de tu confianza que...

—Mi fiel Nuño, por quien pondria las manos en el fuego seguro de no quemármelas.

—Me parece un poco hablador, replicó el judío, y podria quizá charlar más de lo que seria conveniente.

—No temas por eso, respondió el caballero, que yo salgo fiador de su silencio. Tú que sabes escribir le darás por escrito los mensajes que ha de llevar á los que yo te diré que saben leer, que creo son dos ó tres, y en cuanto á los otros, él tiene buena memoria! y se los dará de palabra.

V.

El judío meneó la cabeza en señal de que convenia, y Hernando llamó á su fiel Nuño, cuya voz se percibia en otra sala, como si mantuviese alguna disputa muy acalorada con un enemigo no ménos testarudo que él.

Los gritos eran tales que hubo de llamarle su amo dos ó tres veces antes de recibir ninguna respuesta, hasta que por fin se le vió entrar todavía sudando, sin duda de lo mucho que habia gritado.

—Hay una comision que desempeñar, mi buen Nuño, le dijo Hernando, y de aquellas un poco arriesgadas que á ti te gustan.

—Así es, señor; vuestro padre siempre me escogia cuando se trataba de algo en que hubiese peligro. En el año de mil..,

—¿Hay algun tintero en el castillo? interrumpió el de Iscar.

—¿Tintero? repitió con mucha estrañeza Nuño; por vida mia que es instrumento de que he hecho muy poco uso en mi vida. Tengo cerca de setenta años, y creo que no he visto más que uno, que es el que tiene nuestro capellan.

—No hay para qué buscar tintero, replicó el judío; yo traigo aqui el mio, que gracias á que es de cobre no se me ha estropeado en mis últimas aventuras. Voy al cuarto donde he comido y escribiré; tú puedes dar los recados de palabra á este hombre, continuó dirigiéndose á D. Hernando. La oscuridad vá entrando, y á mi ver ha de ser ya cerca de prima noche á lo menos. De aqui á una hora podrá ponerse en camino, que ya tendré yo escritas las cartas.

Dicho esto salió de la habitacion dejando á Nuño con su señor, quien le enteró de todo con mucha satisfaccion del buen viejo, que casi lloraba de gozo al ver cuán cerca estaba el dia de volver á enristrar lanza, y al mismo tiempo muy pagado de la confianza que su señor le hacia encargándole tan importante mision.

Capítulo XXIII.

Capitan.

Este baston, por quien todos
unánimes te obedecen,
es la respuesta que traigo;
ya nuestro caudillo eres.

Duque.

Gustoso, amigos, lo admito,
y tanto me desvanece
el mandar soldados tales,
que á las vuestras y á mi frente
el verde desden de Daphne
aun no fecunda laureles.

(Mas vale el hombre que el nombre.)

(BANCES CANDAMO.)

I.

Todavía no empezaba á amanecer, cuando el sonido de una trompeta anunció la llegada al castillo de las tropas que se aguardaban, y el centinela, habiendo dado el aviso, bajaron algunos hombres de armas á reconocerlas.

Comunicada la seña con que se entendían los conspiradores, se echó el puente levadizo al momento, y

de allí á poco resonó el patio del castillo con las armas y estrépito de hombres y de caballos que traía en número de doscientos, y otros tantos de á pié, el jóven señor de Toro que descontento del rey habia abrazado el partido de los Lacerdas.

Otros varios señores fueron llegando asimismo, ya con mas, ya con menos número de tropas bajo su mando, de suerte que el castillo se trasformó en poco tiempo de un lugar de retiro, guarnecido de algunos pocos veteranos, en una ruidosa plaza de armas llena de soldados de todas partes, y donde todo era entusiasmo, voces y preparativos de guerra.

Colocarónse todos lo mejor que pudieron en las anchas cuadras del fuerte, que por el corto número de la guarnicion estaban desocupadas, con grande alegría de todos, que aunque la mayor parte sin saber fijamente por qué era aquel movimiento, presumian que iba á haber guerra, y esto bastaba para tenerlos contentos.

II.

Luego que amaneció dejó el judío la cama en que habria dos horas que se habia acostado, y despues de recorrer las cuadras é informarse del número de tropas que habia venido, pasó al cuarto del enfermo, á quien halló tan convalecido que le dió su permiso para que se levantase cuando quisiera.

No aguardó D. Hernando á que se lo repitiese segunda vez, sino que saltando en el mismo instante del lecho, empezó vestirse al momento tan alborozado y alegre como un niño que va á estrenar un vestido.

Cuando hubo acabado tomó el brazo del cantor, y razonando con el judío, que le acompañaba, salieron juntos del cuarto, y se dirigieron á otra sala, en donde estaban reunidos los jefes de las tropas recién llegadas.

Todos se pusieron en pié, en cuanto entró, para saludarle: su rostro noble y su marcial continente le daban cierto aire de superioridad donde quiera que se presentaba.

Añadíase á esto su palidez, y la fama del combate que habia sostenido con Saldaña, y en que habia peleado con tanta igualdad con un hombre que tan nombrado era por sus fuerzas y extraordinario valor; todo lo cual aumentaba el respeto y el interés que su gallardía y noble ánimo podian inspirar por si solos.

—Caballeros, dijo despues de sentarse en un sillón que un paje le habia acércado, á grande honra tengo que mi castillo haya sido elegido por punto de reunion de tan intrépidos capitanes. Nada tengo que decir de la justicia de nuestra causa, ni de las grandes ventajas que puede prometerse Castilla si la victoria protege, como es de esperar, nuestros estandartes y estando determinados á vencer, que así será sin duda con poco que ayude la suerte nuestra osadía. Paso en silencio los grandes recursos que nos ofrece el rey de

Aragon y de Francia, con cuya amistad y alianza sé que podemos contar fijamente, porque no hay necesidad de dar ánimo á corazones tan generosos como los vuestros, y solo creo que debemos determinar cuándo y con qué hecho de armas hemos de dar principio á empresa de tanta gloria. Vosotros, entre quienes veo con gusto capitanes cubiertos de canas y cicatrices, ilustres guerreros llenos de valentia y de experiencia, vosotros debeis decidir en materia tan árdua, puesto que del principio de nuestras operaciones depende sin duda el buen éxito de nuestros planes. En diciendo así tendió la vista á su alrededor, miró despues al judío, que parecia á un lado muy pensativo, y aguardó á que alguno diese su parecer sobre la cuestion que les habia propuesto. El primero que tomó la palahra fué el judío, y dijo:

—Valientes capitanes, generosos defensores de la horfandad desvalida, si mi barba blanca como la de nuestro padre Abraham...

Todos hicieron un gesto de desagrado, y el judío prosiguió:

—Si mi carácter de enviado de los dos poderosos reyes de Aragon y de Francia me dan derecho para hablar delante de vosotros, y dar mi parecer acerca del primer paso que ha de darse al estallar nuestra conspiracion, faltaria yo á la confianza que haceis de mí si os ocultase mi opinion ó la disfrazase por miedo de disgustaros. Empero, cuando contemplo delante de mí tantos y tan ilustres campeones criados en las ar-

mas, maestros en ardidés de guerra, y tan famosos por su valor como por su experiencia, no puedo ménos yo, un pobre judío, que ha dedicado toda su vida al retiro y al estudio de las ciencias, que por su religion y su clase no puede jamás compararse con el más ínfimo de vosotros...

Los ojos de todos se volvieron á él con desprecio.

—No puedo ménos, repito de turbarme, y me faltan palabras con que expresarme, asombrado yo mismo de mi atrevimiento. Pero como el bien de la causa que defendeis es sin duda el único móvil de mi temeridad, paréceme que me siento con fuerzas bastantes para superar tamañas dificultades, así como el jóven David se halló súbitamente con bastante espíritu para luchar con el gigante filisteo. *Est Deus in nobis*, puedo yo decir ahora como el poeta. Cuán apreciable cualidad sea la del valor, no hay para qué decirlo, y mucho ménos cuando no se trata de animaros, sino al contrario, de contener vuestro brío y dirigirlo por el camino más seguro, aunque no tan recto, de la prudencia. Los grandes varones de la antigüedad, como Scipion...

Aquí el señor de Toro no pudo reprimir por más tiempo el desprecio que le inspiraba el judío.

—Perro hebreo, le dijo, saca ejemplos cristianos, y no me vengas ahora á contar lo que hicieron esos paganos.

El señor de Iscar y algunos otros no pudieron ménos de reprender en voz baja al caballero que así in-

terrumpia y faltaba al respeto á un enviado nada ménos que de dos reyes tan poderosos, y el judío, sin mirarle ni inmutarse, continuó:

—En todos tiempos la astucia ha ganado más batallas que el valor, y es seguro que aquella sola puede mucho, y éste por sí solo puede muy poco, así como el triunfo es indudable si una y otro caminan juntos. El mayor enemigo nuestro en este país, y el que sin duda se opondrá á nuestra marcha decididamente, es el conde de Saldaña, señor del castillo de Cuellar. Este castillo, inexpugnable á mi entender por la fortaleza de sus murallas, cuenta además dentro de ellas más de ocho á diez mil hombres de armas que le guarnecen, y puede, en caso preciso, contener otros tantos en pié de guerra si su señor quiere armar á los jóvenes de la ciudad. Ya veis, señores, que apenas contamos nosotros con la mitad; pero no creais que esta razon y otras muchas que por ahora callo, las presento con intencion de que retardeis vuestro alzamiento; al contrario, sé muy bien que tal demora, lejos de estar en nuestro provecho, estaria en el de nuestros enemigos, que así tendrian más medios de prepararse, y no se me oculta que es ya demasiado pública nuestra conjuracion para volver el pié atrás ó hacer alto en nuestro camino. Conozco, además, nuestro riesgo si, como se suena, es verdad que Sancho IV ha despedido las Córtes en Sevilla, noticioso de nuestros intentos, y ha emprendido su marcha á Valladolid; pero todos estos peligros, lejos de desalentarnos, deben

inspirarnos más ánimo. Solo es preciso que la astucia supla por nuestra falta de fuerza. Ver de introducirse en el castillo de Cuellar, á lo cual yo mismo me ofrezco, no para contar los soldados ni el número de troneras que hay en él, sino para buscar allí dentro aliados que nos le entreguen si puede ser sin el menor riesgo de nuestra parte, buscar amigos en la corte del mismo D. Sancho, entre los que más le parezcan suyos; en una palabra, socabar sigilosamente el alcázar de la tiranía para levantar sobre sus ruinas el templo de la libertad; tal me parece que debe ser nuestro primer objeto. Nuestras tropas entonces hallarán auxiliares en todas partes, los triunfos que sin duda se han de alcanzar reforzarán el espíritu del soldado, y nuestros enemigos, peleando en un terreno en falso, se hundirán y serán raídos de la haz de la tierra como las espigas desaparecen en monton bajo la hoz de los segadores. Este, á mi entender, debe ser el primer paso que ha de darse, y que facilitará cuantos en adelante se den, y para esto deben buscarse hombres de resolucion y que merezcan nuestra confianza. Yo el primero, á despecho de mi edad y de mi natural pacífico, tomo á mi cargo introducirme en el castillo de Cuellar, en donde á riesgo de mi vida desempeñaré mi comision, y os probaré que un judío sabe, tan bien como un caballero, arrostrar el peligro con serenidad.

Admirados quedaron todos, más de la resolucion del judío que de su discurso; y aunque muchos pusieron

mala cara á la última fanfarronada, todos unánimemente aprobaron su parecer.

Trataron en seguida de algunas disposiciones militares: los puntos que habian de acometer, si habian ó no de dividir sus fuerzas, y si habian de esperar hasta reunir mayor número de tropas para el alzamiento, y los más de ellos fueron de opinion de no hacer nada hasta que todos los conjurados estuviesen reunidos, á despecho del de Iscar, que deseoso de libertar á su hermana y vengarse de su robador, lo cual aumentaba la natural impetuosidad de su génio, queria romper al momento sin esperar más, y se valió de cuantas razones supo para atraerlos á su parecer.

Estando todavía en esta disputa llegó un propio de Valladolid con la noticia de que el rey acababa de llegar de Sevilla, sabedor acaso de la revolucion que se tramaba, lo cual puso á la mayor parte de los caballeros en mucho cuidado, y algunos de ellos cambiaron de color; solo D. Hernando vió un motivo más para apresurar el rompimiento, y el judío, con su acostumbrada sangre fria, apoyó entonces su proposicion.

Capítulo XXIV.

Rey.

¿En fin, vos sois en la villa
quien al mismo rey no da
dentro de su casa silla?

.....
¿Vos quién como llegue á vello
partís mi cetro entre dos,
pues nunca mi firma ó sello
se obedece sin que vos
deis licencia para ello?

Don Tello.

¡Cielos, con tal deshonor!
¡a mí ultraje tan infame!
¡que para esto el rey me llame!

(Rico hombre de Alcalá.)

I.

La crónica de que copiamos, ó por mejor decir extractamos esta verdadera historia, cuenta, pues, que el rey don Sancho se hallaba en efecto en Valladolid, tal como habia referido el propio que avisó á los conspiradores.

Las noticias que en Sevilla tuvo del próximo alzamiento en Castilla, á favor de don Alonso de Lacerda, que ya se nombraba rey, le hicieron suspender las Córtes y aproximar su vuelta á Valladolid con el ménos aparato posible: solo le acompañaban su esposa doña María, el de Lara, rival del señor de Vizcaya, y los que componian su consejo; tal prisa metian las nuevas que recibió.

En efecto, la proteccion que Felipe, rey que Francia concedia á sus dos primos, así como la del de Aragon, no pudo ménos de disgustarle sobremanera, y mucho más viendo lo revueltas que estaban las cosas de su reino, que no solo le desobedecian sus enemigos declarados, sino que sus amigos, y en particular don Lope de Haro, cada dia se le hacian más temibles, abrogándose derechos y facultades que estaban muy lejos de pertenecerles.

Sufría el rey con paciencia, y disimulando su natural altivez, las altanerías de este favorito, que habia en otro tiempo tomado tanto influjo en la córte, que llegó á proponer á don Sancho anulase su casamiento con doña María, y tomase por mujer á su sobrina Guillerma, hija de Gaston, vizconde de Bearne, con lo cual, y porque el rey no se negó abiertamente á semejante proposicion, se ensoberbeció de modo que no se tuvo por ménos que él, y andaba propalando en todas partes la próxima boda, tratando mal á sus iguales, y haciéndose insufrible con su orgullo y su presuncion.

No era Sancho el Bravo de aquellos reyes á quienes la adulacion presta pomposos títulos que bajo ninguno merecen, y el renombre de Fuerte que llevaba, lo habia ganado sin duda.

Habia ya quitado á D. Lope gran parte de su favor, que dividia asimismo con el de Lara; pero la apurada situacion en que se veia, el génio inquieto de aquel, y más que todo el colosal poder del de Haro, le hacian temer que reuniéndose estas dos casas, cabalmente las dos más poderosas del reino, le declarasen la guerra y le destronasen tal vez, aprovechándose de la avenida de males y guerras que por tantas partes á un tiempo le amenazaban.

Astufo y sagaz en extremo, preveia las fatales consecuencias de semejante alianza, por lo que á la muerte de D. Alvar Nuñez de Lara concedió la privanza á su hermano D. Juan, para que el poder de esta familia contrapesase el del señor de Vizcaya, suscitando continuamente rivalidades entre ellos, á lo que contribuyó no poco su esposa con sus sábios consejos y su prudencia.

Tal era, en compendio, el estado crítico de los negocios, y en tan deshecha borrasca vagaba D. Sancho á impulsos del viento de la fortuna, con gran peligro de que zozobrase su navío, á pesar de su destreza, actividad y bravura.

II.

Reunidos estaban en palacio esperando al rey para deliberar acerca de tan importantes materias, muchos de los miembros de su consejo, entre los cuales habia varios ricos-homes, arzobispos, obispos y otras dignidades del reino, muy entretenidos al parecer en una conversacion que el lector nos permitirá referírsela, cumpliendo con nuestro oficio de historiadores.

—Desengañaos, señor Lopez Salcedo, decia un obispo grueso y muy colorado, que luego se supo que lo era de Plasencia. El señor de Haro ni habria venido aquí, ni estaria tan orgulloso, sino fuese cierto que su alteza va á anular su casamiento con doña María, para verificar el cual, ya sabeis que no se dispensaron del parentesco. *Sine affinitatis dispensatione sponsalia contraherunt.*

—Pues yo os aseguro, repuso Lopez Salcedo, que el rey no se separa de doña María aunque se lo prediquen ángeles, y voto á tal, que yo hiciera otro tanto, puesto que ella es el primer sostén de su trono.

—¿Sabeis, señores, dijo acercándose á los dos, con mucho sigilo el dean de Sevilla, que el rey trata de hacer que le vuelva el de Haro los castillos y plazas que le ha usurpado?

—Ya era hora de que le hiciese bajar la cabeza, replicó Salcedo, á ese vanidoso señor, que nos miraba á

todos como inferiores suyos, y pardiez que he estado más de una vez por atravesarle de una estocada.

—Es fama, añadió el dean, que este cambio lo causa la sospecha que hay de que el de Haro está en inteligencias secretas con D. Pedro, rey de Aragon, y auxilia por bajo de mano á los revoltosos.

—Me parece que todos os engañais, repuso el obispo: yo apostaria ciento contra uno á que D. Lope está más en privanza que nunca, y en cuanto á lo que decís de sus inteligencias secretas con los revoltosos de Castilla, ¿cómo es posible que un D. Lope, señor de Vizcaya, se humille hasta el punto de entenderse con una gavilla como esa de hombres perdidos?

—Perdonad, señor obispo, replicó el dean de Sevilla sonriéndose; yo no he dicho que tal cosa sea cierta; al contrario, si me pedís mi opinion os diré francamente que estoy muy distante de creer lo que por ahí cuentan.

—Pues en cuanto á mí, respondió Salcedo, no sé si es cierto ó no; pero sé que anda muy equivocado su ilustrísima si cree que son todos los rebeldes gente perdida, porque hay entre ellos caballeros muy principales; y D. Lope de Haro, si por eso es, podria entenderse con ellos sin rebajar nada de su alta alcurnia, como ya se ha entendido con el rey de Aragon.

El dean se acercó al oido de Lopez Salcedo, diciéndole que mirase bien lo que hablaba, pues así el obispo de Plasencia como Diego de Campos, que estaba detras, eran muy grandes servidores y amigos del de

Haro, y podrian contarle despues lo que de él dijese con grave daño de su interés. Pero el caballero, despues de darle las gracias continuó:

—Acercaos, Sr. D. Diego Lopez de Campos; yo estaba hablando mal del conde D. Lope, y como vos sois su amigo, pienso que habeis de tener curiosidad de oirme. Pues como iba diciendo, las noticias de Castilla son de la mayor importancia, y aqui el señor dean, me parece, ha de saberlas mejor que yo.

—Yo, respondió el dean con su melosa y cortesana sonrisa, no sé mas que lo que todos sabemos: he oido decir que con algunas tropas buenas que se envíen á reforzar el castillo de Cuellar bastará para hacer entrar á todos en razon, y mucho mas ahora que D. Lope de Haro ha recobrado el favor de nuestro monarca, y le podrá ayudar con todo su poder.

—La muerte de D. Alvar Nuñez de Lara, repuso el obispo de Plasencia, ha libertado al señor de Vizcaya del único competidor que podria hacerle sombra, y el rey tendrá sin duda que volverle la autoridad que tenia en su córte.

—En prueba de ello, añadió Lopez de Campos, hoy mismo se le aguarda aqui con el infante D. Juan, su yerno, que viene á hacer reverencia á su alteza, y á acompañarle en su espedicion contra los facciosos.

—¿Y quién mejor que él, repuso el dean, puede afirmar la autoridad real, siendo como es el señor de mas valimiento en España?

—Señor dean, replicó Salcedo, os torceis á todas

partes como una varita de mimbre. El de Haro, señores, tiene mas de un competidor que le haga frente, y D. Juan Nuñez de Lara, hermano del difunto D. Alvar, puede suplirle aquí y en todas partes con ventaja.

—¡Oh! D. Juan Nuñez de Lara, exclamó el dean, no hay duda que es poderoso.

—Esa cuestion quedará hoy decidida, respondió el obispo con el tono propio de un hombre que sabe muy bien lo que dice, y ya os he dicho que no hubiera venido D. Lope á ver al rey ni andaria tan confiado sino estuviese seguro que va á ocupar el hueco que le corresponde: *ad assequendum officium se dotibus commendavit.*

—Así es, continuó el de Campos, y no hay que dudar que vuelve á la gracia del rey, y entonces veremos, añadió echando una ojeada á Salcedo, quién les vale á los que le han motejado estando caido, y quién los ha de libertar de su cólera.

—Vive Dios, señor Diego de Campos, respondió Salcedo, que si lo decís por mí, que os engañais en mucho, que habeis de saber que yo no necesito que nadie me valga mientras mi brazo derecho no se me desprenda del hombro y cuelgue mi espada de mi cintura, y lo que ahora digo estoy pronto á sostenerlo á pié y á caballo con uno, y con veinte que lo contradigan.

—Calmaos, señor Lopez Salcedo, repuso el dean con su acostumbrada sonrisa de benevolencia; sosegáos, que aqui nuestro amigo Lopez de Campos no lo dijo por tanto.

—Ciertamente, añadió el obispo, y no ha tenido intención de ofenderos.

—Y si la hubiera tenido... replicó Salcedo.

—¿Qué hubieras hecho? interrumpió el de Campos.

—¿Qué? dejaros tendido aquí mismo.

—Paz, señores, paz, exclamó el dean colocándose entre los dos.

—Mirad, señores, que estamos en casa del rey, continuó el obispo.

Salcedo se mordió los labios de ira; pero el sitio en que estaban y las personas que allí había presentes, le obligaron á contenerse y dejar para luego la cuestion empezada, disimulando en cuanto le fué posible, y retirándose del corrillo.

El de Campos, aunque tan irritado como él, había aprendido á disfrazar mejor sus sentimientos, y luego que su enemigo se separó, su semblante pareció tan tranquilo como si nada hubiese sucedido desagradable.

—¡Qué genio! ¡qué genio tiene el tal Salcedo! dijo el fino dean encogiéndose de hombros y meneando la cabeza á un lado y á otro luego que se separó.

—¡Oh! es un hombre insufrible, replicó el obispo. *Silvestri homo, homo bellua.*

—Nada tiene de estraño que se enoje, repuso el de Campos, y mucho más cuando todos sabemos su amistad con los Laras, y el odio que tiene á D. Lope.

—Yo, la verdad, dijo el dean, tengo mucho que agradecer al de Lara, pero no dejo de hacer justicia

al mismo tiempo al de Haro, y si llega hoy como se dice...

—¡Oh! se entiende, replicó el obispo con cierta ironía, no sereis el último que acuda á darle la enhorabuena, y á felicitarle por su vuelta al favor del rey.

—No tendré el menor inconveniente en hacerlo, repuso el dean como si no hubiese entendido la pulla.

III.

En este tiempo la llegada de un mensajero del castillo de Cuellar que enviaba Saldaña puso fin á la conversacion, y habiéndose vuelto todos á ver quien era el que con tanta prisa quería hablar al rey, vieron un jóven de desembarazado continente, lindo en extremo, y muy bizarramente vestido, que entró en este momento en la sala.

Era el artificioso y mal intencionado Jimeno, que venia de parte de su señor al rey, con nuevas de las tropas rebeldes que se reunian en el castillo de Iscar, y que ya habian dado principio á sus algaras y escaramuzas. Rodeáronle todos, y empezaron á preguntarle las nuevas que traia, y que el buen paje desembuchó con cierto ademan de importancia, tal como un diplomático suele hacer cuando se le ofrece la ocasion de lucirse en su mentirosa ciencia delante de un numeroso concurso, que está colgado de sus palabras.

—El conde de Saldaña, dijo, no ha podido salir aun á correr el campo por no estar todavía enteramente

convalecido de sus heridas. Pero el negocio es mas árduo que lo que se cree, y las fuerzas de los revoltosos son bastante imponentes.

—¿Y quién los manda? preguntó el obispo de Plascencia.

—Han nombrado por jefe suyo, repuso el paje, á don Hernando de Iscar, y el rey de Aragon creo que les ha prometido socorros. Si pudiérais hacer que yo hablase á su alteza en particular, os lo agradecería. Ya sabeis que hay ciertas cosas que no se pueden decir en público, y yo traigo para su alteza una comision secreta de suma consideracion.

—Ya se le ha enviado recado, dijo Salcedo, y de aquí á un momento entrareis.

—¿Y creeis que basten las fuerzas del conde vuestro señor para sofocar la rebelion?

—Tal vez; ¿quién puede asegurarlo? hasta ahora...

—¡Oh! la llegada de D. Lope de Haro pondrá todo en órden, repuso Lopez de Campos, y la sumision del infante don Juan, su yerno, es un golpe terrible para el partido de los Lacerdas.

—Todo puede ser, replicó el paje, cuya vanidad parecia recrarse en poner en dudas á los grandes señores que le escuchaban.

Un macero que salió del cuarto del rey, habiéndole traído órden para que entrára, el paje con su natural descaro saludó á todos con cierta sonrisa maliciosa de proteccion, atravesó el salon con la cabeza alta, y entró en la habitacion de su alteza.

IV.

Estaba el rey sentado en un sillón de marfil adornado de muchos relieves, vestido de una túnica ó bata llamada *Argate*, y en conversacion con D. Juan Nuñez de Lara, que ocupaba otro asiento á su izquierda á cierta distancia como en señal de respeto.

Era de mediana estatura, pero muy doble, de ademán severo, graves y penetrantes ojos, y muy osado de aspecto. Llevaba un puñal ó cuchillo atravesado en el cinto, que le sujetaba la túnica, guarnecido de piedras que le habia regalado el rey de Granada, y que nunca quitaba del cinto en su palacio y donde quiera que estaba.

Cuando entró el paje volvió á él los ojos con serenidad, suspendió su habla con el de Lara, y le preguntó:

—¿Qué nuevas traes, y cómo está nuestro fiel servidor el señor de Cuellar? ¿Está ya curado completamente de sus heridas?

El paje bajó la cabeza en señal de respeto, y parándose á unos seis ú ocho pasos del rey contestó:

—El señor de Cuellar hace á vuestra alteza homenaje y aguarda vuestras órdenes en su castillo. En cuanto á las noticias que tengo la honra de comunicar á vuestra alteza, algunas son de palabra, y la mayor parte vienen en este pliego, que me encargaron os entregara yo mismo.

Y sacó del pecho unos rollos de pergamino que entregó al rey, despues de haberle doblado la rodilla y hecho ademan de besarle la mano derecha, que el rey alargó para recogerlos. Hecho esto se retiró á la misma distancia que antes, y aguardó su determinacion en silencio mientras leía.

V.

No nos detendremos en relatar al lector las nuevas que enviaba Saldaña, reducidas en gran parte á avisar al rey de todo lo referido en los capitulos anteriores.

Don Sancho las leyó muy detenidamente, pero sin dar muestras de asombro ni de temor, y al concluir de leerlas pasó los pergaminos al de Lara con una desdeñosa sonrisa, como si mirase tan séria rebelion con indiferencia.

Su favorito las tomó con respeto, y las leyó tambien para sí, mientras D. Sancho continuaba su conversacion con Jimeno.

—¿Y las que traeis de palabra, buen paje?

—Se reducen, señor, replicó Jimeno, á deciros que los rebeldes últimamente se han aumentado hasta el número de quince mil hombres, lo que ha obligado á mi señor á mantenerse á la defensiva, contentándose con enviar algunos escuadrones volantes en diferentes direcciones que los entretengan y escaramucen con ellos. Pero como esto solo no es bastante para acabar de una vez con los sublevados, y cada dia se declara

por ellos alguna ciudad de importancia, mi señor me encarga suplique á vuestra alteza le envíe algunos hombres de armas para poder salir á campaña sin dejar en peligro de ser tomada su fortaleza, y combatirlos con igualdad. Aun más, señor, cree que vuestra alteza haria muy bien si fuese en persona mandando las tropas que hubieran de ir, puesto que este sería el medio mas acertado de apaciguar la tierra.

—¿Es eso todo? preguntó el rey.

—Señor, repuso el paje, he desempeñado mi encargo.

—Está bien; retírate, replicó el rey, y di á nuestro leal conde de Saldaña que iremos á verle muy pronto.

Obedeció el paje á la intimacion de D. Sancho, y luego que estuvo fuera de la habitacion, el rey se volvió á su privado, que acababa de leer los pliegos, y no mostraba tan buena cara como D. Sancho, antes muy al revés, daba á conocer en su semblante cuán grave le parecia aquel asunto.

—¿No os lo decia yo, dijo el rey, que solo yendo en persona podriamos sujetar esos javalíes?

—Ya sabe vuestra alteza que solo me he opuesto á esa determinacion por razones de politica, y aun ahora mismo estoy persuadido que el primer paso que debe dar vuestra alteza es hacer que el de Haro entregue los fuertes que tiene en su poder, alzando el juramento á las guarniciones que en ellos tiene, y dándonos las contraseñas para que vuestra alteza obre á su voluntad; de lo contrario iremos á combatir un enemigo

temible, dejando otro mas poderoso á la espalda, y que puede hacernos mas daño.

—Dices bien, respondió el rey, y para eso nos hemos valido del disimulo, y le hemos llamado hoy á mi córte, de donde no saldrá vivo si no conviene en hacer cuanto exijamos. Ya veis que en esto os damos á vos mismo una seguridad mas del aprecio que nos merecis.

—Hace mucho tiempo que el de Haro trata de suceder á mi hermano en el lugar que el perdió por su demasiado orgullo, y á que vuestra alteza se ha dignado elevarme.

—Ya habeis visto, dijo el rey, que no usaba menos disimulo con el de Lara, y de cuya fidelidad queria asegurarse, que en esas cartas se hace mencion de vos, y que os prometen en nombre del rey de Aragon el castillo de Albarracin, en el caso que os declareis partidario de mis sobrinos.

Diciendo esto le miró fijamente como si tratára de leer en su alma, pero el de Lara sin inmutarse le respondió:

—Vuestra alteza sabe que yo soy libre, como armado que estoy de caballero, para abrazar la causa de cualquiera que tenga á mi parecer razon, aunque sea contra vuestra alteza mismo, sin que se me pueda tachar de traidor, pues tales son los fueros de la órden de caballería que profeso. El castillo de Albarracin fué arrancado á mi padre D. Juan por fuerza de armas, y aunque yo no cederé jamas de mi derecho, como aho-

ra no se trata de recobrar aquel fuerte, sino de defender vuestra corona, he abrazado decididamente vuestro partido.

—Nos, dijo el rey, os agradecemos vuestra leal resolución, y os prometemos, concluido que sea este negocio, de mediar con el rey de Aragon para que os devuelva aquel castillo como es ley, y si no, nos obligamos á daros el que vos elijais que nos pertenezca.

VI.

Agradecióle el de Lara su promesa con las mejores razones que supo, y el rey, despues de haber recogido los papeles que le habian traído, se los entregó para que los guardára, y levantándose de su asiento salió á la sala del consejo, donde, como se ha dicho, le estaban esperando sus grandes.

Cuando entró en ella ocuparon todos sus puestos despues de haberle saludado, y á los que de mas penetracion se jactaban se les figuró que el rey venia muy preocupado de algun plan de entidad, y aun llegaron á advertirse al oido unos á otros que aquel dia habian de presenciar grandes cosas.

Luego que el rey se sentó, el de Lara se colocó á su izquierda en un escaño un poco mas bajo, y todos tomaron asiento segun el órden que les señalaba á cada uno su gerarquía.

Lopez de Salcedo, como capitan de maceros, se puso

en pié á la derecha del rey, y todos con la mayor ansiedad, aguardando que hablara, ya esperaban la entrada de D. Lope de Haro con el infante, ya se desvian por saber cuáles eran las últimas noticias que habria traído el mensajero de Cuellar.

Esto último fué justamente lo que dió margen á la primera discusion que hubo, y en que cada uno discurreó segun el interés que le movia, los parientes y amigos que tenia en el partido contrario, ó las relaciones que le ligaban al de D. Sancho.

No obstante, todos fueron de parecer de la necesidad que habia de castigar con el mayor rigor á los principales jefes de los revoltosos, y dieron la razon al rey cuando propuso le aconsejasen si debia marchar él mismo á Cuellar á combatir los rebeldes, puesto que el tono con que presentó la cuestion dió á conocer á todos la voluntad que tenia de ir, y por eso sin duda fué tanta la unanimidad del consejo.

Algunas otras materias se habian tratado, cuando la hora que tanto deseo tenian algunos de que llegara, que inspiraba á muchos tanto temor, á otros esperanzas alegres, y á todos causaba indecible curiosidad, sonó por último, y un rey de armas anunció en la sala la llegada del infante D. Juan y de D. Lope de Haro, que pedian permiso para besar la mano á su alteza.

Estre meciéronse unos, miráronse otros con alegría, palidecieron muchos, y el rey, inclinándose al de Lara, le dijo algo al oido que este comunicó á su vez

al de Salcedo, quien salió al punto á ejecutar su mandato.

Pero ni el rey ni el de Lara cambiaron de fisonomía, solo que el primero movió la cabeza en señal de que les daba licencia.

Hubo un largo murmullo en la asamblea, y cuando los dos anunciados príncipes entraron se oyó un ligero rumor semejante al zumbido de las abejas, pero que al momento se apaciguó y convirtió en el silencio de las tumbas, fijos todos los ojos en ellos, quienes se adelantaron al rey, que hacia apariencia de estar hablando con su favorito, y aun no los había mirado.

VII.

Era el señor de Haro de aventajada estatura, ya de edad, duro y ceñudo de ojos, seco de rostro, de alta y despejada frente; su cabello entrecano, corto y claro ya por los años, le caía con descuido en dos mechones largos que desde la coronilla le iban á parar á las sienes, dejando una ancha calva en medio, donde el ojo ménos observador hubiera echado de ver á la más ligera ojeada, la prominencia que los freneologistas dicen ser el asiento del amor propio; tan marcada estaba en su cabeza aquella protuberancia.

Apenas se dignó echar una mirada á su alrededor, y cuando entró en la sala fijó en el rey los ojos, y se encaminó hácia él con la más desmedida altanería, y como irritado de que se le tratase como á inferior.

Su yerno, el infante, entró detrás con ademan más respetuoso, puesto que el hombre más altivo hubiera parecido humilde, si se comparaban sus modales á los soberanamente arrogantes del ilustre conde D. Lope.

Luego que llegó junto al rey, viendo que no le hacia caso ni levantaba siquiera los ojos,

—¡D. Sancho! le gritó en alta voz: que está aquí el señor de Vizcaya.

—¡Oh, que está aquí mi hermano! dijo el rey, sin hacer caso de D. Lope, y bajando de su asiento para abrazar á D. Juan.

El infante no pudo ménos de corresponder á tanta fineza, y mucho más cuando el rey tenia tantos motivos de quejarse de él, que últimamente se le habia rebelado, mientras D. Lope, jaspeado el rostro de cólera y crujiéndole todos los huesos de su cuerpo, le miraba con tales ojos que parecia devorarla con ellos, herido en lo más vivo de su amor propio.

—No puedo ménos, señor, dijo el infante, de pedir os que disimuleis mis pasados yerros y acepteis la sumision sincera que ofrezco á vuestra alteza para en adelante. Yo os juro que.....

—Hermano mio, no tenemos nada de que quejarnos de vos; malos consejeros quizá os descarriaron del camino que siempre debiste seguir; pero yo ya he olvidado todo, y siempre veré en tí un hermano querido, un hijo digno del sabio rey que nos engendró.

Esta alusion de D. Sancho á su padre, contra quien se habia rebelado cuando vivia, nada tiene de extraño

si recordamos que, tanto antes como despues de su muerte, siempre habló de él con tanto respeto y cortesania como pudiera hacerlo el hijo más obediente, y aun castigó ejemplarmente á los que creyendo lisonjearle, habian hecho mofa delante de él de aquel tan sabio como desventurado rey.

—Tengo al mismo tiempo la honra, dijo el infante, de llamar vuestra atencion hácia mi suegro D. Lope de Haro....

—Y ahora, repuso el rey como si no hubiese oído lo que le habia dicho el infante, esperamos que nos acompañes en nuestra expedicion á Cuellar contra los revoltosos.

—Señora... pronunció con voz ahogada por la cólera el orgulloso D. Lope, que estaba detrás del rey.

—Nuestro buen servidor el de Saldaña se halla enfermo, prosiguió D. Sancho dirigiendo la palabra á su hermano, y además, apurado con la multitud de enemigos que le rodean.

VIII.

El infante apenas sabia qué decir, y ya miraba al rey, que parecia tan embebido en lo que le decia como si los dos estuvieran solos, ya volvía los ojos á don Lope, que en este momento dió una patada en el suelo con tanta fuerza, que retembló el pavimento.

—¡Señor! gritó tocando en el hombro á D. Sancho, hace una hora que estoy aquí.

— Si, ya os habia visto, repuso el rey con indiferencia; ahora hablaremos, aguardad, que primero ha de ser mi hermano que ningun otro.

— ¡Primero que yo! murmuró en voz no tan baja D. Lope que no entendieran lo que habia dicho cuantos en la sala estaban.

— Mal me parece que va á acabar esto, dijo en voz baja el atildado dean de Sevilla al obispo de Plasencia, que tenia al lado.

— Todo puede ser, respondió el obispo, que no las tenia tampoco todas consigo.

— El rey, entretanto, prosiguió hablando con su hermano amigablemente, hasta que al cabo de un rato volvió la cabeza y se encaró con el de Haro.

— ¿Y el señor de Vizcaya, le dijo con desden, viene tambien á besar la mano á su rey y á prestarle el rendimiento debido?

Diciendo esto subió de nuevo á su asiento, desde donde alargó su mano derecha á D. Lope, que ciego de cólera ni acertó á hincar la rodilla ni á besar la mano, sino que le dejó con ella tendida por largo rato, hasta que al fin y contra toda su voluntad la besó sin saber lo que hacia, levantándose desesperado de ver que el rey no le alzaba del suelo como hacia con todos, y le despreciaba de aquella manera delante de tantos enemigos suyos, que interiormente se habrian de regocijar de verle tan abatido.

— El señor de Vizcaya, respondió D. Lope volviendo en sí, viene á saludar á vuestra alteza como su feu-

datario que es; pero como está ocupado el puesto único que le corresponde en la corte, pide á vuestra alteza licencia para retirarse á su señorío.

—Mi voluntad, repuso el rey, que se aprovechaba de cuantas ocasiones se le ofrecian de indisponerle con el señor de Lara, ha dado ese puesto al que lo merece, siempre pensando que á mi lado cualquiera otro es honroso, y que vos, tanto como el primero de mis reinos, podria ocupar sin vergüenza el que yo tuviera á bien darle.

—Es que el primero despues de vuestra alteza soy yo, replicó D. Lope, poco acostumbrado á aquel tono que usaba con él D. Sancho por primera vez en su vida, y vuestra alteza debe saber que solo hay un lugar que corresponde al primero.

—Bajad la voz, señor de Vizcaya, respondió don Sancho sin alterarse; pensad delante de quién estais, y sabed que si hasta ahora las consideraciones que merecian los servicios que me habeis prestado hicieron que os tratase como á un mi igual, ahora me tienen harto indignados vuestra astucias, intrigas y mal consejo. No penseis que porque soy blando sea débil, ni creais que suframos en adelante las insolencias de ningun vasallo.

IX.

Atónito quedó D. Lope con la arenga del rey, y no lo quedaron menos cuantos estaban presentes, que

habian creido hasta entonces que el súbdito dominaba al monarca, y que éste jamás habria sido capaz de hablar con tanta aspereza al primer rico-hombre de sus reinos.

—D. Lope apenas podia ya sufrir aquel tan desudado lenguaje: sus ojos ardian, la barba le temblaba, agitaba su cuerpo una continua inquietud, y las palabras se le quebraban entre los dientes sin poder hablar, ahogado casi de cólera. El infante D. Juan, viéndole en aquel estado, respondió por él.

—Yo, señor, dijo, en nombre de D. Lope de Haro suplico á vuestra alteza le perdone las faltas quizá cometidas por su demasiado celo en vuestro servicio.

El señor de Vizcaya hizo un gesto de ira al oir las palabras de su yerno, se esforzó á hablar, y solo pudo pronunciar un no ronco y oscuro, indicando al mismo tiempo con la cabeza y la mano la misma idea. Pero ni el rey ni el infante oyeron su voz ni observaron sus movimientos, y el último prosiguió:

—La misma intencion que me ha traído hoy en presencia de vuestra alteza ha sido la suya al venir aquí: vuestra alteza sabe muy bien los muchos y leales servicios que le ha prestado D. Lope, y si un momento de orgullo, una indiscrecion, han podido hacerle perder algo de vuestro aprecio, ni él ni yo creemos que haya sido para siempre. Ahora pronto está á daros á conocer su lealtad: exigid de él y de mí cuanto querais, por alto y trabajoso que os parezca de alcanzar, y verá vuestra alteza si tiene razon de du-

dar en la buena fé y lealtad de tan ilustre caballero.

—Probémosla, pues, repuso el rey, y tambien nosotros estamos prontos á volverle nuestra gracia. Señor D. Lope de Haro, señor de Vizcaya, y vos D. Juan, infante de Castilla, entregadnos las llaves de las fortalezas que ocupan vuestros soldados: dadnos la contraseña que tengais, para que podamos tomar posesion de ellas con vuestra órden, haciendo al mismo tiempo que nos presten vasallaje los señoríos que teneis, fuera del de Vizcaya.

X.

Hasta aquí pudo llegar el sufrimiento del orgulloso D. Lope, y el mismo infante no pudo menos de escandalizarse al ver las duras condiciones que su hermano les imponia.

Pero la misma causa produjo distinto efecto en uno que en otro, y mientras el primero, determinado ya á todo, se preparaba para responderle, el segundo calculaba el grave error que habian cometido en venir sin escolta á entregarse en manos de su enemigo, y temeroso ya del fin de aquel acto de despotismo, buscaba algún sitio donde refugiarse del primer impetu de su hermano.

Entonces conoció cuán engañosos habian sido los abrazos con que le habia recibido, y vió claramente adónde se encaminaba su política, y cuán bien la habia urdido para que viniesen y hacerles caer en el lazo.

Por un efecto de la misma cólera que le abrasaba, D. Lope pareció más sosegado; revolvió la capa al brazo, y alzando la cabeza y mirando al rey de hito en hito:

—Cuando he venido aquí, le dijo, fué para rendir á vuestra alteza homenaje, pero no para pedirle perdon, porque no soy criminal, y aunque lo fuera, ninguno de mi esclarecido linaje ha pedido nunca perdon. Cuantos reyes ha habido en España han tenido á mis ascendientes como á sus iguales en grandeza, y ninguno ha sido osado para demandar más que el feudo que ha pagado nuestro señorío. Vuestra alteza se engaña si piensa que yo he degenerado de mis abuelos: su sangre hierve en mis venas, y yo he encanecido con tanto honor como ellos. Si vuestras exigencias fuesen justas, dispuesto estaba á transigir en todo con vuestra alteza; pero desposeerme de mis haciendas, haberme hecho llamar clandestinamente bajo mil pretextos infames para en teniéndome en vuestro poder arrancarme lo que es mio, aparentando á la faz del mundo que yo os lo doy de mi voluntad... ¡vive Dios que es el acto más pérfido que jamás pudo cometer un tirano!

—D. Lope, gritó el rey con no menos furia, por Santiago que os reporteis. IX

—No, jamás me vuelvo atrás de lo que dije una vez, continuó el de Haro cada vez más acalorado; tirano sois, tirano, que no rey de vuestros pueblos, astuto y mañero como un villano cobarde, y juro á Dios... III

Púsose en pié D. Sancho temblando de furor, y dudoso si se arrojaría á él para castigarle allí mismo; pero como rara vez le abandonaba su razon en medio del más violento arrebató, disimuló aun lo mejor que pudo, contentándose con decirle:

—¿Quereis entregarme los fuertes, ó pensais resistir insolentemente las órdenes de vuestro rey?

—¿Entregarte los fuertes? ¿yo, y solo porque tú me lo mandas? Rey D. Sancho, no repitas otra vez esa orden, porque juro al cielo que te haga entregar el alma.

—¿Tú á mí, traidor? Prendedle, gritó el rey lanzándose de su asiento; ó me entregas las fortalezas, ó...

—Muere, le interrumpió el de Haro desenvainando su espada y arrojándose á matarle antes que ninguno de los presentes tuviera tiempo para estorbárselo.

Huyó el golpe el rey, y tropezando en la falda de la túnica estuvo para venir al suelo; pero en el mismo instante, asiéndose del brazo derecho del conde para sujetarle, tiró del puñal que llevaba al cinto, descargándole con él tan tremendo golpe, que le rajó desde el hombro hasta el corazon. Hecho esto, gritó:

—Matadle; y allí acabaron con él los maceros que tenia prevenidos por lo que pudiera sobrevenir.

XI.

Habia tratado en vano de defenderle el infante cuando le vió acometido de tantos, que todos los que allí estaban cargaron tambien sobre él, y despues

de haber herido á algunos, viéndose ya perdido, recurrió á la fuga y se acogió á la habitacion de la reina. Seguiale el rey furioso, corriendo tras de él con el puñal en alto goteando sangre, diciéndole cuantos ultrajes su furia le sugería. ¡Matadle, matadle! gritaba D. Sancho; traidor, asesino.

Las salas, las galerías de palacio se llenaron al punto de hombres armados.

Los consejeros del rey salieron á ayudarle, unos contra el infante, otros á detenerle, y algunos á esconderse, temerosos de lo que el rey habia hecho con el de Haro, que habia sido su protector.

Los que entraban nuevos preguntaban á los otros lo que habia pasado; confundianse estos, atropellábanse aquellos, gritaban todos, y todos no se entendian.

Han querido matar al rey, repetian; y muchos que ignoraban quiénes fueran los asesinos, corrian sin saber á donde siguiendo la multitud.

Algunos se aprovechaban de esta confusion para vengarse de sus enemigos; acometíanse unos á otros, trababan pendencias, andaba todo el palacio revuelto, no habia sino ruido de armas, voces, cuchilladas, maldiciones, injurias, lamentos y en medio de este arrebatado general, de esta alarma, estrépito y baraunda, D. Sancho, sin atender á otra cosa que á su venganza, borracho de cólera golpeaba furiosamente la puerta del cuarto de su esposa, donde se habia amparado el infante, con cuanta fuerza podia á patadas y á puñetazos.

Habíala cerrado el infante tras sí al entrar, y echándose á los pies de la reina, que en aquel punto toda aturrida con tantos gritos salía á saber la causa de aquello.

—Señora, le dijo, favorecedme, libradme de su furor; mi hermano me ha traído aquí para asesinar-me.

—El rey no hará tal, respondió doña María, á no haberle vos insultado como á caballero. Pero él llega.

—Favor, señora, que va á echar la puerta abajo.

—Yo le escusaré ese trabajo, replicó la reina, voy á abrirle.

—¿Qué intentáis? repuso el infante tratando de detenerla.

—Tranquilizaos, D. Juan y no tengais miedo, dijo la reina.

Adelantóse doña María con serenidad, y habiendo descorrido el cerrojo, abrió de pronto la puerta.

El primer impulso del rey fué de arrojar-se en la habitacion; pero en el mismo instante, reparando en su mujer que le cerraba el paso, quedó estático delante de ella.

La cólera dió lugar al respeto que sus virtudes y el cariño con que le amaba merecian, y la vergüenza de haber querido atropellar la habitacion de la reina coloró sus mejillas, que habian palidecido la ira.

—Deteneos, D. Sancho, gritó la reina: el infante está bajo mi proteccion; reparad al ménos que es vuestro hermano.

—Si, está salvo, repuso el rey: traidor, da las gracias á la que querias destronar; está salvo.

Y al mismo tiempo, sin atender más á su esposa, dió á correr por las galerías como un frenético, sin que el de Lara, que habia logrado acallar un poco el tumulto del palacio, y que llegaba en aquel momento, tuviese lugar para detenerle.

XII.

Huia Diego de Campos, favorito del orgulloso don Lope, por uno de los corredores, aturdido, sin hallar donde refugiarse de Salcedo, que le perseguia.

En medio de su carrera, encontráronse el rey y el desdichado de Campos, que se quedó parado á su vista, helado de temor, y sin acertar á huir.

Don Sancho clavó en él sus ojos ensangrentados de furia, y en habiéndole conocido,

—¡Todavía estás aquí! dijo, y le envainó el puñal en el pecho.

El desgraciado caballero cayó en tierra anegado en su sangre, á los piés del rey.

Esta última puñalada, dada con toda la voluntad de matar, que puede inspirar la venganza, tranquilizó por fin á D. Sancho, que metiendo su puñal en el cinto, tomó el brazo del de Lara con tanto sosiego como si no hubiera sucedido nada.

La calma del rey calmó igualmente á los cortesanos, cuyas facciones, como todo el mundo sabe, toman la

fisonomía que conviene, y quienes siempre han sido máquinas de los príncipes.

El tumulto fué poco á poco aplacándose, y los hombres de armas se retiraron despues de haber puesto en orden á palos, segun costumbre, al leal pueblo de Valladolid, que habia corrido en grupos á las puertas de palacio, dejando lo que les importaba, solícito y cuidadoso, como siempre sucede, del que le gobierna; y de allí á media hora, todo estaba en tanta paz y buena armonía como antes de embrollarse aquel laberinto.

Solo los partidarios y parientes de los muertos se habian retirado jurando vengarse; pero como estaban caidos, sus murmullos no eran entendidos de nadie, y la voz del partido vencedor, que resonaba en tono más alto, parecia la expresion pública y general de todas las voluntades.

No se trataba ya sino del próximo viaje á Cuellar, y muy pocos se acordaban de D. Lope de Haro, ni de nada de lo acontecido poco despues del suceso; y si algunos conservaban algun recuerdo, se servian de él más para insultar su memoria, que para lamentarla; contándose quizá en este número los que más habian adulado aquel prócer cuando vivia, y que ahora, ultrajándole despues de muerto, querian ponerse bien con el vencedor.

Tal es la miserable condicion humana, y particularmente la del que vive del favor y beneplácito de los príncipes.

Capítulo XXV.

..... yo no hallo
remedio á los males míos,
sino es morir, porque veo
que un imposible conquisto.
Yo estoy sin mí, yo no mando,
mi razon, yo no la rijo,
poder superior me arrastra,
sin ser dueño de mí mismo.

(PRIMERO ES LA HONRA, comedia de Moreto.)

I.

Mientras esto pasaba en Valladolid, y andaba tan alborotado el palacio con la muerte del señor de Haro, nuestro lindo Jimeno daba la vuelta á Cuellar á todo el galope de su caballo, acompañado de algunos hombres de armas para mayor seguridad, en aquel país tan revuelto.

Al llegar á Tudela de Duero, á pesar de los riesgos que podia correr viendo que sus soldados no podian caminar tan á prisa como el quisiera, se adelantó á su gente con intencion de llegar á Cuellar aquella noche.

El más vivo deseo le punzaba de volverse á ver en

el castillo para llevar adelante su infame plan contra la desdichada Zoraida.

Habia ya decidido á Saldaña contra ella completamente, y viendo que nada podia alcanzar con las amenazas, la habia acusado ante el tribunal eclesiástico para que la prendiesen y castigasen como á hechicera, dispuesto á sostener en persona la acusacion.

Pero antes de entregarla á la muerte, ó lo que es lo mismo, á sus jueces, queria ver si el amor á la vida vencia en fin la obstinacion de aquella infeliz, que muerto ya Usdrobal, sin tener nadie que la amparara, acaso se entregaria á él para que la libertase de tamaño peligro, y la vengase de su enemigo.

Tenia para esto en su favor la industria y secreto con que habia urdido sus tramas, puesto que la última aventura de Usdrobal, no parecia que él hubiese tenido parte alguna en otra cosa que en haber querido favorecer á Zoraida, y poner en salvo á Leonor, cumpliendo lo que habia prometido, y no siendo culpa suya que los sorprendieran en aquel lance.

Aparentaba además hacer tales esfuerzos para templar la cólera de su señor, que nadie hubiera creído que él era quien le inducia á arrojar de allí y á enviar al patíbulo aquella desdichada mujer, á quien al mismo tiempo estaba fingiendo amar tan de veras. No obstante, Zoraida desconfiaba de él, y aunque á veces le creia inocente de algunas supercherias, siempre le miraba con recelo, y le habia cerrado la puerta de su habitacion, no pudiendo ménos de aborrecerle.

Allí sola, sin ver á nadie, pasaba sus días en la agonia de la muerte, y solo alguna vez dejaba su estancia para espiar los pasos de Saldaña y vengarse en cierto modo presentándose á su vista y gozándose en su turbacion.

Completamente restablecido de sus heridas el señor de Cuellar, aunque combatido siempre de su misantropía, y á pesar de los continuos combates que tenia que resistir de las tropas que mandaba el de Iscar, no pensaba sino en Leonor, y la infeliz prisionera, que ignoraba la sublevacion, privada ya de toda esperanza de libertad, no tenia otro consuelo en su cautiverio que sus lágrimas y la soledad; cada visita que la hacia Saldaña era un nuevo martirio, y la desaparicion de Elvira, que habia faltado del castillo, ó á lo ménos no vivia ya con ella, la habia privado de la única amiga á quien pudiera comunicar su dolor.

Recelaba además que Saldaña hubiera hecho apartar á su hermana de allí para poder obrar con más libertad; y aunque la cortesanía y el respeto que siempre usaba con ella pudieran tranquilizarla, temia no obstante la hora fatal en que aquel hombre vicioso, cansado de sus desdenes, dejase de respetarla como dama para tratarla como cautiva.

II.

Entretanto, el paje se acercaba á Cuellar á rienda suelta.

Luego que llegó al castillo echó pié á tierra de su caballo, y subió á dar cuenta á su señor de su comision.

Contóle cuanto habia visto en la córte, y concluyó su relacion, que apenas habia oido Saldaña, con la promesa que el rey le hizo de venir en persona á sujetar los rebeldes.

—Está bien, dijo Saldaña; tú cuidarás de prepararle el recibimiento. Y de Zoraida, ¿cuándo piensas librarme de ella?

—Mañana mismo, señor, llegarán los enviados del tribunal á prenderla; he presentado mi acusacion en forma, y se han horrorizado todos.

—¿Y con qué testigos cuentas? preguntó Saldaña.

—Cuántos viven en el pueblo y en el castillo están persuadidos de sus brujerías, y creen que os tiene hechizado: bien es verdad que no lo creo yo menos que ellos.

—Está bien, basta; replicó el de Cuellar; librame de ella, y no tenga yo nada que ver con su muerte. ¿Y el rey, qué gente de armas crees tú que traiga consigo?

—No os lo puedo asegurar, repuso Jimeno, pero siempre serán de tres á cuatro mil hombres.

—¡Oh! exclamó Saldaña con una sonrisa que rara vez animaba su fisonomía. En este caso su hermano va á tener que rendirse, y ella es mia.

Miróle Jimeno sorprendido con la alegría del señor de Cuellar, cosa tan nueva para él como para el mismo que la sentia.

Ya veo, señor, que vais todavía á ser feliz. ¿No os dije yo que las fatigas de la guerra, nuevos amores y el bullicio de la corte eran el mejor remedio para vuestra enfermedad?

—Quita allá, necio, respondió Saldaña, que habia vuelto á su estado habitual de tristeza; solamente una cosa podria hacerme dichoso, y no es ninguna de las que dices. ¡Ay! ¡Y quién sabe tampoco si seria yo entonces feliz!

Detúvose aquí con muestras de pesadumbre, y ámbos interlocutores guardaron un momento silencio.

—Será preciso ir disponiendo á Leonor, pensó Saldaña; sí, vamos.

Y levantándose de su asiento echó á andar pensativo y sin mirar al paje, hácia la habitacion de Leonor.

—Está loco, no hay duda, dijo éste despues que se hubo alejado; allá se las avenga, yo hago lo que quiero de él, y á mí me viene bien su locura. Yo tambien voy á ver cómo lo pasa Zoraida, y si me puedo introducir en su cuarto.

III.

Ocupado, pues, de sus pensamientos, llegó Saldaña á la puerta de la habitacion de Leonor, y habiendo pedido permiso para visitarla, bajo pretesto de traerle noticias de su hermano, aguardó la vuelta de la camarera, que no tardó mucho tiempo.

Concedida la licencia entró el conde, y despues de haberla cortesmente preguntado por su salud, tomó asiento enfrente algo apartado, no sin alguna turbacion, y casi sin atreverse á mirarla.

Leonor apenas le contestó á sus preguntas, pero llena de ansiedad le preguntó por su hermano.

—Se ha recobrado del todo, respondió Saldaña, pero tengo no obstante que daros una mala noticia.

—¡Hablad! ¿Qué hay? ¿Está preso? preguntó Leonor toda asustada.

—Por ahora no, replicó el de Cuellar, pero, ¡ay de él si llegan á aprisionarle!

—Pero, ¿qué ha hecho? ¿Qué hay?

—Sosegáos, señora, y oidme, respondió Saldaña. Un enjambre de ilusos han tomado las armas y proclamado rey á D. Alfonso Lacerda, rebelándose contra D. Sancho, y vuestro hermano los capitanea. Sus fuerzas, aunque numerosas, consisten la mayor parte en hombres que apenas han tomado en su vida un arma en la mano, y no son temibles por consiguiente. Se encuentran además aislados, y sin esperanza de auxilio por ningun lado; todo lo cual hace creer que se verán muy pronto forzados á entregarse y á sufrir en tal caso la pena á que la ley condena al traidor.

—Eso no, repuso Leonor con altivez; mi hermano podrá morir peleando ó perder su cabeza en un cadalso, pero su fama quedará sin mancha, su nombre no perderá por eso el lustre que le dieron nuestros abuelos, y la nota de infamia caerá sobre el vencedor.

—Sea como decís, replicó Saldaña, y aun mas diré, que usa de su derecho como caballero, pero no por eso es menos triste su situacion. Su aprehendimiento y su muerte son seguros.

—Cumpla mi hermano como deba, replicó Leonor, y sea cualquiera su suerte. Yo desdoraría la gloria de mi linaje y negaría la sangre que por mis venas corre si de otro modo le aconsajara. Ha tomado las armas por su patria contra un tirano y en favor de su rey. Mi padre le hubiera aconsajado lo mismo, y yo, aunque le amo mas que á mi misma, no puedo menos de aprobar lo que ha hecho.

IV.

Los ojos de Leonor brillaban con entusiasmo mientras hablaba, su fisonomía mostraba un carácter determinado, y en su ademan noble y hermoso aspecto habia algo capaz de fascinar y enamorar un hombre de hielo. Mirábala Saldaña con pesadumbre, contemplándola tan hermosa y animada al mismo tiempo, y viéndose á su parecer detestado de aquella mujer en cuya posesion hubiera él cifrado toda su dicha.

Este sentimiento de cariño y de amarga desesperacion no pudo menos de henchir su corazon de llanto, que para mayor pena suya, lejos de servirle de desahogo derramándose por sus ojos, combatía su alma

como el mar que en la mas deshecha borrasca no puede traspásar sus orillas.

—¡Quién mas desdichado que yo! exclamó: ¡yo que te adoro, que veo en tí en este mundo mi felicidad y en el otro mi salvacion, que habria de haber sido tu esposo, y que hubiera hallado en tí una mujer hermosa, sensible, heróica, una mujer, en fin, como no hay ninguna en el mundo, y que ahora me veo aborrecido de tí!! ¡Oh! á la verdad es demasiado sufrir. Sí, tienes razon, Leonor, tu hermano es un héroe, la causa que defiende es justa; D. Sancho es un tirano, un usurpador, un mal hijo; peor que yo es el rey que elegí, que me distingue, y debe ser tan perverso como yo cuando hace de mí tanto aprecio. Pero no importa, si él me ha colmado de beneficios, yo le seré desagradecido, yo me rebelaré contra él, yo le asesinaré hospedándole en mi castillo: habla, Leonor, mándame que lo haga, y volaré en seguida con mis tropas á aumentar el número de los que han seguido á tu hermano. ¡Oh! continuó arrojándose á sus piés, ámame, ámame, y D. Alfonso de Lacerda puede contar con un amigo mas y un poderoso aliado.

—No, Saldaña; levantáos, y no penseis tan bajamente de mí, replicó Leonor. ¿Por qué os habia de engañar? No os amo, pero tampoco es decir esto que os aborrezca. Os aborrecería, no obstante, si abandonáseis vuestro partido, si viese que os mostrábais desagradecido á los beneficios que os ha prodigado don Sancho. No creais nunca, Saldaña, que para bus-

car aliados á mi hermano me valga yo de medios tan bajos.

—Perdonad, señora, mi arretrato, replicó el de Cuellos mas sosegado: teneis razon, y yo mismo, á pesar de todo, no haria... ¿pero qué digo? haria cuanto vos quisiéseis. Pensad, sin embargo, en las circunstancias peligrosas en que se ve vuestro hermano; considerad que acaso puede necesitar un dia algun amigo que le proteja contra la injusticia. ¿Querriais vos ver á vuestro hermano, puesta la soga al cuello, marchando por las calles públicas, conducido al cadalso por el verdugo? ¿Querriais oirle nombrar traidor y ver rodar su cabeza ensangrentada por tierra?

—¡Saldaña! exclamó Leonor horrorizada: ¡basta! ¡por Dios! tened compasion de mí.

Saldaña prosiguió diciendo:

—¡Dichoso, sí, sí no hubiera otro mundo! pero inquieto allí mismo y penando, él volveria á reconvenirnos por haberle dejado morir. Y no lo dudeis, el triunfo es nuestro, y Hernando va á ser víctima de su entusiasmo. El rey va á llegar con un numeroso cuerpo de aguerridos veteranos; nuestros espías son mejores y mas diestros que los suyos; allí mismo, en su campo, hay quien se ha ofrecido ya á asesinarle ó á entregarle vivo, y su desgracia es tan cierta como que el sol nos alumbrará.

—¿Y qué quereis decir con eso? preguntó Leonor conmovida: ¿acaso os complaceis haciéndome padecer?

—¡Ojalá, Leonor, contestó Saldaña, sufriese yo aun más de lo que sufro y fueras tú feliz de ese modo! No, mi intencion no es esa; yo quiero hacerte ver solamente lo desdichado que soy. Figúrate un hombre que te idolatra, y que por la dura ley del honor se ve obligado á emplear sus armas contra tu hermano, quizá á encontrarse y á tener que pelear con él en el campo; un hombre que si ya no es detestado de tí por lo que ha hecho, va á serlo por lo que le queda que hacer. ¡Ah! entregado al verdugo, tu hermano bañando el cadalso con su noble sangre, es más dichoso que yo. A él le queda la ilusion de la gloria para aquel momento, la esperanza de un ilustre nombre en la posteridad y las alabanzas de su partido, mientras á mí, que en nada de esto cifro mi gloria, y que solo quisiera vivir en paz, y ser amado de ti, no me queda que aguardar sino la vida, tu ódio y mis eternos remordimientos.

—Sí, Saldaña, respondió Leonor, tú te ves precisado á combatir con él, pero no es de caballero tender asechanzas y hacer asesinar vilmente al enemigo que se presenta noblemente en el riesgo. Si le rodean traidores tú debes avisarle, al mismo tiempo que no debes huirle la cara frente á frente en el campo.

—Piensa, Leonor, respondió el de Cuellar, que nada me quedará que hacer por librarle; vive persuadida que hasta ahora está seguro de los asesinos que le cercan, y de que yo he dado orden de que se respete su vida, y cree tambien que aun si cayera prisionero del

rey, yo interpondría todo mi valimiento para salvarle. Si, todo por tí, Leonor, todo por tí, por quien estoy pronto á exponer riquezas, vida, honra, en fin, cuanto puede exponer un hombre.

—Y yo te lo agradeceré toda mi vida, y si hasta ahora no he tenido de tí sino memorias odiosas, entonces tendré al menos un recuerdo que me hará pensar en tí con agrado, y te miraré no como á mi perseguidor, no como al enemigo de mi familia, sino como al libertador de mi hermano.

—¡Un recuerdo! ¿y no más? exclamó Saldaña; pero tampoco merezco yo más. Tienes razon, Leonor, un recuerdo tuyo debe bastarme, y es el único premio que tengo derecho á exigir de tí.

El tono melancólico con que pronunció estas palabras, y la resignacion que manifestaba á su suerte, tal vez hubiera enternecido á Leonor, si la idea de riesgo en que se encontraba su hermano no tuviese únicamente ocupada su imaginacion.

—Yo confío, le dijo, en que apartareis de mi hermano cuantos lazos puedan tenderle los que no saben librarse de sus enemigos sino valiéndose de traidores y de asesinos. Si su suerte fuera morir al frente de sus partidarios, en tal caso no desmentiría yo la entereza de una dama de mi gerarquía, le lloraría en silencio, y me resignaría á mi desgracia. Pero si yo le veo apisionado ó muerto no por el valor sino por la ratera astucia de sus enemigos, contad, Saldaña, con mi eterno aborrecimiento, vos y cuantos sean sus contrarios.

Diciendo así se levantó de su asiento, y habiendo pedido permiso para retirarse á otra sala, se despidió de Saldaña, á quien enamoraban cada dia más las nuevas virtudes y gracias que descubria en su prisionera, al mismo tiempo que aumentaba su desesperacion el horrible contraste que ofrecian su corazon y el de ella si los comparaba.

Capítulo XXVI.

¡A tan leve culpa, tanta
ingratitud se ha juntado!
Mas quien nació desdichado
siempre el mal se le adelanta.

(*El caballero del Sacramento.*)

I.

Cuenta la historia que así como el paje se separó de su amo se dirigió á la habitacion de Zoraida, cuya puerta halló cerrada, y tardó mucho tiempo en hacer que le abriera la esclava que le servía

—¿Qué quereis? le preguntó ésta. Ya sabeis la orden de mi señora, que me ha prohibido que os deje entrar.

—Abre, niña, repuso el paje en tono muy dulce; yo no vengo á ofenderla; ó bien vé y dila que vengo de parte de mi señor.

La esclava obedeció al punto, y al cabo de un rato volvió á abrir la puerta, y entró Jimeno despues de halagarla las megillas con dos ó tres palmaditas suaves.

—Al entrar él, Zoraida se levantó con fiereza, aun-

que en medio de su resolucion se notaba cierto temblor convulsivo en todo su cuerpo.

Lucia en su mano derecha una daga desnuda, con que parecia amenazarle; pero su semblante estaba ya muy caido; pálida y desmejorada, apenas ofrecia ya á la vista aquel conjunto de orgullo y de hermosura que tanto la distinguia.

—Jimeno, le dijo con voz tan abatida como su rostro, pero que no desmentia por eso la audacia de sus palabras, si habeis venido á ultrajarme, entrad y vereis morir aquí mismo; dad un paso mas con esa intencion, y me atravieso el pecho con esta daga.

Turbóse el paje sorprendido de tanta resolucion, y sin atreverse á adelantar un paso quedó inmóvil, mirándola con sorpresa.

—Serénate, Zoraida, dijo aparentando el mismo abatimiento que ella. Conozco mi mal comportamiento contigo; te he dado motivos bastantes para hacerte desconfiar de mí; pero ¿qué sacrificios hay que yo no haya hecho despues para hacerte olvidar tus ultrajes y mi infamia? ¿No he estado á pique de perecer por librarte de tu rival? ¿No te he salvado dos veces la vida del furor de Saldaña? Y ahora mismo, créeme Zoraida, vengo á librarte de la horrible muerte que te preparan.

—Jimeno, repuso la mora, ¿qué me importa morir? ¿Ves tú que me rodeen tales dichas que deba sentir perderlas, ni que me halague la esperanza mas remota para lo futuro? ¿Ves tú como vivo, y puedes creer no

cifre yo mi única esperanza en la sepultura? Vete, pues; nadie puede oponerse á lo que está escrito en el libro de los destinos; vete, y déjame morir en paz.

—¡Ah! exclamó Jimeno: tú no sabes el tremendo fin que te aguarda, tú no sabes que género de muerte te apercibe tu fatalidad.

—Cualquiera que sea, replicó la mora, será mas dulce que vivir como vivo.

—¿Y tu venganza? repuso el paje.

—¿Qué me importa despues de muerta?

—Zoraida, voy á declararte la horrible trama que hay contra tí. Sancho Saldaña, lleno de ódio hácia tí, y por librarse de tu presencia, te ha delatado al tribunal eclesiástico por hechicera. Si niegas que lo eres, el tormento, que hará polvo tus huesos, te obligará á confesar cuanto quieran aquellos fanáticos, sufrirás la prueba del guantelete de fuego en que meterán esa mano de marfil, que solo debería quemar el amor con sus labios, pasarás por once barras ardiendo que abrasarán tus delicados piés, que ahora son gloria del suelo que pisas: tú no tienes á nadie que te defienda, ningun caballero tomará por tí la demanda, y todos te odiarán, y te maldecirán creyéndote bruja con la mejor fé del mundo. Tal es la suerte que te espera: seré breve, voy á pintarte la que te aguarda si te entregas á mi voluntad. El castillo de Cuellar no es el único castillo que hay en el mundo.

No lejos de Córdoba, en medio de la abundante y deliciosa Andalucía, posee un caballero pariente mio

una fortaleza magnífica, rodeada no solo de fuertes muros, sino de frondosos jardines, bajo un cielo de cristal purísimo, que junto á ellos son arenosos páramos los tan ponderados de este castillo.

Es aquel el país de las bellas y de los amantes, aquel el suelo que tantos recuerdos conserva y tantas maravillas muestra de lo que fueron y fabricaron tus padres; de allí se dijo con razón que ríos de miel y de leche fecundaban aquellas tierras; allí tu vida...

—Basta, Jimeno, interrumpió Zoraida; ni la vida ni la venganza quiero de ti; te odio, y prefiero mil tormentos y mil oprobios á deberte mi salvación.

—Piensa más tus respuestas, repuso el paje; los momentos son preciosos, cada instante que pasa te acerca á la eternidad. No creas que tu inocencia te salve. Los jueces que te han de oír no harán sino lo que quiera Sancho Saldaña. Son además fanáticos y supersticiosos como él, y tienes contra tí la opinión del vulgo bárbaro, que hace mucho tiempo te cree hechicera. Todos pedirán á gritos tu muerte, y tus lágrimas, tus ruegos y tu belleza no te valdrán siquiera una muestra de compasión.

—Tu vista, replicó Zoraida, me horroriza mas que cuantos tormentos me pintas.

—No hago caso de tus palabras, repuso Jimeno; lo que me importa es salvarte, y quizá dentro de algun tiempo me sea imposible; sígueme.

—Jamás.

—¿Tan horrible te parezco que aun dudas escoger

entre el cadalso y mi amor? preguntó el paje. Piensa, Zoraida, lo que vas á decir; no te dejes llevar de tu resentimiento conmigo, y obra no por amor de mí, sino por tu propia conveniencia y seguridad.

—He dicho, respondió la mora con entereza.

—¿Has elegido ya? preguntó el paje con cierta sonrisa irónica.

—Sí, repuso con firmeza Zoraida; la muerte.

—Pues bien, yo tambien me gozo en que mueras, replicó el paje mudando de tono con mucha calma. Tambien hay placer en ser malo; sí, yo mismo te acompañaré al tribunal, al patíbulo, te perseguiré hasta que espires, y me burlaré de tus súplicas cuando te acuerdes de que he podido salvarte y quieras que entonces te salve. Desengáñate, tú no estas acostumbrada á sufrir, y la vista del cadalso y los martirios de la tortura te harán arrepentir aun y cambiar de opinion. Todavía te has de arrojar tú misma en mis brazos.

—Jimeno, contestó la mora, tu perversidad prueba esa calma irónica con que hablas; ni aun sientes la passion de la ira viéndote despreciado de la que dices que amas. Tú no haces sino calcular lo que has de decir. Huye, mónstruo: ¿qué vale un mundo en que habitan y medran séres tan viles como tú?

—No, no siento nada, como tú dices, prosiguió el paje con la misma sangre fria y tono irónico, ni aun siento deseos de vengarme de tí; pero tú no sabes aun hasta dónde llega mi perversidad; sabe que yo que

trataba de libertarte, yo que te amo, yo soy tu acusador ante el tribunal.

II.

En este momento las puertas de la habitacion se abrieron de par en par, y dos hombres vestidos de negro, de siniestro aspecto y con traza de alguaciles, entraron en el aposento.

Eran sus fisonomías de aquellas en que se nota al mismo tiempo el sello de la estupidez y el de la crueldad, que suele dar el oficio.

Venia tras de ellos á corta distancia un eclesiástico marchando con pasos muy mesurados, y murmurando entre dientes algunos rezos, y junto á él, trémulo, pálido, y sin atreverse á alzar los ojos del suelo, caminaba el mismo Sancho Saldaña.

Los remordimientos que le despedazaban continuamente se habian aumentado en aquel instante en su corazon al verse forzado él mismo á entregar al verdugo aquella mujer cuyo único delito era amarle, á quien él mismo habia sacrificado y perdido, y cuya inocencia del crimen que la imputaban debia de ser para él tan clara como la luz del sol.

Aquella mujer que habia hecho en otro tiempo su felicidad, á quien él habia desdeñado tan sin razon, y cuyo amor iba él á premiar llenándola de infamia y haciéndola quemar viva.

No podia menos de horrorizarse de sí mismo viéndose delante de ella.

Apenas acertaba á moverse, y sentia un dolor agudo en su corazon, como si le atravesasen con un puñal de dos filos.

Motejábase de infame y de malvado entre sí, tenía-se por más despreciable y bajo que el insecto más infeliz, se apiadaba de ella, pensaba en los martirios que iba á sufrir, en las maldiciones que le echaria en la hora de su muerte; veíala irse quemando poco á poco reclinada sobre la hoguera, y sin sentirlo él mismo se despedazaba las manos, hincándose las uñas hasta los huesos, y rechinaba los dientes, pero no por eso cambiaba de resolucion.

Mirábale atentamente Zoraida, sorprendida de verle allí, sin osar todavía imaginarse que era aquel mismo hombre que la habia amado tanto el mismo que la condenaba á morir de aquel modo.

Parecíale imposible que fuese él, y más de una vez creyó que le engañaban sus ojos.

Pero no habia que dudarlo, era Saldaña; era su amante, el que tantas veces la habia jurado que la adoraria eternamente; era el mismo que estaba allí, y que venia acompañando á los que venian á prenderla; era Saldaña, que hubiera querido en aquel momento que se hundiese la tierra bajo sus piés por no verse delante de ella representando tan villano papel, que llevaba en su alma su más cruel suplicio, pero inmutable, fijo, inexorable en su bárbara resolucion.

III.

Los dos hombres y el eclesiástico se adelantaron hácia la mora, que distraída mirando fijamente á Saldaña, no hacia caso de nada que le rodeaba, mientras él, avergonzado y cabizbajo, se habia quedado inmóvil en el umbral de la puerta.

Solo el paje parecia haber conservado toda su serenidad, aunque algo sorprendido de la llegada de aquellos hombres, á quienes él no esperaba hasta el dia siguiente, no obstante que á veces solia cambiar de color cuando miraba á Zoraida.

Los dos satélites del tribunal rodearon á la mora, y el sacerdote, despues de haber hecho su vénia á Saldaña, que casi no le miró, colocándose delante de ella, leyó con voz muy campanuda y sonora el acta de prision, que estaba en latin, y en que le ordenaban se apoderase de la persona de aquella mujer, acusada de usar de maleficios y hechizos para cautivar á los hombres.

No entendió Zoraida, como es de presumir, ni una palabra de las que el mandamiento rezaba, hallándose escrito en lengua que le era estraña, pero no por eso dejó de conocer de lo que se trataba, y mucho mas cuando oyó á los dos piadosos oficiales del tribunal intimarla la órden de entregarse presa á tiempo que

cada uno por su lado la sujetaba tan fuertemente de un brazo que la obligaron á dar un grito.

No pudo ménos Saldaña de apartar los ojos y volver la cabeza á otro lado en aquel instante.

El sacerdote hizo señas á los dos ministros que la sacasen de allí, y el paje se sonrió como podría sonreirse un demonio.

Habia vuelto Zoraida de su primer asombro, y recobrando todo su ánimo, no pudo ménos de echar una mirada de triunfo á Saldaña, gozosa, en medio de su desgracia, con los tormentos que aquella escena causaba en su corazón.

Sin duda ella en aquel momento era mucho mas dichosa que él, puesto que podia levantar su frente sin rubor, serena, y sin la marca de la vergüenza, mientras que su pérfido amante se veía allí delante de ella con todo el abatimiento y el oprobio de un hombre cuyo crimen le hace detestarse á sí mismo.

Al pasar junto á Saldaña sintió éste un frio por todo su cuerpo tan intenso que le penetraba hasta los huesos, sus rodillas se doblaron, y quiso articular algunas palabras. Solo se le pudo entender que decia:

—¿Me perdonas?

Zoraida le miró con desden y menosprecio.

—No, le contestó; jamás te perdonaré. Tanto cuanto te he amado te aborrezco. Te he perseguido, he querido vengarme de tí, pero no me movía á hacerlo mas que mi amor. Podias en un acceso de cólera haberme muerto de una puñalada, haberme ahogado

entre tus brazos, y yo te habria perdonado. ¡Pero entregarme friamente á mis verdugos!!! Tú eres un malvado, y jamás te perdonaré.

—¡Zoraida, Zoraida! gritó Saldaña de rodillas, y tendiendo hácia ella los brazos. No os la lleveis sin que diga que me perdona, porque Dios me castigará.

El sacerdote hizo señas á los alguaciles de que anduviesen, y dijo:

—Está hechizado, no hay duda. *Miserere nobis domine secundum magnam misericordiam tuam.* Y echó á andar detrás de ellos, seguido del paje, si atender á los gritos del supersticioso Saldaña.

Capítulo XXVII.

Deslumbrantes armas,
petos argentinos,
caballos, pendones
moviendo continuo
destellaban juntos
entre el polverío
tornasoles tales
que el verlo era hechizo.
Y á dó tan bizarros
irán los caudillos,
y para el combate
tan apercebidos?

(De D. J. G. Villalta.)

I.

Rayaba apenas el sol en el oriente, dos dias despues de la muerte del señor de Haro, cuando por las estensas llanuras que desde el castillo de Cuellar se descubren camino de Valladolid, divisaron los vigias de la fortaleza á lo lejos una inmensa polvareda, como podria levantar la marcha de algun numeroso ejército.

Veíanse ademas de cuando en cuando, arrojando un mar de luz en los aires, resplandecer acaso confu-

samente las armaduras, y los erguidos y blancos penachos de los caballeros ondear graciosamente á merced del viento como un bosque de palmas.

Oíanse ya mas cerca con belicioso y alborotado estrépito el relincho de los caballos, el ruido de los tambores, el crujido de las armas y el mezclado son de los lilelies, clarines y otros instrumentos de guerra, con tan marcial y confundido estruendo que arrebatava los ánimos, asordaba los campos, retemblaba la tierra y pasmaba el verlo.

Correspondia á este aparato guerrero con no menos pompa y estrépito la guarnicion del castillo, que puesta parte de ella sobre las murallas, y parte en la llanura fuera de la fortaleza, ya asestaban aquellos sus arcos desde las almenas con ademan guerrero como si esperasen sus enemigos, ya estos maniobraban en sus gallardos bridones con ligeros escarceos, caminando al encuentro de los que se acercaban, ya como estátuas de hierro en sus pesados caballos; otro bando de ellos aguardaba á pié firme caladas las viseras, la lanza en la cuja y la espada desnuda colgada de la cadenilla que la aseguraba á la mano derecha, prontos á enristrar lanza al momento.

Sonaban las músicas de uno y otro ejército algunas tocatas guerreras, las campanas de la ciudad echadas á vuelo en señal de fiesta con atronador estruendo aumentaban la confusion, los truenos del castillo retumbaban á la redonda, y los gritos, los vivas, la alegría de la multitud, las ventanas coronadas de hermosas

damas, las plazas inundadas de gente hacian aquel espectáculo tan vário y divertido como imponente y terrible.

Admiraba ver juntos todos los preparativos de una fiesta en que brillaba en los rostros el regocijo, al mismo tiempo que todos los aparatos de guerra y los semblantes marcialmente severos de los soldados.

Y pocos consideraban en aquel instante viendo aquella multitud de banderas, aquellas armaduras tan relucientes, aquellos tan briosos caballos, y aquel tan numeroso escuadron de hombres tan llenos de vida, de galas y de bizarría, que no pasaria mucho tiempo sin que esparciesen por todas partes el terror, el desórden y la muerte; que sus armaduras caerian desbaratadas en piezas al golpe de los ensangrentados aceros, y que ellos y sus caballos servirian de banquete á ambrientos perros y á carnívoras aves, yertos ya y sin ánimo sus robustos cuerpos.

Entonces todo era fiesta, todo era júbilo, y si pensaban en el dia de la batalla, era pensando en vencer, y alentados con mil esperanzas, y mil ilusiones de gloria.

II.

Fuéronse, pues, acercando en buen órden, y cuando ya las tropas ligeras de Saldaña se hallaban cerca de las que venian, pararon aquellas, y un guerrero, cuyo melancólico rostro formaba un singular contraste con

su lujosa armadura y buen aderezo, de magestuoso continente y gigantesca estatura, á galope en un alazan de fuego, se adelantó de sus tropas y salió á recibir á Sancho el Bravo, que armado todo menos el casco, venia, rodeado de sus principales caballeros, montado en un tordo árabe, cuya soberbia lozanía sujetaba con indecible agilidad y destreza.

Llevaba el rey en la cabeza un bonete de terciopelo, color carmesí, de donde le volaban infinitas plumas de varios y bien casados colores; vestía una aljuba sobre la coraza, bordada toda de oro, y á su lado detras de él llevaba un escudero su lanza, su escudo y el yelmo, que rodeado de puntas de hierro, y solo adornado de algunas plumas blancas, mostraba que no lo traía para un torneo, sino para usarlo en la guerra.

Descollaba á su lado por su aventajada estatura y grave porte el muy noble señor D. Juan Nuñez de Lara, primer rico-hombre del reino, asimismo armado y á caballo, y cubierto el caparazon de su palafren de una piel de tigre real, de que á su padre D. Juan habia hecho don el famoso Vargas Machuca, despues que despojó de ella al intrépido Ben-Omar-Ben-Hacen, sobrino del rey de Marruecos, á quien combatió y venció en singular batalla cuando el sitio de Sevilla, delante del rey D. Fernando.

El orgullo y las altas pretensiones de esta familia habian hecho célebre su nombre en todas las revoluciones anteriores á nuestra época, no pudiendo los

reyes menos de ceder en algo á caballeros tan puntillosos de su derecho, y que por el menor motivo se querellaban con ellos.

Pero nunca como ahora despues de la muerte del de Haro se habian presentado en el apojeio de su poder, por lo que á pesar de la premura del tiempo, y no haber podido enviar á reclutar gente en sus señorios, habia traído D. Juan al rey en aquella ocasion mas de cuatrocientas lanzas, la mayor parte veteranos de nombradía, que eran los primeros que rompian la marcha, enarbolando en alto el glorioso pendon de su casa.

Ocupaba la izquierda del rey, el valeroso Lopez Salcedo, capitan de lanceros, y uno de los guerreros de más fama en aquellos tiempos, que sujetó despues y puso en orden á los vizcainos que habia sublevado contra D. Sancho, el hijo del mal aventurado don Lope.

Marchaba éste todo cubierto de hierro sin lujo, y aunque pequeño de cuerpo, parecia sostener el peso de sus armas sin trabajo ni fatiga alguna, antes bien, la enorme maza de hierro que colgaba al arzon de su silla, probaba bien á las claras la fortaleza de su musculatura.

Quisiéramos referir todos los nombres, todas las cifras y las armas de los demás ilustres caballeros que allí venian; pero la crónica de que copiamos no hace justamente mencion particular de ellos, y por no faltar á la verdad histórica, nos vemos obligados á pasar

en claro todo el ejército, sin poder dar cuenta de las banderas, motes y nombres de tantos célebres capitanes.

Pero felizmente la misma crónica, aunque concisa y mezquina sobre ciertos puntos, despues de enojar al lector, algunas veces por su demasiada estrechez y brevedad ruin, suele tambien divertirle agradablemente otras, y aun desarrugar su ceño entreteniéndole con descripciones sobremanera sabrosas y de buen leer.

Así que, en esta ocasion, puesto que calla los nombres de los valientes, lo que tal vez hizo el autor que vivió en aquellos tiempos, por envidia ó superchería, ensalza y alaba con entusiasmo la hermosura, á fuer de buen caballero, de algunas damas que en su litera venian detras del ejército, cuyos rostros, trajes y condiciones, describe con admirable minuciosidad, encomiando la nobleza de sus apellidos, la sobrehumana belleza en que escedian, dice el autor, á quanto él habia visto hasta entonces, y la riqueza de sus preseas y alhajas, cada una de las cuales era fama *que bien valia una cibdad*.

Sentimos empero no ser enteramente de la opinion del cronista; pero faltariamos á la verdad si como él exagerásemos la hermosura de aquellas damas, con méngua y agravio de las que son adorno y gala de nuestras fiestas, y mucho más si pusiésemos á tan alto precio las joyas que las engalaban, dando envidia á nuestras más ricas fembras, y susto y temor á sus maridos.

Baste decir, que en la litera venian la reina y otras dos damas suyas: que doña María, esposa de Sancho el Bravo, tenia más de talento que de belleza, y que el lujo y la pedrería que llevaban, han hecho creer que dió causa al prudente refran tan sabido de *antes que te cases, mira lo que haces*.

III.

Era la reina de mediana estatura y bastante airosa, de tez morena, pero sumamente agraciada, de animada fisonomía y de ademan señorial, realizando sobre todo la expresion de su rostro, sus hermosos ojos árabes, cuyas negras pestañas al caer podria haberlas comparado cualquier poeta clásico, á dos nubes cubriendo un sol en cada uno de ellos, puesto que esto de nubes no hermosea mucho los ojos.

Las otras damas no eran tampoco mal parecidas, sin embargo que una de ellas, y, permítasenos esta descortesía, rayaba ya en los cuarenta, edad en que si una mujer no es vieja, empieza por lo ménos á envejecer.

Rodeaban esta litera algunos caballeros muy principales, aunque el rey y otros que las habian acompañado hasta entonces, se habian adelantado y puesto al frente de las tropas, para recibir el homenaje que debia hacerles á la cabeza de las suyas, nuestro héroe el Castellano de Cuellar.

Llegó éste al rey con aquella indiferencia y triste-

za propia de él, y ya iba á echar pié á tierra, cuando el rey, alargándole la mano se lo estorbó, apretándole la suya amistosamente.

Hicieron alto en este momento ambos ejércitos, y las músicas de uno y otro corrieron á cubrir el camino que habia desde allí al castillo, tocando varias alegres sonatas, en medio de los vivas de la multitud.

Tomó Sancho Saldaña el lugar de preferencia junto al rey, que le cedió Salcedo, puesto que el de Lara no hubiera hecho tal cumplimiento á nadie.

Y en llegando al castillo pararon, y las tropas desfilaron en buen orden delante de ellos, entrando en el pueblo, que estaba á la izquierda por aquel lado, las tropas del rey delante, y las de Saldaña á retaguardia.

En esto, y en medio de los dos ejércitos, llegó la litera en que las damas venian, y habiendo echado todos pié á tierra, á ejemplo del rey, se adelantaron á recibirlas.

IV.

—¿Qué os distrae, buen Saldaña, que no venís á ayudar esas damas á que salgan de la litera, ó acaso teneis en vuestro castillo quien os pide celosa cuenta de vuestras acciones? preguntó el rey á nuestro héroe viendo que no se movia más que si fuera de piedra.

—Perdóne vuestra alteza, replicó Saldaña, si mi cabeza no está para cumplimientos. No obstante, sentiria perder la honra que vuestra alteza me ofrece.

Y diciendo así se encaminó hácia la litera, que ya habia hecho alto, y despues de abierta la portezuela hincó rodilla en tierra como los demás caballeros, y besó respetuosamente la mano de doña Maria, que se apeó en brazos de su esposo, mientras las otras dos damas que la acompañaban, aceptaron las finezas de los cumplidos caballeros, que se apresuraron á servir las, aunque es fama que á la más madura en años movió á obsequiarla, más que el deseo, la cortesía de los que se acercaron.

—Permitidme, señor, dijo Saldaña, que os guíe, ya que vuestra alteza se ha dignado venirme á ver á mi castillo de Cuellar.

—Id delante, buen caballero, repuso el rey, que quien siempre fué delante en la batalla, justo es que vaya delante siempre.

Hízole Saldaña una ligera inclinacion de cabeza, pero su carácter oscuro no le dejó agradecer con palabras la cortesanía del rey, de lo que murmuraron no poco muchos de los palaciegos, y entre ellos el dean de Sevilla, que ya conoce el lector.

—¡Cómo ha cambiado este hombre! dijo á Lopez Salcedo: ¡ha perdido hasta el modo de hablar! ¿No veis con qué agasajo le trata su alteza, y que áspera y bruscamente responde cuando le da la gana de responder? ¿A qué atribuíis eso, señor Salcedo?

—A su carácter un tantó orgulloso, ó quizá á sus distracciones continuas.

—¡Distracciones! Si hablára con un villano, sería

natural distraerse; ¡pero con un rey! Os protesto, amigo mío, que yo no puedo atribuirlo sino á que estos señores que no frecuentan la corte se hacen tan sombríos y rudos como los castillos que habitan.

—Todo puede ser, repuso Lopez Salcedo.

V.

Entretanto acabaron de desfilas las tropas en medio de los gritos y algazara del pueblo, que se confundia con la estrepitosa fanfarria de las músicas.

Los principales caballeros entraron en el fuerte detrás del rey, razonando unos con otros, ya del despego del señor de Cuellar, que apenas habia cumplido con el ceremonial de recibimiento, ya de las buenas obras del castillo y preparativos militares que en él habia, cada uno segun su inclinacion cortesana ó aficion á las cosas de guerra.

Camparon las tropas, parte en las alturas que rodea el pueblo, y las que cupieron se alojaron en el castillo.

Era de ver todos aquellos cerros cubiertos de tiendas, en que tremolaban mil diferentes banderas de los nobles que allí venian brillando al sol, que adelantaba su curso, tornasoladas de mil colores, llenas las colinas de armados guerreros, sonando con militar estruendo los ecos, y todo vida y movimiento donde pocas horas antes solo alteraba el silencio la gallarda moza que con su cántaro en la cabeza pasaba cantando á tomar

agua de la cercana fuente, el balido de las ovejas ó el ladrido del perro que las guardaba.

El pueblo, mitad de él hundido en las faldas de los oteros por un lado, y empinado hácia el otro extremo donde levanta sus almenas la fortaleza en forma de magnífico anfiteatro, los caseríos que acá y allá en los llanos y las alturas se descubrian, las torres del castillo coronadas de armada gente que al sol resplandecian como si fueran de plata, los alminares y veletas de las iglesias iluminadas de luz, los estendidos campos, cubiertos de segadas espigas hazinadas ya para las heras, los pinares que á lo lejos por un lado y otro rodean aquella vasta campiña, el cielo claro, el sol en todo su brillo, el horizonte por término á la vista, los soldados que arreglaban sus tiendas, las gentes que iban y venian al campamento, el ruido de los instrumentos marciales, el bullicio de la multitud, los cantos de los soldados, todo presentaba el mas vistoso cuadro y formaba la mas discordante armonía que puede crear la imaginacion.

Entretanto Sancho Saldaña del mejor modo que pudo cumplimentó á sus reales huéspedes, supliendo á su cortesania el buen trato, las opíparas mesas que hizo servir no solo á los reyes, sino á cuantos venian en la comitiva, y los magníficos aposentos en que alojó á los mas principales, todo lo cual hizo que el dean no le encontrase tan cambiado ni grosero como en un principio le pareció.

Creían muchos que Saldaña haria desocupar el cuar-

to que habitaba Leonor en obsequio de la reina, siendo la mejor y mas elegante habitacion del castillo; pero se engañaron en su creencia, porque el ceñudo castellano condujo á su alteza al segundo piso á la habitacion de la mora, puesto que tuvo la atencion de decirle que desearia un palacio entero que ofrecerla, no siendo todo su castillo digno de contener en su seno tanta grandeza.

Bajó en seguida con Sancho el Bravo á la estancia que debia ocupar, y cuya descripcion hemos ya dado.

Hablaron allí, estando presente el de Lara, acerca de los asuntos políticos de la época, y Saldaña manifestó la situacion de toda aquella provincia, presentó un estado de las fuerzas de los conjurados, y despues de varios debates tomaron algunas determinaciones cuyos efectos verá bien pronto el lector.

Capítulo XXVIII.

Ese maldito usurero

.....
que por grangear dinero

pondría en venta á su hermano,

reza á San Pedro, á San Juan,

á San Cosme y San Damian

y á toda la letanía.

(De D. Manuel Breton de los Herreros.)

Luego que Saldaña se retiró á su habitacion, donde Duarte y Garcia le aguardaban para desarmarle, se arrojó en su sillón como un hombre fatigado y harto de cuanto ha hecho y ha visto.

Quedó un rato pensativo y callado, hasta que dando un suspiro y encogiéndose de hombros llamó á Duarte y le preguntó por su favorito paje.

—Señor, repuso, con la bulla que ha habido hoy no he tenido tiempo siquiera para pensar en mí mismo, cuanto más en el paje: muy ocupado debe estar cuando no se ha presentado por ningun lado.

—Está bien, vete, que ya estás hablando demás, replicó Saldaña; cuando venga que entre.

—Muy bien, repuso el viejo: el demonio del niño, maldito él sea, prosiguió gruñendo entre dientes, que no parece sino que... un hombre como yo...

Perdiéronse á lo lejos sus murmullos, y Saldaña quedó otra vez solo, hablando consigo mismo, y comparando la situacion de su alma con el semblante que habia tenido que tomar aquel dia para recibir al monarca.

Parecíale que era cada momento más infeliz, y recordaba los dias de quietud del castillo en que no habia tenido que disimular sus pesares para agradar á nadie, ni sufrir tanto enfadoso ruido ni vocería; solo y desgraciado sí, pero pudiendo desahogarse á su libertad: figurábase que no era dueño ahora de su castillo, ni podia llorar ni maldecir su suerte, sino que como un miserable bufon tenia que someterse á la voluntad de su amo, y renegaba entónces de la venida del rey y de tanta gente llegada allí solo para enojarle y cansarle con sus insípidos cumplimientos y necias charlatanerías.

Hubiera deseado haber podido arrojar de allí á todos, castigar á los habitantes de Cuellar por la alegría que manifestaban, y quedarse solo sin más compañía que la de su pérfido confidente el paje, ni otra persona en su fortaleza que su desdichada cautiva.

De cuando en cuando si llegaba á sus oidos algun grito de contento, ó las carcajadas de los que por los

cercanos corredores atravesaban, se encendian sus ojos, doblaba el ceño, apretaba los puños, dando señales de la ira que le abrasaba.

Cansado de estar sentado se paseaba, cansado de pasearse se sentaba; en fin, nunca á su entender habia tenido un dia de más desagrado, inquietud y desasosiego que áquel; y pensando que aun le quedaban muchos que pasar de aquel mismo modo, prorumpia en imprecaciones contra la suerte de Zoraida, y pensando supersticiosamente en los cargos á que este hecho daría lugar contra él en el otro mundo, aunque interiormente echaba la culpa al paje, y trataba de persuadirse que el pecado recaía sobre Jimeno, no podia sin embargo acallar los gritos de su conciencia.

¿Y por qué, decia, he de temer yo, cuando Jimeno no teme, que es el autor de este proyecto? Yo no tengo nada que ver con lo que él haga. ¿Peco yo acaso por haberle dejado llevarlo á efecto? ¿No fue él quien lo propuso? ¿Y por último, no es ella una mujer infame y de otra religion que la mia? No, no tengo cuidado: ya sabré yo en muriéndome lo que tengo que responder; no me cogerá el diablo desprevenido.

Su corazon empero no quedaba tranquilo á despecho de sus argumentos.

Tales eran sus pensamientos, cuando el elegante Jimeno pidió permiso para entrar á verle, y luego que lo obtuvo empujó la puerta y entró acompañado de un hombre, cuyos ojos hundidos y relucientes, sus táctos y atentados pasos, y el rosario que traía en su ma-

no, daban á entender que no podia ser otro que Zacarías.

II.

—*Benedictus in nomine Domini*, dijo el hipócrita sin levantar los ojos del suelo.

No le miró siquiera Saldaña, ni hizo de él mas caso que de un perro que hubiese entrado, sino que volviendo á Jimeno, y habiéndole hecho señas que se acercara, le preguntó:

—¿Has desempeñado tu encargo?

—Ved aquí, señor, repuso el paje, un buen hombre dispuesto á hacer cuanto se le mande, con tal que se le pague bien.

Fijó en él Saldaña los ojos, y no pudo menos de sentir interiormente cierta gana de hacerle ahorcar, pareciéndole que en pocos pescuezos podria emplearse un cordel mas dignamente que en el suyo; y Jimeno, que leía en el alma de su señor, no pudo menos de sonreirse.

Estaba Zacarías á la izquierda del paje y enfrente del de Cuellar, que ocupaba una silla, con las manos cruzadas, los ojos bajos y rezando sin duda, á juzgar por el movimiento continuo de sus lábios, sin atender ni á uno ni á otro, y levantando los ojos únicamente cuando no le miraba ninguno.

—¿Quién eres? le preguntó Saldaña con aspereza.

—Soy, ó benignísimo y esclarecidísimo señor, un humilde siervo de Dios, un pecador á quien no bastará llorar toda su vida para llorar como debe sus pecados. *Lacrimæ rerum*.

—Es, le interrumpió Jimeno, el insigne Zacarías, piadoso director de las conciencias de los que tiene á sus órdenes el Velludo.

—Un miserable morador del desierto, añadió Zacarías con su voz compungida y meloso tono.

—Lo que tú tienes, dijo el de Cuellar, es traza de ser el mas consumado bribon que he visto en toda mi vida.

—Así es, añadió el paje.

—*Laus tibi Domine*, loado sea el Señor, replicó Zacarías; mas padeció Jesucristo por nosotros: estoy no obstante al servicio de vuestra grandeza, y bien puede creerme la vuestra escelsitud que mas me inclina á servirle su gracia la buena fama que de religioso tiene que el dinero que espero en Dios que me pagará, sin embargo que el artesano vive de su salario.

—Ya te habrá dicho mi paje lo que quiero que hagas, respondió Saldaña, y creo que hace ya algunos dias que te entiendes con él.

—Señor, hasta ahora solo he servido de espía con el ayuda de Dios, y por mi conducto han llegado á noticias de vuestra grandeza los movimientos de los rebeldes, y los planes que fabrican contra el ungido.

—Ademas, prosiguió el paje, se ha ofrecido á asesinar al jefe de los revoltosos.

—¿A Hernando de Iscar? Por vida de mi padre, Jimeno, dijo Saldaña, que tú no quieres sino cargar mi alma con nuevos crímenes. El primero que siquiera le mire mal le he de arrancar yo mismo los ojos.

—Eso es lo mismo que digo yo, repuso Zacarias sin alterarse; nada que perjudique el alma debe hacerse jamás, aunque vaya en ello la vida: *Animæ mea pura*, etc., por no cansaros. Yo he pensado un medio de matarle sin que su sangre caiga sobre nosotros, y en cuanto á mirarle mal, yo le miraré, os juro, con la mayor dulzura en aquel momento.

—Las órdenes que me disteis... dijo el paje.

—Las órdenes que yo te di fueron que me le entregasen vivo, y no que ningun villano le asesinara, contestó Saldaña encolerizado.

—Señor, repuso Jimeno, eso quizá sea imposible.

—Pues entonces largáos de aquí tú y ese miserable gazmoño al instante, replicó Saldaña.

—No os encolericéis, eminentísimo señor, respondió Zacarias; la cólera es uno de los siete pecados mortales, y...

—Quita allá, vive Dios, tú y tus pecados mortales, interrumpió Saldaña levantándose con la intencion sin duda de darle de puntillones.

Pero Zacarias viéndole tan irritado se determinó á aplacarle diciendo:

—Vuestra grandeza debe saber que hasta lo imposible suele vencerse con el ayuda de Dios. *Deo volente*.

—Pues es preciso, replicó Saldaña sentándose de nuevo mas sosegado, que Dios quiera.

—Considerad, señor, repuso el paje, que el señor de Iscar está siempre rodeado de caballeros, y que él lo es muy valiente para que se deje prender de un villano.

—El Espíritu Santo, exclamó Zacarías, acaba de iluminarme ahora mismo. ¡Oh! ¡Santo de los Santos! ¡oh, esplendor divino! Bien podeis decir que Dios os favorece cuando me ha inspirado tan luminosa idea en vuestra ayuda.

—Habla y déjate de exclamaciones, respondió Saldaña.

—El Señor pondrá susto en su alma y... *escelsa turris...* Hoy se me ha olvidado casi todo el latin que sabia: vos vereis; pero la empresa merece vuestra atencion, y vuestra grandeza debe saber que tanto vales cuanto tienes; y que así como antes trataba yo de emplear algunas monedas en beneficio del alma de ese caballero, dándole ya por difunto, ahora pienso será bueno rezar á las ánimas benditas, á San Cosme, á San Damian, á las once mil Vírgenes y á los innumerables Mártires de Zaragoza para que salgamos bien con nuestra intencion.

III.

El acarnerado rostro de Zacarías tomó una espresion particularmente devota en este punto, cruzó las manos sobre el pecho, y perdidos los ojos en el techo

no dejaba por eso de lanzar de reojo algunas miradas hácia Saldaña, para ver si se daba por entendido, ó era preciso usar de más claridad.

El paje con ademan socarron le miraba y se sonreía.

—Tú puedes rezar, respondió el de Cuellar, á cuantos santos y mártires te parezca, pero ahora lo que has de hacer es esplicarme tu plan.

—No hay duda, replicó Zacarías; vuestra grandeza sabe lo que ha de hacer este humildísimo siervo, vil lombriz del fango, *pulvis*, etc. Pero suponiendo por un momento que vuestra escelsitud se encargase de rezar tanto Pater noster y tanta Ave-María, amen de una estacion por cada espina de la corona de Cristo nuestro bien, lo cual no sería estraño en un tan religioso varon como vuestra grandeza....

—Quita allá, mal ladron: ¿cómo habia yo de encargarme de rezar tanto? Falta ademas que yo pudiese rezar... replicó Saldaña: déjate de hipocresias conmigo, no sea que usarlas te cueste caro: habla, ó vete.

—Pero, señor, poderosísimo señor, respondió Zacarías con la mayor humildad, vuestra grandeza sabe muy bien que cada uno tiene sus esplicaderas. Dios pone valor en el corazon del guerrero y ciencia en la lengua del sábio. Yo rezaría todo eso, porque esas son mis oraciones diarias; pero hombres santos hay cuyas súplicas valen más que las mias para con Dios. Pero ellos están harto ocupados en el culto divino, y es menester pagarles su trabajo; ya sabeis que tantas oraciones dan ocupacion para algunos dias, y yo me

encargaria de llevarles el dinero y de entregárselo, por lo que no sería malo que vuestra grandeza añada algo más á lo que tiene intencion de pagarme. Yo me contentaria con un cornado por cada estacion.

—Maldito demonio, replicó Saldaña irritado, si hay que rezar á cada uno de los innumerables mártires, ¿dónde piensas que hay dinero para pagarte? Hu-ye de mi presencia, y cuenta que voy á dar orden para que te disparen tantas flechas como Ave-Marías me has pedido.

—No se enoje vuestra escelsitud, replicó Zacarías: aquí mi amigo Jimeno tasará mi trabajo.

—¡Amigo! ¡puf! interrumpió el paje mirándole con desden.

—Pues señor, yo, continuó el hipócrita, si no ofrezco algo á las ánimas benditas soy hombre al agua y no sirvo para nada, ni á nada me atrevo absolutamente, porque antes es en mí la devocion que otra cosa cualquiera.

Volvióse el de Cuellar sobre su sillón harto enojado con la falsedad y avaricia del buen Zacarías, y apoyando la cabeza sobre la mano derecha, afirmando el codo en el cincelado respaldo, quedó un rato pensativo, dudando si le mandaria ahorcar y haria ese favor más á la humanidad, ó si seguiria valiéndose de él, vista la mucha necesidad que de sus servicios tenia, y consentiria en cuanto le pidiese.

El hecho era que sus esperanzas no podian absolutamente cumplirse sino lograba tomar prisionero al

de Iscar, hazaña casi imposible de verificarse á no valerse de la astucia de alguno de su partido que lo entregara.

Esta reflexion, que para él tenia más fuerza que cualquiera otra, le determinó á todo y á dar cuanto Zacarías exigiese, aunque tuviese que empeñar sus tierras y sus castillos para satisfacer su codicia.

Repugnábale, no obstante, tener que ponerse á merced de un villano que, segun las ideas de aquel siglo, debia tener á mucha honra servir á un caballero tan principal como él, y cuya vida debia estar á su placer, pronto á sacrificar.

Pero como no habia más remedio, era preciso pasar por todo; y volviéndose hácia el piadoso varon, que con aire meditabundo parecia que estaba contando los innumerables cornados que le pedia.

—Malsin, le dijo, admirable es la paciencia con que he visto tu descaro sin haberte ya hecho empalar. Con todo, quiero hoy hacer prueba de mi bondad para ver tu insolencia hasta dónde llega. Tasa tú mismo lo que vale tu traicion, y veremos.

—Señor, respondió Zacarías, vuestra bondad y mansedumbre os colocarán algun dia en el paraíso, como tan santo varon merece. Pero yo puedo juraros y os juro, añadió poniendo los índices de ambas manos uno sobre otro en forma de cruz acercándolos á sus labios, por esta señal de la cruz, que el dinero que os pido es para un buen fin, y que si se tratara de mí me contentaria con el que quisiéreis darme. Veo, sin embar-

go, vuestra generosidad y magnificencia, y voy á tasar poco más ó ménos lo que creo que valdrá tanto rezo. En primer lugar, por cada estacion pondré un cornado, moneda ínfima, como vos sabeis; ahora bien, en cuanto á las ánimas benditas, debe haber infinitas en el purgatorio, y se puede regular unos ochocientos millones de almas, echando corto. Las once mil Vírgenes es poca cosa. Pasemos ahora á los innumerables mártires, *Martirologium*, etc., que no viene á cuento. Los innumerables en este caso deben tener número, y para no ser prolijo pondré el doble de las ánimas benditas, aunque tal vez direis que ando escaso, pero como quedan las espinas de la corona de.....

—Voto á tal, vive Dios, infame, atrevido, insolente, mal villano, ladron, ruin, exclamó Saldaña poniéndose en pié y volcanizado de ira, que he de hacer un escarmiento en tí que ha de poner espanto en todos los de tu miserable ralea. ¿Y dónde has aprendido á echar cuentas, canalla? ¿Y cómo tienes osadía para demandar dinero á un caballero como yo soy, y que puede disponer hasta de tu vida? Jimeno, echa de aquí á ese follon deslenguado, y arrójale de cabeza á un pozo ahora mismo, que por mi vida que no ha de vivir dos horas más en el mundo.

Quedóse Zacarías inmóvil sin dar señales de susto ni cambiar su aspecto devoto, notándose solo en él cierto movimiento convulsivo en los labios como si rezara muy á prisa y se pusiera bien con Dios. El paje se acercó á Saldaña y le habló al oído.

—Señor, le dijo, lo que á vos importa es coger prisionero al señor de Iscar. Perdonad á este hombre su atrevimiento, y cuando vuelva por la paga, ¿teneis más que hacerle ahorcar de una almena?

—Dices bien, respondió Saldaña; y encarándose con Zacarías, prosiguió: infame, hipócrita, saco de embustes y villanías, las palabras que has usado merecian que yo te hubiese hecho arrojar de cabeza desde la torre más alta al foso, como he tenido intencion. No obstante, te perdono, y estoy pronto á darte cuanto me pidas luego que hayas cumplido tu promesa, entregándome prisionero al señor de Iscar.

—Bien parece, señor mio, replicó el astuto gazmón, la generosidad en los poderosos, *Regum que Deum que*: sin embargo, como las oraciones que os pido son para antes y no para despues, creo tendreis á bien entregarme siquiera la mitad de su valor, á fin de que yo lo lleve al monasterio más próximo y principien las plegarias desde esta tarde.

—Dice bien, repuso el paje adelantándose á hablar, viendo que otra vez Saldaña se encolerizaba; solo que lo mejor es que haga venir aquí los frailes, ó quien quiera que sea quien haya de recibir esa cantidad, para que el señor de Cuellar quede satisfecho de que ha sido bien empleada.

IV.

Esta salida del paje cortó el revesino, como se suele decir, al consumado tuno, que no acertaba apenas qué responder, y sosegó el ánimo de Saldaña, que no pudo ménos de sonreirse y mirar al paje, que fijos los ojos en Zacarías, tomó el ademán burlon tan natural en su maliciosa fisonomía.

El devoto bandolero no dejó por eso de responder.

—¿Y por qué, dijo, distraer de sus santas ocupaciones á los elegidos del Señor? Con que yo fuera á llevárselo bastaba, cuanto más que ya veo que mi piedad me ha descarriado un poco, y.....

—Has pedido lo que el mundo todo no bastaría á pagar, interrumpió el paje terminando la arenga de Zacarías.

—Mi devoción, mi exagerado celo por el culto, *ecclesie sue sancte*.....

—Ba sta, replicó Saldaña; voy á darte diez alfonsis de oro, (1) y despues ajustaremos cuentas.

—Siquiera por las lágrimas de la Magdalena, exclamó Zacarías, generosísimo señor, que sean veinte.

—Diez he dicho, repuso el de Cuellar con sequedad.

—Diez y nueve, por las siete espadas que atravesaron el corazón de la Virgen, *pia mater*.

(1) Equivalia cada alfonsis de oro á 50 reales de nuestra moneda.

—Ni un cornado más.

—Diez y ocho, señor, diez y siete, diez y seis, quince, por la lanzada de Longinos, por las llagas de nuestro Redentor.....

Reíase el paje, aunque con disimulo por no enojar á Saldaña, viendo á Zacarías seguir á su señor, que salia ya de la habitacion, acosándole, cansándole, pidiéndole y rogándole por cuanto puede rogar y suplicar un cristiano, diez, seis, una moneda más, un cornado siquiera más que lo que Saldaña le prometia, y persiguiéndole hasta el punto de hacerle volver hácia él la punta del pié, y arrojarle al suelo de un puntillon que le hizo venir rodando hasta los pies de Jimeno.

—Sea por Dios, dijo poniéndose en pié; más padeció Jesucristo por nosotros.

—Al fin has logrado lo que pedias, puesto que te han dado un puntillon además de los diez del pico, dijo el paje burlándose.

—Yo le hubiera perdonado tanta generosidad, respondió Zacarías, que pienso que me ha derrengado, y hay larguezas que no se agradecen.

—Con todo, repuso Jimeno, has caido con mucha gracia, y por eso te perdono el pisoton que me diste.

—¿Te pisé? ¡Oh! se ha cumplido en mí la profecía: *super aspidem et basiliscum ambulavis*.

Volvió en esto el señor de Cuellar, y habiéndole endonado un bolsón con las diez medallas, que Zacarías recogió con ánsia, miró con codicia y se guardó en un vuelo, dijo:

—Ahora bien, ¿cuál es tu plan?

—Yo traeré al señor de Iscar á alguna emboscada vuestra, respondió Zacarías, valiéndome de algun licito y piadoso engaño, y con el ayuda de Dios os le entregaré prisionero.

—Está bien, y cuidado con que no faltes á tu promesa. Te doy de término cinco dias; si en este tiempo no me sirves bien entregándomelo lealmente, le aviso al Velludo de tu traicion para que te haga ahorcar al momento. ¿Entiendes?

—De aquí á cinco dias, mediante Dios, estará el señor de Iscar en vuestro poder.

—Vete.

—Pero si vuestra generosidad y buen corazon inclinasen á vuestra excelsitud á darme algo más.

—¿No te vas, replicó Saldaña, ó quieres que...

—No señor, nada de eso, poderosísimo y eminentísimo señor, ya me voy. Padre nuestro, etc., y volvió la espalda rezando.

Capítulo XXIX.

Velada en nubes la celeste cumbre
todo era noche, luto y tempestad,
solo á tu rostro de divina lumbre
vaga aureola daba majestad.

(D. Antonio Ros. — *La Virgen al pié de la cruz.*)

I.

— Cuando dicen que las cosas del mundo parecen una novela, no es mas sino que una novela es ó debe ser la representacion de las cosas del mundo, en que todo va á nuestro entender desenlazado y desunido á veces, aunque si se examina bien no carece de cierto orden y regularidad, y en que personas al parecer inútiles, y acontecimientos en sí frívolos, son acaso tan esenciales y necesarios cuanto que sin ellas ó ellos fuera imposible que tuviese tal ó cual fin el asunto principal.

Nosotros, no obstante, que nada tenemos que hacer sino extractar de las crónicas que dan cuenta de nuestra hitoria, no podemos vanagloriarnos mucho de este enjambre de personas que en ella andan revueltas, ni

de lo distantes que por su gerarquía y oficios parece que habian de estar unos de otros, y de la relacion que tienen entre sí todos, bien como una ingeniosa máquina en que desde la rueda principal hasta la más pequeña y ruin, aunque obren al parecer en contrario sentido, ayudan todas ellas su movimiento.

Pero como hemos dicho, el mérito, si alguno hay, no es nuestro ni del cronista, sino que así pasó y así lo dispuso Dios, y nosotros no hacemos sino contarlo.

El genio de la historia deja, pues, ahora por un momento los palacios de los reyes y los castillos de los señores, y atando algunos hilos que habian quedado sueltos en el enmarañado trascurso de los anteriores sucesos, dirige su vuelo al campo, y entre los pinares del rio Piron se esconde y desaparece.

—Por el Dios de Abraham...

—No jures así, no sea que saquen por el hilo el ovillo, y nos conozcan estos perros. Cuanto más, que si nos descubren con este traje morimos sin remedio.

—En verdad, señor mio, que no sé como sabiendo tanto y teniendo tanta experiencia como vuestros años prometen, os habeis metido en este oscuro encierro, que para mí creo que no hemos de hallar la salida.

—Las determinaciones del sábio cree el ignorante que son locuras, porque nunca será capaz de entenderlas.

—Lo que yo entiendo es que si se llega á averiguar nuestro enredo nos asaetean vivos, sin que nos valga toda la sabiduría de Salomon, y yo ya sabeis que soy

hombre muerto antes que me maten en tales lances.

—Si tienes miedo puedes volverte desde aqui mismo.

—¿Miedo? ¿Y por qué no he de tener miedo, si nunca hice profesion de valiente? Pero soy criado fiel y no me separaré de vos nunca.

Tal era la conversacion que traían dos religiosos de la órden de San Francisco que salian de los pinares, sin duda con intencion de vadear el rio, y hacian su camino á pié, como deben caminar los frailes de esta religion.

II.

Traían echadas las capuchas, que apenas les dejaba descubierto el rostro, y uno de ellos, de pequeña estatura, y el mas viejo, llevaba un báculo ó baston grueso en que se apoyaba para andar con menos trabajo.

Al llegar á la orilla del rio hicieron alto, y habiendo buscado el sitio en que hacia mas sombra, fatigados del sol por ser las doce del dia, se recostaron sobre la arena, y el hermano mas jóven sacó de las alforjas algunos fiambres y un pedazo de pan que ambos á dos comieron con mucho apetito, aunque, á decir verdad, el viejo puede decirse que se contentó con probar de aquellas viandas, á que dió fin con estraordinario gusto su compañero.

En esto estaban, cuando una voz que tenia algo de sobrehumana á aquella hora, y en aquel sombrío y solitario bosque, llegó á sus oidos, y oyeron que ento-

naba con angelical melodía un himno sagrado, de que conservó el fraile mas anciano algunos trozos en su memoria, que dicen que fueron hallados despues de muerto entre sus manuscritos.

PLEGARIA.

Tus dulces ojos con amor piadosa,
Virgen divina, vuelve al pecador;
oye, ó madre, mi súplica angustiosa,
tú que sentiste como yo el dolor.

Llanto continuo corre de mis ojos,
y á tí mi rostro no me atrevo á alzar,
árida senda de ásperos abrojos
hace la sangre de mis pies brotar.

Largo el camino y duro se me hacia,
flaco sentí mi corazón latir,
débil mujer sin animo y sin guía
la tentacion no pude resistir.

¡Ay! yo pequé y abandoné el camino
que lleva solo á la mansion de paz,
y en negra sombra el resplandor divino
trocarse ví de tu amorosa faz.

Lejos del mundo en santa penitencia
sola aquí en este tùmulo lloré,
para otro aquí imploraba tu clemencia,
por otro aquí mi pecho golpee.

¡Oh madre mial alliva pecadora
nunca por mí rogué en mi vanidad.
Mares de eternas lágrimas ahora
no bastarán para alcanzar piedad.

Resonó el eco la suave armonía que hacia parecer aquel sitio encantado, y aunque los dos religiosos registraron á un lado y á otro por ver quién era el que de aquella manera cantaba tan dulcemente, no vieron á

nadie y todo habia quedado en silencio: la voz no obstante habia salido de entre unos escómbros y ruinas que á la orilla del rio estaban, pero entre los que no hallaron oculto á nadie por mas que recorrieron todo.

—Señor, dijo el mas jóven de los frailes, esto es cosa de encantamiento, y el arpa de David no sonó con mas suavidad.

—Ciertamente que no he oido voz mas dulce, y la hermosa Esther, mi hija querida, que me mataron sin duda estos perros cristianos cuando era niña, no tenia voz mas pura. ¿Te acuerdas, Benjamin, de mi hija?

—¿Que si me acuerdo? repuso el jóven: ¿puedo yo olvidar nunca á la amiga de mi niñez? ¡Ni cómo olvidaré yo jamás la noche terrible que la perdisteis! Me acuerdo como si hubiera sucedido ayer.

—Tú eras aun muy niño, repuso el viejo con muestras de mucha pena, tú te reías de ver arder el castillo y volvias la cara para mirar las llamas que lo consumian, mientras nosotros huíamos delante de la espada de los nazarenos. ¡Oh, mi hija Esther! ¡hija mia! ¡mi querida hija! yo te busqué por medio de las espadas enemigas al través de las llamas; yo te pedia á todo el mundo, al cielo, á la tierra, y nadie respondia á mis voces. ¡Ah! tú no viste la desesperacion de tu padre: ¡hija mia, hija mia! La flor de tu hermosura habia sido ya deshojada por el huracan.

Al decir esto inclinó el buen viejo la barba sobre el pecho y derramó algunas lágrimas. Benjamin dió un suspiro, y ambos guardaron silencio por largo rato.

El viejo prosiguió diciendo:

—Benjamin, el sabio debe ser superior á los contratiempos de la vida, pero han pasado ya muchos años, y á pesar de los cariños de mi segunda esposa y de mi hijo, nada basta á arrancarla de mi memoria: continuamente, á todas horas la veo delante de mí con aquella gracia infantil, aquel donaire en que yo fundaba toda mi vanidad. ¡Ah! ya habrá crecido, ya será una mujer; ¿pero qué digo? ya solo es polvo y gusanos. Desde entonces aborrezco el nombre cristiano, y me valgo de cuantas mañas puedo para esterminar una raza maldita de asesinos. ¡Benjamin! ¡Benjamin! Tú no sabes cuántas veces se me saltan las lágrimas al mirarte, pensando que te veo aun jugar con mi hija: ¡ahora tendria tu edad!

Pronunció estas palabras con tanto sentimiento, que Benjamin solo pudo corresponder suspirando al dolor que el buen viejo manifestaba.

Fué empero Abrahan, á quien ya habrá conocido el lector, el primero de los que se recobró y acordándose solo de la mision que llevaba, pasó la mano por la frente como para auyentar cualquiera otro pensamiento, y ya se habia puesto en pié para seguir su camino, cuando la misma voz que habia cantado sin duda, á juzgar por su suave sonido, vino á interrumpir su marcha diciendo:

—¡Padre mio, padre mio! Volvieron la cara los dos mentidos frailes al oirse apostrofar de aquel modo, y reciente la imágen de su hija en su memoria, no pudo

Abrahan menos de estremecerse; pero fijando la vista ya con más atencion, vieron venir hácia ellos una figura envuelta en una capa ó almalafa negra, que no dejó de asustar á Benjamin, y de sorprender bastante al sábio judío.

III.

—Padre mio, repitió la hermana de Saldaña, arrojándose á los piés de Abrahan, en nombre de Dios, oidme en confesion, no mireis con desprecio á esta pecadora.

—Levanta, hija mia, repuso el supuesto fraile: ¿quién eres, dime, que andas sola por estos despo-
blados?

—Separáos un momento de vuestro compañero, respondió Elvira; y sino, no: oidme los dos: sí, el mundo entero sepa mi delito, y sea testigo de mi vergüenza. Padre mio, teneis delante de vos una mujer criminal, una mujer que lleva consigo la maldicion del Señor.

—Has de saber, replicó el judío, que voy muy de-
prisa y....

—No, no os ireis de aquí sin oirme... repuso Elvira cogiéndole del hábito.

—Señor, si nos cogen somos perdidos, dijo Benjamin en lengua estraña, á su amo.

—Con todo, estoy por darle gusto, replicó en el mismo idioma Abrahan; ¿quién sabe si sus confesiones nos pueden ser útiles?

—Hija mia, prosiguió volviéndose á ella, habla y sé breve, que acaso Dios nos pedirá cuenta del tiempo que aquí hemos perdido.

—Padre mio, exclamó Elvira arrojándose segunda vez de rodillas, padre mio, yo soy la hermana de Sancho Saldaña, yo habia hecho voto de enterrarme en vida y consagrarme á Dios por la salvacion de su alma, y yo he faltado á lo que ofrecí. Yo volví á su castillo, le asistí en sus heridas y he sido testigo de nuevos crímenes. He huido otra vez al desierto, é implorando el perdon de mis faltas, mis lágrimas han corrido noche y dia sin cesar, pero el Señor no ha respondido á mis súplicas. El demonio del orgullo se apoderó de mi corazon; mi pecado es grande, y la eternidad se abre delante de mí con espanto. ¡Ah! ¡no me maldigais! mi arrepentimiento durará toda mi vida; imponedme la penitencia más dura de cumplir, mandadme que peregrine leguas y leguas con los piés descalzos, que maltrate mis carnes, que bese los piés del viajero que encuentre en mi camino, todo me parecerá poco comparado con mi delito. Yo he preferido el amor y la amistad de los hombres al amor de Dios; yo, ¡miserable de mí, he caido en la tentacion!!!

Quedó el judío pensativo, ménos compadecido del arrepentimiento fanático de aquella infeliz mujer, que cuidadoso de aprovecharse de la ocasion que la suerte le presentaba, por lo que el primer pensamiento que tuvo en cuanto oyó que era hermana de Saldaña fué

fomentar su locura y servirse de ella para sus planes.

—El cielo, dijo, ha guiado aquí mis pasos para salvarte de la muerte eterna. Dios hace que el Señor puso en el corazón de su siervo la intención y el deseo de morir mártir, ó salvar á tu hermano del infierno que le amenaza, y mi deseo ha permitido Dios que se cumpla. El Señor ha mirado con ojos benignos al pecador. Grande, como tú has dicho, es tu pecado, pero mayor es la clemencia de Dios. Con todo, la penitencia que te impone por mi boca, es terrible; examina primero tu corazón, piensa en el castigo que te aguarda en la eternidad, y compáralo con la obligación más penosa en la vida; inflame tu alma el santo fervor que debe acompañar al arrepentimiento. Eleva tu espíritu á la presencia de tu Criador; pon tu confianza en el que da aliento á mi voz é inspira mis palabras, arráncate de los lazos del mundo, olvida á tu hermano, olvídate de tí misma, y el entusiasmo divino de la religion exalte tus potencias para que seas digna de la grande empresa á que tú sola puedes dar fin. ¡Considera que quizá Dios te destina para que libres de la servidumbre á su pueblo!

IV.

El rostro del mentiroso judío habia tomado una expresion particular de enajenamiento y sublime arrobó, que no parecia sino que de veras ardia en su pecho el fuego de la inspiracion.

Sus ojos habian trocado su natural decaimiento en un brillo vivísimo como iluminados, y el color ardiente de sus mejillas, la actitud atrevida y religiosa al mismo tiempo de su expresivo semblante, hubieran podido engañar á cualquiera otro más suspicaz que Elvira.

Besó ésta el cordon de su hábito humildemente, y sin alzar los ojos del suelo respondió:

—Padre mio, mi vanidad humillada no se atreve á lisonjearse de tantas glorias como me habeis ofrecido en nombre de Dios; pero mi corazon no tiembla de la penitencia más cruda. Cumpla yo mi deber para con Dios, y véame envilecida y criminal para con los hombres.

—El mayor crimen, replicó el judío, el delito más horroroso al parecer de los hombres, puede ser agradable á los ojos del Omnipotente (1). Llenas están las Santas Escrituras de acciones delincuentes, segun el mezquino juicio del mundo, y que el Señor en su profunda mente ordenó que se cometieran. ¡Quién osará sondear los altos juicios de Dios! Él manda matar para dar vida, y se sirve á veces del insecto más vil para humillar la soberbia del poderoso. *Llenos están los montes y los valles de tus maravillas, Señor Dios Sabbath*, dijo el salmista. Tú pusiste fuerza en el corazon de Judith cuando derribaste el orgullo del enemigo de tu pueblo. Tú inflamaste el espíritu de la maravi-

(1) No debe olvidarse que habla un enemigo de nuestra religion, que se vale de sofismas para persuadir á cometer un crimen.

llosa Débora, y tú comunicaste vigor al brazo de un pastor niño, para que de un solo golpe hundiera en la nada la arrogancia del Filisteo. Mujer, ¿por qué has de dudar tú de la elección del Señor, cuando él ha puesto en tí los ojos para que vengues su pueblo y le libres del cautiverio, y pone en tu mano la espada de la victoria, que arrojará en el polvo al hijo impío que se rebeló contra su padre, al hijo maldito que escomulgó el Pontífice, al nuevo Nabucodonosor que ha encadenado los mancebos y las vírgenes de Sion? Mujer, enciende tu ánimo en santa ira, y regocíjate en el Señor. Vano será tu arrepentimiento y vanas tus lágrimas, aunque derramases mil veces más que lleva gotas de agua el Océano, si no sigues á ciegas la voz del que en este momento me inspira y me revela tus destinos. Los crímenes de tu hermano han rebosado ya del vaso de la misericordia, tu pecado es grande, y la clemencia divina no la alcanzarás sin que antes hierva en tu brazo la sangre que salte del corazón del impío.

—¡Oh! ¡Padre mio! exclamó Elvira atemorizada: yo soy una mujer... mi mano es débil... La vista de la sangre me hace caer desmayada; yo la he visto derramar una sola vez á mi mismo hermano, y aun me horrorizo de recordarlo. ¿No bastará otra penitencia menos cruel? Yo no tendré valor para levantar el puñal. ¡Ah! mandadme comer tierra, andar arrastra como la culebra...

—Mujer cobarde, ingrata al Dios que te dió el ser,

yo no te mando nada: Dios me ordena que te hable de esta manera; á él, á él solo debes darle tus quejas, á él debes reconvenir, que no á mí. Tu alma está corrompida y sin fé, y tú y tu hermano perecereis por haber desoido la voz del Omnipotente. A él solo, á él solo debes acudir por misericordia. Yo te abandono á tu ceguedad.

Diciendo esto la volvió la espalda y se alejó algunos pasos sin volver siquiera á mirarla.

Benjamin, espantado con el lenguaje de su amo, no osaba decir palabra, no pudiendo comprender el fin que tenian sus discursos, mientras Elvira, fuera de sí y mirándole con los ojos desencajados, parecia haber perdido el conocimiento.

—¡Oh, no me abandoneis, no me abandoneis, padre mio! exclamó deteniéndole por el hábito. ¡Ah! yo soy una mujer, nada mas que una mujer, sin brío, sin ánimo para nada: ni aun lo tuve para resistir al placer de llorar con una amiga, única persona que ví despues de tres años en mi soledad. No lo he tenido para sufrir la penitencia que yo misma me impuse. Tened compasion de mí: ¿cómo quereis que yo pueda derramar la sangre del poderoso? Perdonadme, pero yo mentiria si no os dijese que hay una voz en mi alma que me aconseja lo contrario de lo que me decís.

—Obedécela, pues, repuso el fingido fraile sin volver la cara separándola con aspereza: es la voz de tu debilidad, la voz del demonio. Sigue el camino por

donde él te guía, y al fin de él te juntarás con tu hermano, sin que ni á él ni á tí os hayan aprovechado tus penitencias. A Dios.

—¡Oh! no, yo haré todo cuanto quiera Dios exigir de mí, exclamó Elvira; y cayó en el suelo sin señal de vida.

V.

La compasion, ó tal vez el pensamiento de la utilidad que aquella desdichada fanática podia producir á la causa que defendia Abrahan, le hizo acudir á darla socorro viéndola en aquel estado, y tratar de volverla en sí.

Sacó, pues, uno de aquellos milagrosos espíritus que solia llevar consigo, y en habiéndola untado las sienes y aplicado á la nariz, se la vió recobrase poco á poco, abrir los ojos y arrancar un profundo suspiro.

—Piedad, Señor; tened compasion de mi debilidad, dijo poniendo los ojos en el cielo con un acento tan dulce que el judío, á despecho de su sangre fria, tuvo que apartar la cara á un lado para esconder una lágrima que á su pesar se desprendió de sus ojos, y hacer un esfuerzo para ocultar la sensacion que le habia causado. Pero reponiéndose al punto, y desterrando de su imaginacion el recuerdo penoso que aquella voz le traía, dijo:

—Mujer, animate y cúmplase la voluntad de Dios. No mires tu miseria, sino el poder del que te ha escogido para que resplandezca la espada de su justicia en la tierra. Los reyes tiemblan á su nombre, y los montes inclinan delante de él su cerviz. *Forsitam enim indignationem suam abscindet et dabit gloriam nomini suo.* El tirano ha congregado sus gentes, miles de siervos suyos armados cubren ya esta tierra con sus caballos de batalla, y ha caído el terror sobre el corazón de los hombres.

El parricida se burla de la excomunion del Pontífice, y desafía cara á cara al Omnipotente. *Iniquitatem fecimus.*

Hemos llenado la tierra de nuestras iniquidades, y el Señor ha permitido á este Faraon que nos persiga; pero sus carros se hundirán en el abismo del mar, y no quedará rastro de él ni sus huestes.

Dichosa tú, hija mia, una y mil veces dichosa tú, que quebrantarás el cuello del dragon, y que subirás á la mansion de gloria acaso con la brillante corona del martirio: allí junto al árbol de la vida beberás las aguas puras del eterno rio que fertiliza sus raices, ángeles y serafines te cantarán y bendecirán, tú acompañarás sus armoniosos cánticos en loor del Todopoderoso. ¡Oh! sí, vuela, ármate de fortaleza; Dios pondrá constancia en tu ánimo para que desprecies el riesgo, y segunda Judith hagas que el mundo, postrado y temeroso, reconozca que no hay mas que un Dios, que es el Dios de tus padres.

Ven, hija mia, tu rostro veo que se inflama, fuego divino arde en tus ojos; ya te anima el entusiasmo que ardió en el corazón de la débil Jael cuando con un clavo atravesó las sienes de Sisera.

Esta es la última penitencia que cumplirás por tu salvación y la de tu hermano. El tirano está en su castillo. Yo mismo te guiaré y te fortaleceré hasta el momento de dar el golpe.

Un ángel sin duda me ha traído aquí para anunciarte la voluntad de Dios. Ven, sígueme; despréndete de todo miedo, de todo sentimiento terreno, y tuyo es el triunfo sobre el infierno.

—Padre mio, respondió Elvira, yo me siento desvanecer, y me parece que veo ya la gloria que me prometeis, el mundo se desliza bajo mis piés, y en mi arrebató me siento elevar sobre las nubes hasta el empíreo.

Vedlo, el universo rueda delante de mí, un rayo de luz ha iluminado mi frente, la espada del Dios de los ejércitos centellea junto á mí: sí, no hay duda, yo soy llamada por el Omnipotente para asombrar al mundo con su justicia.

Los ojos de Elvira giraban á un lado y otro mientras hablaba, su voz habia tomado un tono imponente, su ademán tenia algo de sobrehumano y maravilloso, sus cabellos encrespados ondeaban como la cola de un caballo al escape, heria la tierra ya con un pié, ya con otro, levantaba los brazos, temblaba toda, y parecia que estaba demente.